

La montaña de granito

Lupita Arciga



Capítulo 1

La montaña de granito

Desde el atardecer, la música en la plaza principal de Villa Paz, no deja de sonar. Diversas parejas bailan, cantan y aplauden al ritmo de cuerdas, flautas y tambores. Hay mesas rebosantes de comida, bebidas y deliciosos postres. Los niños quieren sólo de éstos, pero sus madres se portan estrictas al respecto: el dulce los transforma en potrillos desbocados que después no quieren ir a dormir.

En bancas diseminadas por toda la plaza, muchos son simples espectadores. Las mujeres solteras forman grupitos para acechar a los hombres que saben que están solos. Ellos, arreglan ropas, cabellos, bigotes y barbas, con el deseo interno de ser elegido por una de ellas. Sin embargo, las mujeres se interesan por uno solo: Tomás, el creador de cosas. Lo miran allí, tan solo, en una fría y dura banca, con sus pensamientos estancados en un pasado hermoso que no ha de volver. Cuchichean entre ellas. ¿Quién será la valiente que vaya hasta él y se siente a su lado? Todas quieren, pero ninguna se atreve.

A él, la música no le entusiasma. Sabe que no debería estar ahí, sino en su taller; trabajando en sus diseños, revisándolos y haciendo los ajustes pertinentes. Pero, él y sus hijos tienen demasiado tiempo alejados de la comunidad y, como el cura le había dicho, debían continuar.

Da cuenta de las mujeres. Que una se levanta como si una púa le hubiese picado el trasero. La ve venir y eso le inquieta. ¿Qué hacer? ¿Qué decir? ¿Y sus hijos? ¿Dónde están? Si se dan cuenta, ¿qué van a decir? En todo ello se entretiene su pensamiento, cuando una radiante y rubicunda dama se planta ante él.

—Buenas noches Tomás —lo saluda, retorciendo entre sus manos un pequeño bolso de tela.

Aunque él responde, su voz no sale de su boca.

—¿No le parece linda la música? —le tiende sus manos.

El hombre, sin dejar de mirar entorno las recibe y al pronto es halado hacia la pista de baile, por la que la mujer lo lleva, como si de su escoba se tratara. Las otras no dejan de cuchichear. Critican hasta la forma en que dobla su cabeza de un lado a otro: sin ritmo ni gracia, a su parecer. Y él. Luce tan incómodo, aseguran. Otra se arma de valor y acude decidida

al rescate de Tomás.

—¡Profesor! —lo arrebató de manos de la mujer— ¿Me recuerda?

—Eh...

—Dorina, la hija del farmacéutico.

—¡Oh...! —consiente, pero duda conocerla.

Ella no le da importancia y lo lleva por la plaza en giros interminables. En medio de ellos, como si las hojas de un libro se trataran, ve a sus hijos, muy cerca de la fuente; impávidos. Suelta a Dorina, dejándola hablando, bailando sola y él va con los niños.

—¿Nos vamos? —sonríe.

Los tres consienten con un movimiento de cabeza.

En una carreta jalada por un viejo caballo, emprenden el regreso a casa. A las afueras de Villa Paz, sobre una colina rodeada de muchos árboles, con frondosas copas que de día les regalan la más fresca sombra y en días de viento, los protegen de él.

Tomás guía en silencio, pero inquieto por los pensamientos de sus muchachos. Sin embargo, no se atreve a pronunciar palabra, mucho menos ellos.

En el cielo oscuro, a lo lejos, una extraña nube se mueve sin la ayuda del viento. Se detiene, avanza, emitiendo aislados relámpagos acompañados de un rechinado metálico que nadie podría identificar.

Capítulo 2

Muy lejos, una silueta oscura, corre ligera sobre los techos de los hogares de la ciudad. Al cinto cuelga uno saco de lona, del que escapa ligeramente el extremo de un hermoso collar de plata y esmeraldas. En las manos, carga a su vez gordos monederos que ha logrado escamotear por el nutrido mercado, sin que nadie lo descubriera. Avanza con seguridad, sin menguar en nada la carrera, a pesar que los techos se terminan. Se lleva los dedos a la boca para emitir un largo silbido. Luego salta y desaparece en medio de la noche.

El vapor de la tetera comienza a salir. Llega hasta una frágil pelota que rueda por el canalete; topa con una más grande, continuando su trayecto. A su paso activa palancas que a su vez ponen en movimiento poleas, engranes y cadenas que realizan distintas acciones. Una, libera los resortes de tres camas en abanico en aquella amplia recámara; otra, abre sendas trampillas y tres cuerpos –de niños– se deslizan cayendo por un tubo liso que los desviste, depositándolos en toneles con agua para darse un baño.

—¡Brrr...! —está un poco fría.

Se tallan con zacate y jabón, lavan muy bien sus cabellos, lo mismo que codos y detrás de sus orejas. La limpieza es salud. Luego, las poleas levantan lo suficiente los barriles escupiendo a los tres bien aseados, sobre una rampa, por la que se deslizan con menor rapidez y pueden secarse, escoger, de un vestidor móvil la ropa deseada, peinarse y calzarse las botas de campo para caer por tres cilindros retráctiles que los depositan en sus respectivas sillas a la mesa.

—Buenos días, mis retoños —Tomás de mandil y anteojos enredados en su larga cabellera saluda.

Con presteza sirve panqueques en sus platos, acerca miel, mermelada, a la vez que llena sus tazas de aromático té.

—Buenos días, padre —de mayor a menor responden.

—¿Durmieron bien?

Ante la pregunta, los chiquillos intercambian mirada. Cada cual se recuerda en su lecho dando vueltas como las piedras por una pendiente.

—Increíble —exclama el más pequeño, de siete años—. Soñé que tenía alas y podía volar entre las nubes. Hasta sentía el viento acariciando

mi rostro.

—Tal vez ese fue uno de mis gases —ríe el de en medio, de doce años.

—Pedro —reconviene el mayor, de catorce.

—No he dicho nada malo. ¿O sí, padre?

—Claro que no. Los gases son de lo más natural en el cuerpo humano.

Se queda en silencio unos momentos. Los giros que le hiciera sufrir Dorina aún perduran entre sus intestinos.

—Sí —acentúa.

—¿Y tú... descansaste, padre? —el mayor lo mira fijo.

—Héctor —da cariñosas palmaditas al muchacho de soñadores ojos de trigo—. Tú siempre preocupándote por todo y por mí. Descanso lo preciso, hijo.

—Siento que menos desde que mamá no está.

Capítulo 3

Todos a la mesa se ponen tristes. Recuerdan, tal si todo acabara de suceder, cómo ese viento impetuoso levantara a su madre y se la llevara consigo para no regresarla jamás.

—La extraña —suspira el menor.

—Todos, Ángel —Pedro frunce el entrecejo con cierta molestia.

No le gusta que recuerden a su madre cuando están a la mesa. Lo pone triste y ya no puede comer. Mira los panqueques humeantes, pero le parecen guijarros cubiertos de musgo. Aparta el plato sin tener ya apetito. Todos lo hacen.

—Padre —Héctor retoma la palabra—. Anoche, en la aldea...

—Eso no fue nada, hijo. Ni siquiera debimos estar ahí.

—¿Y por qué lo hicimos? —Pedro interviene.

Tomás no responde. Se sienta en su silla y mira los tres rostros vueltos a él.

—Nuestros vecinos se preocupan por nosotros —inicia—. Yo... sólo atendí la atenta invitación del alcalde y su familia. Del señor cura que nos anima a seguir adelante...

—¿Acaso no lo hacemos? —replica de nuevo Pedro— ¿Qué quieren de nosotros? ¿Qué vayamos por ahí entre saltos y risas como antes?

—Eso no es posible —dice Héctor, pero tan bajo que no logran escucharlo.

Su padre libera un profundo suspiro. No tiene palabras con qué compensarlos. Él mismo no sabe cómo es que logra levantarse cada mañana. Seguir. Hacer como si todo estuviera igual que siempre.

—Bueno —se pone de pie su padre, despojándose del delantal—. Hay una jornada de trabajo que nos espera.

Dejan la cocina del menor al mayor. Antes de abandonar la pieza, el hombre mira todo lo servido sin siquiera haber sido probado. Tiene breves pensamientos sobre su esposa: sus risueños ojos verdes, su cantarina risa que parecía hacerle cosquillas a todos y pronto reían también. Sus manos rebosantes de ternuras. ¡Cómo no extrañarla! Oprime un botón en el muro y deja la pieza. Apenas da la espalda, del techo y las paredes salen

manos mecánicas y articuladas que recogen platos, lanzan los alimentos al triturador, el cual lo procesa con más desperdicios, preparando alimento para los cerdos y para uno que otro gato callejero que deambule por ahí. La escoba barre con presteza y el recogedor vierte la basura en un succionador que la transporta a la caldera, donde se incinera. El vapor mantiene en movimiento pistones que alimentan bombas de agua y controlan aspersores, regando los jardines y el invernadero rebosante de frutas y verduras. Los niños cosechan, mientras su padre pone en función válvulas ordeñadoras de vacas. El ambiente se llena de mugidos; los cubos de madera pronto se derraman con la cremosa leche. A media mañana terminan de cargar su carreta y recorren su aldea Villa Paz ofreciendo sus productos. Al llamado de la campanilla que sacude Ángel, las amas de casa salen y rodean la carreta.

Mientras sus hijos las atienden, el padre saca de sus ropas pliegos de papeles, en los que ha estado trabajando últimamente. Son planos de un nuevo artefacto que ronda su mente. Sin que él se dé cuenta, un tubo desciende por encima de su cabeza y observa sus documentos. Quien los ve no los entiende, pero tratándose de Tomás algo extraordinario ha de ser. Pedro, que siempre está en todo descubre el tubo que espía a su padre y se alarga hacia el cielo, perdiéndose en una nube oscura por demás extraña. Sabe que no es natural. Saca de su bolsillo su resortera y escoge los tomates más pequeños, que le sirvan de munición. Hay que señalar que Pedro es de una muy buena puntería y apenas hizo blanco, la nube se estremeció, el tubo espía fue remangado y la bruma oscura huyó entre quejidos. El chiquillo apenas distingue un par de siluetas, que encorvadas manipulan unos pedales con rapidez. Los pierde entre otros cúmulos antes de poder informar a su hermano mayor.

Capítulo 4

De vuelta en casa se lo hace saber a Héctor, pero él no le da importancia.

—Las nubes en el cielo, no son como las carretas en la tierra —le dice—. Las personas no las guían.

—Pero, Héctor. Yo vi...

—Nada, Pedro —lo esquiva para llevar al corral a su viejo caballo.

—¿Tampoco me crees, enano? —mira a Ángel.

—Sí —sonríe fascinado—. Debe ser divertido conducir una nube.

—Esa nube era oscura, así que nada bueno debía traer.

—Los chubascos son buenos.

—Los chubascos sí, pero lo que vi en ella... ¡ay, olvídale!

Se encamina a la casa y Ángel tras él, buscando que le diga lo que vio, pero el chiquillo ya no quiere hablar.

La tarde cae. El cielo se oscurece y las estrellas empiezan a brillar. Hay un ligero viento que arrastra los aromas del bosque, de los ríos y arroyos no muy lejanos. Héctor termina de quitarle los arreos al caballo, llena se abrevadero con agua y le sirve un buen puñado de pastura.

—Buenas noches, Avena —palmea su cuello.

Al dejar el corral, un ruido lo detiene en seco. Mira a todas partes y comienza a respirar con rapidez. Su imaginación crea en un momento un escenario macabro y horribles monstruos escapan de las sombras, con la intención de atacarlo; de devorarlo. Corre asustado y tras él las bestias que ha creado su miedo alargan sus garras para atraparlo. Siente cómo lo rasguñan y su vaho frío lo estremecen. Él no deja de correr y no se detiene hasta estar en su habitación. Cierra la puerta con fuerza a su espalda, jadeando con los ojos cerrados, repitiéndose en silencio que nada hay ni lo persigue. Al abrirlos ve las expresiones de sus hermanos menores.

—¿Qué tienes? —interroga Pedro.

—¿Vas a vomitar? —dice a su vez Ángel con cierto mohín de

repulsión— Estás pálido como cuando vomité.

—Héctor —se acerca a él.

—Estoy bien —lo esquivo.

Toma su camisón y se desviste, pero el chiquillo sabe que miente. Ve el sudor que lo impregna. Algo afuera lo ha asustado. Su propia sombra, quizás, imagina su hermano. Nada dice. Todos entran a sus camas. Ángel se duerme pronto. Primero que ninguno: es un alma pura que no sabe de angustias y dolores.

Héctor mira al techo, con sus manos descansando bajo la cabeza. Su corazón ha recuperado su ritmo. Se le inundan los ojos, pero advierte a su hermano moviéndose en su cama y le da la espalda para que no vea que llora. Pero Pedro no lo mira por darse cuenta de ello, sino para evitar que lo vea cuando deja la habitación sin hacer ruido alguno. Se encamina al ático, donde su padre noche tras noche, trabaja en nuevos proyectos. Deja su camisón a media escalera. Ni Ángel ni Héctor advirtieron que se lo dejó sobre su ropa. Como su padre se encierra, él entra por la ventanilla que Tomás dejara para las aves viajeras, que agotadas suelen descansar en su tejado. El chiquillo entra sin ningún contratiempo. Ve a su padre, dormitando sobre su mesa de trabajo. Él se acomoda en el armazón del techo. Su padre duerme poco y es justo que...

Capítulo 5

—¡Atrapan a ese mocoso! —señala uno de los invasores a Pedro. Lo persiguen rumbo a la cocina. El chiquillo se adosa a la pared y cuando los hombres entran, golpea con la palma de su mano el botón de aseo. Las manos mecánicas y hacendosas salen para limpiarlo todo, pero no hay platos y tazas sucias sino asquerosos saqueadores. Sables y espadas salen a relucir. La escoba barre las sucias botas, las manos sujetan cabellos o barbas largas y los halan rumbo al fregadero para lavarlos muy bien.

—¡Ay...! —se quejan.

—¡Auxilio! —gritan otros.

En medio del forcejeo caen pañuelos, parches, perdigones y hasta un poco de pólvora; de todo da cuenta la escoba, lo recoge, lanzándolo hacia el embudo de desperdicios, que lo conduce con eficacia a la caldera.

—¡Pedro! —Héctor y Ángel lo llaman. Del tendedero arrancan ropa para vestirse.

—¡Papá ha sido secuestrado!

—¡Qué!

—Quiere que busquemos ayuda, pero nosotros podemos salvarlo...

—¡Alto ahí, mocosos! —una turba de mercenarios sale tras ellos.

—O tal vez no.

—¡Corran!

Mientras huyen, los perdigones y la pólvora llegan a la caldera. La reacción es inmediata. El calor se intensifica y hay una explosión. El golpe de la misma derriba a los invasores, dándole la oportunidad a los hermanos de escapar. No se detienen hasta llegar a lo alto de la colina. Desde ella ven el infierno que es su hogar. Los tres lloran. Ángel sin comprender lo que ha pasado; Pedro con rabia y Héctor con miedo.

Escuchan como los cristales del invernadero revientan y la torre del molino se viene abajo. Advierten también a los hombres, sujetándose a sogas para volver a la nube negra de la que descendieran. Los chiquillos ven cómo se mueve, alejándose con lentitud.

—Algo viene por ahí —señala Ángel la oscuridad.

Es su caballo Avena que ha logrado escapar en medio de todo ese caos. Van a su encuentro felices. Lo abrazan.

—¡Qué gusto verte, viejo!

—Debemos escondernos de ellos —dice el mayor.

—¿En la aldea? —imagina Ángel.

—No encontrarían de inmediato —se opone Pedro.

Quedan en silencio unos momentos, viendo las largas lenguas de fuego elevándose hacia el oscuro cielo.

—¡Vamos! —el mayor invita.

Los tres montan el rocín y se alejan lo más rápido que les es posible. La gente en la aldea ha salido de sus hogares impresionada. Corren colina arriba, pero nada pueden hacer para salvar el hogar del creador de cosas y sus hijos. Los buscan por todas partes sin encontrarlos. No comprenden lo sucedido. Se lamentan, lloran compungidos, especialmente las damas casaderas.

Capítulo 6

La capital del reino, Cd. Principal está de fiesta. De todos sus confines llegan invitados para el cumpleaños número veinte de la princesa Adriana, la hija mayor de los reyes de Imperialia. Se realizan torneos en su honor, exhibición de caballos, aves de caza. También hay danzas, acróbatas, payasos que son la diversión de chicos y grandes. Entre éstos últimos se mezcla un joven que sólo busca su provecho. Mientras salta, se equilibra y hace malabares, despoja a los fascinados invitados de sus joyas y bolsas con oro. Tiene unas manos tan educadas que nadie se da cuenta. A excepción de la escrutadora mirada de Adriana, la feliz anfitriona, que lo ha descubierto mientras recibe los regalos de sus súbditos.

—El príncipe, Honorio del Gran Mediterráneo —anuncian.

El noble se inclina con respeto para presentar los regalos que su reino envía; ella se pone de pie y baja la escalinata con agilidad ante la sorpresa de todos.

—¿Adriana? —su padre la llama.

Ella no lo atiende, concentrada en no perder de vista al que continúa robando descaradamente. Con su encanto, el joven busca despojar a una dama de su rutilante collar, pero una femenina mano lo detiene. Los vivaces ojos oscuros se encuentran con los encendidos y de color ámbar de Adriana.

—Te tengo —le dice victoriosa.

—No lo creo —sonríe.

La sujeta delicadamente del esbelto talle y comienza a girar, obligándola a hacer lo mismo.

—¿Qué haces, tonto? ¡Para, para!

—¡Por qué! ¡Es divertido! —no se detiene.

La princesa lo deja libre. Se separa de él, girando todavía y tropezando con cuantos se encuentra. Por su parte, el joven burla a la guardia y abandona apresurado el gran salón.

—Alteza, ¿se encuentra bien? —el príncipe Honorio le tiende una mano.

Ella la aparta molesta, poniéndose de pie.

—Lo estaré cuando atrape a ese sinvergüenza.

Cualquier súplica de sus padres e invitados no tiene efecto en ella: cuanto se propone lo persigue hasta alcanzarlo.

—¡Adriana! —el rey y la reina la ven salir a caballo.

—Si sus majestades me lo permiten —el príncipe del Mediterráneo se inclina ante ellos con respeto.

Capítulo 7

En medio de la muchedumbre que va y viene por plazas y calles de la gran urbe, Adriana ubica aquel que desea salir de la ciudad. Quiere sorprenderlo, pero con tanta gente no logra avanzar mucho en su montura. Decide dejarla e ir tras él a pie.

El joven, que se llama Diego hace un breve alto para orientarse. Al mirar en redondo reconoce a Adriana, aunque no sabe que es la hija del rey. Seguramente la mujer que despojara es su pariente y quiere recuperar sus joyas. Le agrada la idea de divertirse un poco a sus costas. Da de brincos para llamar su atención. Luego traza una ruta y hace que lo siga. La aleja del tumulto. Ella lo pierde de vista en un callejón con poca luz.

—¿A dónde fue ese sinvergüenza? —mira a todos lados.

—¡Sshh, sshh! —escucha, pero por más que gira sobre su propio eje no ve a nadie— ¡Oye! ¡Acá arriba!

Levanta la mirada. Allí está de pie en una cornisa, invitándola a atraparlo.

—¡Ven aquí! —ordena ella.

—¡Ah, no! Tú ven aquí.

—¿Crees que no puedo?

—Pareces decidida, pero... no, no lo creo.

—¡Ah! —aprieta los dientes molesta.

Observa el muro e imagina los pasos que dio. De inmediato los sigue. Él avanza, retándola. Ambos corren, saltan por tejados y se descuelgan por balcones, dallas e incluso canaletes.

—¡Detente, granuja!

—¡Atrápame si puedes!

—¡Puedo...! —apenas roza su camisa.

Él no deja de burlarse de ella y juega, saltando al frente para luego regresar, en medio de increíbles piruetas que sorprenden y fascinan a la

princesa.

—¡Wow! —espeta, pero luego frunce el ceño y lo amenaza con la horca.

—¿Por qué tan brusca? —él ríe— No le he hecho daño a nadie. Robarles a los ricos no debería ser penado.

—Tus acciones rompen el equilibrio, la armonía. ¿Es que no lo ves?

—No. Soy ciego de nacimiento en ese sentido.

—Cínico.

—En cambio tú eres muy linda... eh... ¿quién eres?

La muchacha se da cuenta que no la reconoce como la princesa.

—Soy hija del alguacil —asegura.

—¡Ups! ¡Qué miedo! El alguacil de Cd. Principal. Si fuera tan adorable como tú, nadie huiría de él jamás.

—¿Te parezco adorable? Entrégate entonces.

—No tan fácil, linda.

—Me llamo Adriana.

—Y yo Diego, pero, ¿entregarme? Jamás. Lo siento.

Capítulo 8

La deja atrás, pero no por mucho tiempo. Él ríe divertido ante su perseverancia. Se le agotan los techos, balcones y cornisas, resbalando por aquel plano inclinado. Antes de llegar al suelo, Diego se impulsa evitando un charco. Adriana no lo advierte, cae en él, empapándose y batiéndose en el lodo.

—¡Ja, ja, ja! —se burla. No tiene memoria de un día igual en su vida.

—¡Cállate, bruto! —se molesta.

Las divertidas risas atraen la atención de los guardias en la gran muralla. Al mirar, no ven en aquella joven llena de lodo a la princesa y lo creen una discusión entre novios a la que no le prestan mayor atención. Adriana lleva una mano a su nuca y de una funda oculta a su espalda extrae una espada.

—¡Wow, wow! —retrocede Diego— ¿De dónde ha salido ese filo?

—Siempre la llevo conmigo —lo persigue—. ¡Detente!

—¡Ahora menos que nunca!

No deja de reír y ella de seguirlo. Se pierden por el camino. Rumbo al cercano bosque.

Ángel envía por el arroyo, como barcos sin tripulantes, algunas hojas secas. Mira con aire triste cómo se alejan y les dice adiós. Por su parte, Héctor busca pescar algo con un sedal que ha improvisado con hilo y una aguja un poco chueca que encontró prendida a su camisa. Pedro patea piedras molesto. No muy lejos, Avena come un poco de pasto.

—Deberíamos estar buscando a papá. No pescando —exclama Pedro.

—Te pidió que buscáramos ayuda, ¿no?

—¿Quién va a querer hacerlo? Después de ver lo que quedó de nuestra casa y quienes lo hicieron... inadie va a querer ayudarnos, Héctor! Estamos solos.

—Solos no podemos, Pedro. Además... debemos proteger a Ángel. Es más pequeño... inocente.

—Y del otro lado estás tú. Mucho más grande y además cobarde.

—¡Yo no soy cobarde!

—¡Sí lo eres! —lo encara y el muchacho echa el cuerpo atrás, sin valor para refutarlo— Cuando me lo decían en la aldea, no lo creía. Sacaba la cara por ti, Héctor. Pero todos tenían razón. Eres un cobarde. ¡Un cobarde!

—¡No peleen! —interviene Ángel— Así jamás podremos ayudar a papá.

—Tienes razón, enano —toca su hombro a manera de disculpa.

—¿Héctor? —el chiquillo mira a su hermano mayor.

No responde. Sus ojos de trigo miran al cielo y descubre la nube errante.

—¡Ellos de nuevo! —la señala.

Se ocultan rápido entre los árboles. La misteriosa nube pasa lentamente por encima de sus cabezas. Escuchan algún tipo de rotor y un cof-cof que no identifican.

—Nos están buscando —dice Pedro.

—¿Papá está con ellos?

—No lo creo, enano. Se lo llevó el gigante de hojalata.

—Vamos —invita Héctor.

—¿A dónde?

—Lejos de eso —señala la nube.

De nuevo montan a Avena. Pedro se resiste. Su molestia no se aplaca, pero medita un poco y atiende el llamado de su hermano. Continúan arroyo abajo, mientras los mercenarios avanzan río arriba. Con sus catalejos, observan la zona, pero el humo que los rodea no les presta muy buena visión.

—¡Allí están! —señala uno.

—¿Dónde?

—Son tres ciervos, babotas —regaña un compañero.

—Me parecieron...

—El bosque es muy espeso, capitán y la nube no deja ver nada.

—La nube nos protege de miradas inoportunas. Debemos atrapar a esos chiquillos o el profesor no pagará su peso en oro.

—Y ese que llama Meccano XL, ¿ya habrá llegado?

—Ni idea —limpia una ventanilla, pero por más que se esfuerza no logra ver nada.

Arroyo abajo, los niños los ven alejarse. Se miran sonrientes. Los han perdido.

Capítulo 9

Adriana frena de pronto su carrera. Algo no está bien a su alrededor. No solo porque ha perdido de vista a Diego, sino porque el silencio que advierte le produce escalofríos. Nota que la manga de su vestido está rota y su vello erizado. La arranca por completo, igual que la otra. El lodo que la cubre se ha secado. Su cabello bien peinado, luce como un nido mal hecho y corriendo como un cervatillo desbocado por el bosque, ha rasgado en muchas de sus partes su falda.

—¡Sé que estás ahí! —sujeta con ambas manos su espada— No vas a lograr asustarme, ¿sabes?

Un ruido tras ella la obliga a volverse, pero no ve nada ni a nadie. Entre las ramas de los árboles cercanos, una sombra se mueve con sumo cuidado. La joven comienza a dar lances aquí y allá, mientras asegura ser buena espadachín. Con los mejores maestros, a los que ha superado gracias a su disciplina en los entrenamientos.

—¡No me impresionas! —escucha a lo lejos.

Aguza el oído. Aquella voz le pareció diferente; menos masculina y retadora.

—¿Quién eres? —avanza un poco.

No le dan respuesta. Mira entorno al oír movimiento de hojas. Nada.

—¡Seas quien seas, muéstrate! —conmina con autoridad— Si eres inteligente, entrégate y entrega al ladrón.

Mientras habla, una bestia robusta y llena de escamas desciende con extrema precaución tras ella.

—Prometo que serán tratados con justicia —no deja de hablar.

—No te creo —escucha la voz a su espalda y un cálido vaho agita sus cabellos.

Adriana mira. Lanza una exclamación de sorpresa y retrocede. La espada en su mano comienza a temblar. Lo nota, pero por más que busca controlarla, no puede. Ante ella ve un dragón con más de dos metros de alto. El cual, se da cuenta que la ha impresionado y para remarcar esa impresión, sobre su lomo despliega unas magníficas alas color púrpura. Adriana retrocede. Golpea contra un cuerpo.

—¡Bú! —la asusta Diego.

La joven libera el grito que se le anudaba en la garganta; sus piernas flaquean, escapando la espada de sus manos. Él la recibe en sus brazos.

—¿Está muerta? —inquiére el dragón preocupado— ¡La hemos matado de un susto! ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios...!

—¡Cállate! —regaña el joven— No ha muerto. Sólo se desmayó.

—¡Oh! ¿Por mí acaso?

—Sí —sonríe—. La impresionaste, amigo.

—Pero se pondrá bien, ¿verdad?

—Por supuesto.

El dragón aplaude con entusiasmo y alivio. Diego la mira. Aparta el cabello sucio que cae en su rostro. Se da cuenta que es más linda de lo que apreciara.

—¿Qué haremos con ella? —inquiére el dragón— ¿Diego?

Al frente de una docena de guardias de su majestad, el príncipe Honorio, en compañía de su guardia personal, ha salido en busca de la princesa. Ante el inesperado escape de una parvada de aves en lo profundo del bosque, ordena ir al galope e investigar. Cuando se adentran, no dan cuenta del dragón elevándose y partiendo con rapidez.

Capítulo 10

Mientras cuelga del fuerte brazo de aquel hombre mecánico, Tomás reconoce los caminos que llevan hasta la madriguera de Estefano. Se cubre los oídos pues cada paso del gigante chirría de horrible manera. Los animales con los que se encuentran, huyen despavoridos; lo mismo que las aves y algunas hadas, que por el bosque revolotean, sanando plantas y troncos.

Tomás recuerda que, entre los variados bolsillos de sus ropas, lleva algunas herramientas útiles; además de una pequeña aceitera. Ajusta algunas tuercas a su alcance y baña de aceite esos engranes tan chillones. Meccano XL se detiene cuando los desagradables rechinidos de su cuerpo no se oyen más.

—Qué diferencia, ¿eh? —sonríe Tomás.

La flama rojiza, en los ojos de la bestia tornan de pronto en un agradable tono azul. El gesto ceñudo también desaparece, intrigando al hombre.

—Tú entiendes —le dice—. No sólo lo que he hecho. También cuanto digo. ¿No es así?

La máquina lo mira, pero no hace movimiento ni gesto alguno. Se endereza, frunce el ceño de nuevo y las llamas estallan encarnadas una vez más.

—¡Hum! —Tomás se decepciona.

Lejos de allí todavía, donde las personas jamás han llegado ni quieren llegar porque siempre es frío y gris, existe la montaña de granito. En ella, hace mucho tiempo, vive auto exiliado Estefano, impulsado por el rechazo y la burla de muchos. Éste es un inventor con grandes ideas, pero al buscar realizarlas no funcionan como quisiera.

En el tiempo transcurrido ha formado su propio ejército de meccanos que resguardan todo lo que considera su territorio. Los hay de todos los tamaños e incluso perros guardianes. Hombres reales sólo sus mercenarios, que cumplen sus órdenes yendo por el mundo, en busca de los materiales y tesoros que necesita para sus creaciones. Es un hombre mayor que Tomás unos cuantos años, más alto y robusto que él; de ojos grises, como gris es su vida; pero si lo quisiera podría ser distinta. En cambio, ha escogido el sendero de la soledad y el provecho propio. Mira por el amplio balcón del salón principal y al oír aquel chirrido acercándose

vuelve dentro de su palacio de granito frío. Se va de bruces, cayendo cual largo y pesado es. Ha tropezado con uno de sus mastines mecánico, que estaba echado en su camino. Una dama de latón y tuercas, que lleva consigo una charola con alimentos, se detiene y respinga.

—Estoy bien —anuncia el hombre levantándose.

Totalmente de pie lanza una patada al perro y éste sale corriendo despatarrado del lugar, con el rabo de metal entre las patas. La criada se desliza entre giros hasta una cercana mesita, a la que él ya se ha sentado y aguarda ser servido. Observa con detenimiento su accionar: en otras ocasiones ha vertido el té caliente en sus pantalones o en lugar de endulzarlo, espolvorea el azúcar en su rostro.

—Muy bien —felicitá—. Cada día mejoras más. Me enorgulleces, M número uno.

Ella endereza los hombros y envuelve entre sí sus manos. Las flamas en sus ojos tiemblan, sofocándose un poco su color.

—¡Vamos, vamos! —Estefano troncha con avidez los panqueques calientitos— No llores. No es para tanto. ¡Mmm...!

Entrecierra los ojos ante la delicia que prueba. Con un manoteo le ordena que se marche y ella, dando giros en su avance, así lo hace.

—Perfecta —come más—. Perfecta.

Anochece. Corre un viento helado, pero las pezuñas de Avena han conducido a los niños a una vieja cabaña en el bosque. Héctor logra encender la chimenea y los tres, en silencio, se calientan ante el agradable fuego.

—Tengo hambre —espeta Ángel.

—Yo también —gruñe Pedro.

Capítulo 11

Héctor no dice nada. No sabe qué, pero las tripas de su estómago sí y protestan con estruendo por la falta de alimento. La luz que emite el fuego ilumina la habitación. Proyecta en el muro sus sombras y juega con ellas. Al bailotear en los troncos, las vuelve más largas o anchas. Ángel crece, mientras Héctor se hace pequeñito, como un tierno ratón. Pedro permanece inalterable, porque él sabe lo que quiere y debe hacer. Sus hermanos aún no lo deciden. Ángel por demasiado pequeño y Héctor... bueno, Héctor, como ya se lo dijo su padre, se preocupa demasiado. Lleva encima muchas cosas que no le corresponden.

Pedro ve por las vigas del techo algunas ratas en busca de alimento y reconoce también a toda una familia de murciélagos, que descansan de cabeza. Se los muestra a su hermano. Él niega con la testa de manera decidida. El chiquillo se relame los labios para mostrarle su hambre.

—¡No, Pedro! —grita y poniéndose de pie espanta fuera de la cabaña a los animalitos.

—¡Qué haces! —lo empuja, queriendo pelear.

—No podemos alimentarnos de lo que sea, Pedro.

—¡Pues yo estoy dispuesto a comer lo que me pongas en frente!
¡Tengo hambre!

—¿Sí? ¡Entonces cómeme a mí! ¡Cómeme a mí...!

—¡Ya! —grita Ángel y corre con su hermano para servirle de escudo.

—Ángel, ¿qué haces?

—No te comerás a Héctor.

—¡Claro que no! Tonto. Si es más hueso que carne.

Comienza a reír. Luego es Héctor y su hermano menor los mira confuso, pero es tanta la risa de ambos que también ríe. Eso termina de agotarlos y se acuestan para dormir. Aunque el único que lo logra es Ángel. Pedro se vuelve a su hermano mayor.

—¿Tampoco duermes? —inquire y niega con la cabeza— ¿Crees que papá esté bien?

—Estefano ha envidiado su trabajo desde que ambos tienen memoria.

—Sí. Debe querer sus inventos y hacerlos pasar como suyos.

—Papá no lo permitirá. Estefano no les daría buen uso.

—¿Crees que lo lastime si se niega?

—No. Papá debe estar sano para poder trabajar.

—Entonces, la nube...

—Por eso sigue aquí y nos busca. Con nosotros en sus manos...

—Papá haría lo que Estefano quisiera.

—Debemos encontrar ayuda de inmediato, Pedro.

—¡Dónde!

Capítulo 12

Adriana se vuelve sobre su espalda y por más que alarga una mano no encuentra su colcha abrigadora. El frío que siente la despierta. A su alrededor todo está oscuro. Escucha el silbido del viento. La luna sobre el bosque le muestra las puntas de algunos árboles y sus ramas sacudiéndose. Es una linda noche, pero fría. Se abraza a sí misma.

—¡Jum! —escucha tras de sí.

Mira, pero no distingue quién es. Pensando que se trata de Diego, salta sobre él para atraparlo, pero entonces se encuentra con unos ojos anaranjados y unas fosas nasales en las que nacen espirales de fuego.

—¡Ah! —lo suelta ante el vapor caliente.

En un ardiente escupitajo, el dragón enciende una fogata.

—¿A dónde me han traído? —reclama.

—Es mi nido —responde el dragón.

—¿Y dónde está tu amo?

—Yo no tengo amo.

—¡Dónde está el ladrón entonces!

—¿Diego? Abajo. En su cabaña.

—¿Y me dejó aquí contigo? ¿Para qué? ¡¡Para que me devores!!

En sus ojos de ámbar estalla una chispa dorada ante aquella terrible posibilidad. El dragón no solo se sorprende, también se indigna por sus creencias y así se lo hace saber.

—¿Devorarte? ¿Yo? ¡Qué asco! No como personas.

—¡Qué hago aquí entonces!

—¿No te lo imaginas? —su voz parece reír con picardía.

—¡Ah, claro! —comprende o cree comprender— Pedirá rescate por mí.

—¡Hum! —cruza sus pequeños brazos— Si es lo que quieres pensar.

—¡Qué más querría de mí alguien como él!

—Tienes toda la razón. Los ladrones roban o quieren recompensas. Eres importante para alguien... ¿lo eres?

—¡Claro que sí! Soy amada por mis padres, mis hermanos... ¡mi pueblo!

—¡Qué afortunada! —suspira— Yo en cambio fui rechazado por los míos. De no ser por Diego, habría muerto.

—¡Oh! Lo siento. De verdad.

—En fin —suspira más profundamente y libera una lengüetada de fuego.

—¡Oye! —la joven salta para evitarla.

—¡Ups! —aprieta su alargado hocico— Aún no tengo control total sobre mis poderes.

—¿No? Pues, ¿qué edad tienes?

—No lo sé.

—He conocido otros dragones. Más grandes que tú, así que... imagino eres joven.

—Sí. Así me siento, joven. Bastante fuerte, lleno de energía...

—¡Oye, oye! —tranquiliza— Tu cuello se enciende. Si acumulas en él demasiado fuego me freirás.

—¿Sí? No sabía eso.

—Parece que no tienes buena comunicación con Diego.

—¿Tú crees?

—Desconoces tu verdadera capacidad flamígera. Si te pones en mis manos, yo podría ayudarte.

—¿Sí?

Capítulo 13

Bien abrigado. En su lecho mullido, Diego sueña con Adriana. ¿Por qué? Es una buena pregunta, pero por el momento no hay respuesta. El mundo del subconsciente es un tanto complicado. Pero, ¿cómo sueña Diego a Adriana? Ella va por su hogar, arreglándolo todo, limpiando y con él se comporta de la manera más dulce. Lo hace sentir tan bien, seguro en su propia casa, donde en un tiempo no muy lejano tres o quizás más chiquitines... Un furioso rugido lo despierta y de repente una lengua de fuego revienta su ventana, obligándolo a saltar del lecho y vestirse apresurado. El fuego se esparce con demasiada rapidez y apenas logra salir con su saco de hurtos y la espada de Adriana en la mano.

—Pero, ¡qué pasa contigo, Yoka! —reclama al ver al dragón.

Éste no responde y avanza hacia él en actitud hostil.

—Amigo. ¿Qué... te pasa?

Se siente confundido porque nunca lo había visto en aquel estado: ceñudo, con las fosas de su nariz expeliendo vapor y las garras filosas a la vista.

—Me has estado usando —le reclama.

—Claro que no —retrocede.

—Me reprimes y humillas cada vez que puedes...

—¿Qué? —lo mira más confundido.

—No soy tu mascota.

—Yoka, pero... un momento. ¿Dónde está ella?

—Sobre mi espalda —indica afable.

—¡Ay...! —entorna la mirada Adriana sin poder creerlo.

—¿Lo estás manipulando? —reclama.

—¡Tú lo manipulaste primero!

—No hago tal cosa. ¡Es mi amigo!

—Claro.

—¡Lo hiciste que incendiara mi casa!

—¡No tiene conciencia de su poder! No sabe dosificarlo. ¿Por qué?
¡Porque tú lo reprimes!

—Me reprimes, Diego —reclama.

—Cállate, Yoka —conmina molesto—. No hago tal cosa. Él apenas comenzó a manifestar sus habilidades incendiarias.

—Entonces es mucho más joven. ¿Qué edad tiene?

—¿Importa?

—¡Sí!

—¡Sí! —repite Yoka, ceñudo.

—Lo encontré hace tres años.

—¿Me encontraste? Tú dijiste...

—¡Sé lo que dije!, ¿sí? Pero las cosas pasaron de otra manera,

—Lo robaste —asegura Adriana.

—¡No! Huía de los alguaciles de Sierra Azul y oí que algo caía por la ladera.

—¡Hum...!

—¡Es cierto, Yoka! Así fueron las cosas. Me caíste prácticamente del cielo. Pensé que ésa noche no pasaría hambre, ¿sí? Pero mientras preparaba todo para cocinarte, el calor de la fogata hizo que rompieras el cascarón y apareciste.

—Si fuera tú no lo escuchara.

—Eras una cosa tan extraña, pero hermosa.

—Es un dragón desde el momento en que sale del cascarón.

—¡Yo no lo sabía! Sólo había oído hablar de ustedes, pero nunca había visto a uno y... fue maravilloso, Yoka.

Adriana observa las reacciones de la bestia. Le cree a él y no a ella. Mueve la cabeza negativamente.

—Me miraste con tanta ternura, que robaste mi corazón.

—¡Oh, Diego! —quiere abrazarlo.

La joven ve la oportunidad para escapar, pero Yoka la detiene, atrapándola con su cola.

—¡Suéltame! —lo golpea.

—Déjala ir, Yoka —pide el joven.

—¿Qué? ¿Estás seguro?

—Por supuesto —asiente, pero le guiña un ojo al mismo tiempo.

—¡Oh, sí! —palmea el dragón y la libera. También le guiña un ojo.

—Mi espada —tiende su mano con apremio.

—Me quedaré con ella —la sujeta con mayor fuerza—. En pago de mi cabaña.

—Pero... ¡ay! ¡Quédatela!

Capítulo 14

Les da la espalda y decidida se encamina al bosque, pero la oscuridad en él la amedrenta un poco, porque nunca ha caminado por el bosque durante la noche y mucho menos sola. Luego comienza a escuchar demasiados sonidos. Cantos lúgubres, gritos desconocidos. Mira a la pareja algunos metros atrás.

—Que tengas buen retorno —la despide Diego—. Dale saludos a tu padre el alguacil.

—¿Es hija del alguacil? Irá por él y te atraparán. Te pondrán una soga al cuello y...

Hace bizcos los ojos, saca la lengua y tuerce el cuello.

—No imagines de más, Yoka.

—No podemos dejarla ir.

—Aguarda un poco, amigo.

El dragón observa algo impaciente a la muchacha. Ésta revisa la zona, escucha con atención. Quiere avanzar, pero duda.

—No, no puedes irte —va con decisión por ella.

—Yoka, ¿qué haces, dragón tonto?

—¿Por qué no esperas al nuevo día? —sugiere— Con luz todo se ve mejor.

—Tienes razón —acepta la princesa—. La luz del día le pondrá claridad a mis ideas. Gracias, Yoka.

—¡Ah, no fue na...! —se contiene al topar con la mirada de reproche de Diego.

—¿Dónde pasaremos la noche?

—Mi casa es solo un puñado de cenizas. Supongo que tendremos que acomodarnos en el nido de Yoka.

—Yo con gusto lo comparto.

—¿Qué esperas para subirnos, zopenco?

—Claro. Perdón, Diego.

—Olvídalo.

Como si se tratara de un tapón, Meccano XL remueve la punta de uno de sus dedos y enciende una fogata para que Tomás se caliente y pueda dormir.

—Al paso de las horas me sorprendes cada vez más —dice el hombre, alargando sus manos al calor del fuego—. ¿Realmente eres fruto del ingenio de Estefano? Me cuesta creerlo, ¿sabes? Tu estructura, movilidad sí... me recuerda bastante a él, pero hay detalles que me invitan a dudarlo. O... ¿en éste tiempo se ha perfeccionado? No me convence. Él es... tan obstinado. No aprende de la crítica y viendo la falta de mantenimiento en tus partes, lo compruebo. Entonces... ¿esas reacciones? Esas... expresiones tuyas, casi humanas, ¿de dónde surgen?

Lo mira fijamente. Igual el hombre mecánico a él. La flama en sus ojos se mantiene firme, sin alteraciones. Tomás sacude al aire las manos, como diciéndose: alucinas, bobo. Decide dormir. Meccano XL, vigila.

Capítulo 15

Al despertar, Diego estira todo su cuerpo con agrado. Mira en torno y ve a Yoka, babeando el suelo, profundamente dormido; en el otro extremo, Adriana no está y tampoco ve la espada, mucho menos su bolsa con lo hurtado en la fiesta.

—No puede ser —espeta molesto—. ¡Yoka!

—¡Qué!, ¡qué!

—¡Ella escapó! Y además de llevarse la espada cargó también con toda una semana de trabajo.

—¿En serio? Es osada.

—¡Es una vulgar ladrona!

—¿Cómo tú?

—¡Ejem! Deja de hablar y vamos por ella.

Abandonan la cueva, volando sobre el bosque.

—No se ve —canturrea el dragón

—¿Por qué siento que te agrada?

—Ella me cae bien. Es linda. Más que las otras.

—¡Hum! —gruñe.

Atisba los senderos, donde la bruma matinal se despeja. Las aves en sus nidos se desperezan y los abandonan en busca de alimento para sus polluelos.

—¡Allí está! —la descubre, corriendo con seguridad— ¡Vamos, Yoka! Derriba a la sinvergüenza.

El dragón consiente y baja. Planea sobre ella, dándole un ligero empujón con su escamosa cola. Adriana cae. Rueda por una pequeña pendiente, dando de tumbos sobre la hierba y hojarasca seca.

—¡Uf! —exclama al parar finalmente.

Yoka desciende a unos metros de ella. Diego salta de su lomo y corre para recuperar lo suyo. Adriana no se mueve, pero apenas lo advierte

cerca, sorprende al joven, sujetándolo de su bota para hacerlo caer.

—¡Ah, te tengo! —le aplica un candado al brazo.

—Yo te tengo a ti —él deja todo su peso en su contra, aplastándola.

—¡Eso crees! —le tuerce los dedos.

Diego grita doliéndose y escapa de ella. La muchacha no piensa dejarlo huir; salta sobre su espalda. Desde donde está, Yoka solo observa. Por momentos cree que ella gana, pero luego, Diego parece dominarla y la balanza se inclina a su favor; después la suerte hace mancuerna con la joven y el dragón no sabe quién vence. Al cabo de largos minutos forcejeando, rodando por el suelo y escupiendo hojas secas, la joven pareja se tiende exhausta en el suelo. Respiran con agitación. Ven el azul del cielo y el pasar de blancas nubes. También el ligero movimiento de las copas de los árboles, que dan la impresión de que se saludan entre ellos.

—Te entregaré a la justicia —asegura ella.

—Pues mi trabajo será evitártelo.

—¿Por qué?

—He oído que la vida en los calabozos es deprimente

—No me refiero a eso sino a porqué robar.

—Me gustan las emociones fuertes.

—¿Ser perseguido por la guardia, burlar la seguridad de castillos y palacios, para ganarte un lugar en la horca?

—No es eso lo que busco, te lo aseguro.

—Es lo que ganarás siguiendo ese camino.

Se ha vuelto a un costado y lo ve. Le gusta lo que ve: un perfil bien delineado, la escasa barba invadiendo el rostro. El joven se vuelve con lentitud. Siente que lo ve, ¿y le sonrío? Luego el sol que se cuele entre las ramas de los árboles, parece reflejarse en sus ojos y brillan como bañados en oro.

—¿Te han dicho que tienes unos ojos muy lindos? —dice con timidez.

—Todo el tiempo —asegura—. Si te entregas prometo ayudarte.

—¿De qué manera? —también se vuelve sobre su costado.

—Estoy segura que algo se me ocurrirá.

—Y mientras eso llega me pudro en un calabozo. No, gracias.

—No intento engañarte. En verdad quiero ayudarte. Que corrijas tu camino. Eres joven, fuerte, habilidoso...

—Un poco.

—¿Por qué desperdiciar tus talentos en el crimen? Podrías servir a su majestad.

—¡Ah...! —bosteza.

—Es un honor servir a su majestad —arruga el ceño molesta y levanta medio cuerpo.

—¡Aaahhh...! —bosteza mucho más.

—¡No bosteces de esa manera! —lo manotea.

—Pertener a la realeza es aburrido —ríe, buscando controlarla—. Yo amo mi libertad, ir a donde me place sin rendirle cuentas a nadie. ¿Nunca lo has experimentado?

—¿Qué?

—¡La libertad!

Capítulo 16

Uno de sus hombres le lleva al príncipe Honorio un trozo del vestido de Adriana. Lo lleva cerca de su nariz.

—Aún huele a ella —asegura.

—¡Alteza! —lo llama otro.

Le muestra las huellas impresas en el suelo.

—¿Las reconoces?

—Sí, señor. Son huellas de dragón. No adulto todavía.

—No hay señales de violencia ni sangre. ¿Qué debemos pensar?

—Conozco a algunos que han domado dragones, señor. Van en caravanas, con artistas y bufones. Los exhiben y cobran bien sus funciones.

—Pero aquí no hay huellas de caravanas. Un dragón, la princesa, quizás un jinete... ¿un secuestro?

Sus ojos destellan con ambición.

—¡A caballo todos! —monta ágil— Alertas en lo bajo y en lo alto. Tal vez nos enfrentemos a dragones y asesinos. ¡Avancen!

Los cascos de los caballos rompen la tranquilidad del bosque.

Héctor y sus hermanos encuentran arbustos con bayas dulces. Comen de ellas con entusiasmo. Luego, en un cercano arroyo aplacan la sed; juegan, mojándose mutuamente. Pedro persigue a Ángel, Héctor lo ayuda a esquivarlo. Los tres se divierten, ríen como si nada les afectara. El mayor de todos se detiene y permanece en su lugar, observando únicamente. De pronto, su padre se une a sus juegos. Puede oír su risa y animando a su hermano menor correr más rápido. Su corazón late con extrema alegría al descubrir a su madre, sentada en medio de la corriente sobre una piedra grande. También ríe. Aplaude y hace pequeñas recomendaciones a todos para evitar se lastimen. Luego se vuelve a él. Lo mira y su sonrisa se apaga con lentitud. Algo balbucea. Héctor no comprende. Pone mayor atención al movimiento de sus labios; lee sus palabras: "¿Por qué no hiciste nada?". Sacude la cabeza. Se da cuenta que todo es falso. No estaban juntos. Su imaginación le jugaba una

desagradable broma. Ángel lo llama a unirse al juego. Lo complace, pero ya no con el mismo entusiasmo. Más tarde logran pescar un par de truchas y sacian con ellas su hambre, asándolas a las brasas.

—Sin sal ni guarniciones —Pedro relame sus dedos—, pero aun así deliciosas.

—Gracias, Héctor —Ángel lo abraza.

Avena se muestra inquieto, alertando a los chiquillos. Pedro deja su lugar para atisbar su entorno. Hay un murmullo en el ambiente; un murmullo que ninguno puede identificar de qué se trata.

—Qué... —el más pequeño se adelanta a sus hermanos.

Un extraño artefacto de hélices y pedales casi lo derriba. Dos de los tres tripulantes de aquella curiosa máquina, pedalean vigorosamente con pies y manos. El tercero, logra atrapar al más pequeño de los niños. Héctor permanece atónito. Ve a Pedro que grita, sacude los brazos, pero no lo escucha. Igual como aquel día. Puede verlo de nuevo. Ese voraz viento que le arrebató a su madre de las manos. Ella lo llamaba, alargándolas desesperada a él, pero nada pudo hacer. Se quedó allí paralizado, con la creencia viva que soñaba; pero su padre y sus hermanos prácticamente lo atropellan. Corren como locos buscando rescatarla, pero no lo logran. El viento se esfuma y su madre con él.

—¡Héctor! —aquel grito desgarrador al fin lo espabila.

Pedro pelea con Avena, buscando montarlo, pero el caballo está asustado. Héctor corre a ellos, sujeta la crin, montando de un solo salto. Ayuda a Pedro.

—¡No hiciste nada por ayudarlo! —reclama entre lágrimas— ¡Te quedaste sentado como tonto! ¡Tonto y cobarde!

Llora con rabia. Igual se hermano.

—¡No se ven! ¡No los veo, Héctor! ¡Los perdiste!

Frena. El caballo da de brincos a un lado y al otro, nervioso. Héctor golpea sus costados para que continúe. Toman una vereda; atraviesan un arroyo, el potro salta un árbol caído, plagado de setas. Las hadas que toman un descanso en él salen curiosas. ¿Por qué tanto alboroto? ¿Quién perturba de esa manera la armonía de la naturaleza? No los ven, pero alcanzan a oír la voz de un caballo. Su tropel hace eco en el ambiente sereno. Diego lo escucha. Se pone de pie.

—Es un solo caballo —Adriana también lo oye.

—¿Y te decepciona? —ríe él.

—Si crees que enviarán sólo a un jinete a buscarme, te equivocas.

—Papi debería ser suficiente, ¿no? —señala un punto específico.

Un caballo salta sobre unos setos y ven, a los dos chiquillos que lo montan, pasar con velocidad ante ellos. Luego, es el especial vehículo, que se mantiene flotando a fuerza de piernas y brazos.

—¡Mira, son Diego y Yoka! —reconoce el número tres.

El joven también sabe quiénes son ellos. Una sensación de desagrado le revuelve el estómago.

—¡Hay que ayudar a esos niños! —exclama Adriana.

Corre a Yoka para montar en él.

—¿Cómo sabes que están en apuros? —la detiene el joven.

—¡Huían de ese trío!

—Y había angustia en sus rostros —interviene el dragón.

—¡Sí!

—¿Angustia? ¡Tú qué sabes!

—Sólo lo sé.

—El caballo es más veloz.

—¡Son unos niños!

—¡Esos eran tipos malos! Si te metes con ellos...

—Son unos niños —lo mira fijo.

Yoka también. Él se resiste a aquel par de miradas compungidas y penetrantes.

Capítulo 17

Pedro da palmas a Avena para que no disminuya su carrera. Mira atrás y ve que los siguen.

—¡Son ellos! —grita.

—¿Con Ángel?

—¡No!

—¡Dónde está!

—¡No tengo idea! ¡Vienen por nosotros!

Los hombres les dan alcance.

—¡Ven aquí, muchacho! —uno de ellos pretende sujetar a Pedro.

—¡No! —lo pateo.

El vehículo volador retrocede: el movimiento del que viaja libre lo desestabiliza un poco.

—¡Corre, Avena! —lo palmea con más fuerza— ¡Corre!

Pero el caballo es viejo y comienza a cansarse. Los hombres les dan alcance de nuevo.

—¡Héctor!

—¡No, déjenlo!

Lo sujetan. Pedro muerde el brazo del tipo.

—¡Ah! Canijo, mocososo.

No lo suelta. Busca arrebatarlo del lomo del caballo. Pedro se aferra a su hermano.

—¡Ayúdame, Héctor!

Sin embargo, el muchacho no puede hacerlo y controlar al caballo al mismo tiempo. Apenas roza sus dedos con los suyos, sin lograr asirlos.

—¡Ayúdame!

—¡Pedro, no!

El hombre lo arranca de la montura y lo llevan con ellos. El chiquillo ve decepcionado cómo Avena y su hermano se alejan al galope.

—Tus dientes parecen navaja. Me sacaste sangre. Ya verás cuando estemos en la nave.

—¿Y mi hermanito?

—Con nuestro capitán. Amo de mares y cielos: el capitán Rascón.

Mientras habla una sombra los cubre. Al levantar cabeza ven solo el vientre violeta de Yoka. Los que guían se distraen y golpean las ramas de los árboles a su paso. Algunas de ellas se atorán en las hélices.

—¡Oh-oh! —espetan.

Pierden el control, yéndose a pique. Pedro muerde la mano de su captor y cuando lo suelta, no duda en saltar. Cae sobre el brazo de un árbol, de donde lo arrebató Yoka, montándolo con ellos.

—¡Wow! —espeto fascinado el chiquillo mientras ascienden— ¡Un dragón volador!

—¡Hola! —lo saluda con simpatía.

—¿Estás bien? —inquire Adriana, revisándolo.

—Sí, pero ellos se llevaron a mi hermanito.

—¿Por qué?

—Un gigante mecánico secuestró a papá, porque él es bueno reparando e inventando cosas. Lo va a entregar a Estefano.

—Estefano —Diego presta mayor atención.

—Papá y él han sido enemigos desde siempre.

—Ya imagino por qué —consiente Adriana—. Sabemos de la mala fama de Estefano.

Capítulo 18

Diego acepta, pero deja de escuchar el parloteo del chiquillo y el de Adriana. Recuerda su única incursión por la montaña de granito. ¡Vaya lugar tan misterioso como interesante! Pero lo mejor e invaluable se hallaba en el corazón mismo de aquella mole rocosa: ¡Cuánto oro y piedras preciosas! ¡Barricas de oro y gemas! Costales, cofres, ollas reventando de lo llenas. Sin embargo, ni una moneda pudo llevarse.

—Hay que ir por él —la voz de la princesa lo saca de su sueño despierto.

—Un momento, ¿a dónde? —inquire.

—A la nube voladora de la que habla Pedro. ¡Vamos, Yoka!

—¡En seguida!

—¡No! —se opone el joven.

—¡Un niño está en peligro!

—¡Sí, Diego!

—He dicho que no —insiste con un tonillo que intriga a la princesa y al niño, pero que alerta al dragón.

—Yoka, no lo escuches. ¡Vuela, rápido!

—¡Sí! —quiere hacerlo.

—¿No recuerdas a Rascón, Yoka?

—¿Qué? ¿Rascón?

Toda su armadura con escamas se estremece al oír aquel nombre. Entonces sólo tenía unos meses y ese horrible capitán se cruzó en su camino. Quiso arrebatárselo a Diego, pero el muchacho lo defendió exponiendo su propia vida. Fue entonces que surgieron sus alas y gracias a ellas lograron huir, pero Diego herido de gravedad, casi muere.

—¡Vamos, Yoka! —Adriana sacude sus talones contra él.

—Lo siento —desvía su ruta—. Rascón no es bueno.

—¡Por eso mismo! ¡El niño corre peligro!

—El niño no es importante para él, sino para Estefano. ¿Verdad, chico?

—Sí, pero es mi hermano y lo quiero de vuelta.

—Debemos rescatarlo, Diego.

—Sabemos su destino. Iremos allá.

—¿A la montaña de granito? —Pedro abre los ojos como dos claraboyas.

—Todos saben que es allí donde Estefano mora desde hace tiempo.

—No es ruta fácil —interviene Adriana.

—¿Rechazas el desafío? —sonríe con picardía.

—Jamás. No te preocupes, Pedro. Juntos rescataremos a tu hermano y a tu padre.

—Un muchacho a caballo nos hace señas desde abajo —indica Yoka.

—Es Héctor, mi hermano mayor.

—Desciende, Yoka. Tú, dile que nos siga.

—¿A dónde? —inquieta Adriana.

—A lugar seguro.

Así lo hacen.

Capítulo 19

Con su artefacto volador destrozado, quienes persiguen a los niños suben a la oscura nube. Aporreados por la caída y los chicotazos de las ramas se presentan con su capitán. A su lado, Ángel mira con asombro a su alrededor, pero no le agradan los olores.

—Escaparon —dice Rascón—. ¡Escaparon!

—Fue ese muchacho, capitán. Diego y su dragón.

—Conque Diego, ¿eh? Tiene demasiadas cuentas pendientes conmigo, ese ladronzuelo sinvergüenza. Si el destino lo coloca en mi camino, es porque es tiempo de cobrar. ¿Hacia dónde se fueron?

—Imaginación nuestra o no...

—¡A dónde!

—¡Hacia la montaña de granito!

—¡Claro! —espeta después de meditarlo un momento— Si tonto no es.

—¿De quién hablas? —inquire curioso Ángel.

—De nadie —gruñe el capitán, obligándolo a enconcharse en sí mismo y luego lo entrega a uno de sus hombres—. ¡Enciérrenlo!

—¿Con las ratas? —ríe.

—Con las ratas —acepta, riendo también y luego todos lo secundan.

Ángel libera un profundo suspiro.

El príncipe ha enviado de regreso a tres guardias del rey para que lo informen de sus avances. Mientras acampan, comen y descansan un poco, nota cierta peculiaridad en las nubes del cielo. La mayoría son blancas y transitan hacia donde el viento las arrastra, pero llama su atención una muy voluminosa y además oscura, que circula en sentido contrario al viento.

—Catalejos —solicita a uno de sus hombres.

Observa a través de la lente. Mueve un poco las anillas que lo ensamblan y el anteojo de larga vista se amplía un poco más: distingue entonces el casco de un barco y el gigantesco globo que lo mantiene a flote en el cielo. En la popa luce un cráneo esculpido en madera, con una argolla clavada en donde estaría la nariz.

—Mercenarios —los distingue de los piratas.

—¿Tendrán ellos a la princesa, señor?

—Lo dudo —devuelve la lente.

—¿Qué harán aquí?

—No es nuestro problema. Que la guardia del rey no se entere.

—Sí, alteza.

Capítulo 20

Apenas están frente a frente de nuevo, Pedro embiste con rabia a su hermano: lo empuja y abofetea entre lágrimas, reclamando que no hiciera nada por rescatar a su hermanito. Cuando Diego y Adriana intervienen, Pedro busca el refugio de los brazos de la joven y Héctor corre hacia el lado opuesto; lejos de todo. La joven abraza fraterna al niño y con gestos le pide a Diego vaya con el mayor. Él contrae cada músculo en su cara sin comprenderla. Se niega, pero ante la insistencia de ella termina por obedecer. Encuentra a Héctor sentado al borde de una roca, lanzando piedras hacia el ojo de aguas cristalinas que tiene en frente. Va a su lado. Toma también piedrecillas y las arroja. Así por un breve lapso. Aquellas no eran cosas que alguien como él hiciera de común.

—¿Estás bien? —inquire.

Héctor niega con la cabeza. Sorbe algo de los mocos que se le escurren por estar llorando. El joven puede distinguir las manos de Pedro pintadas en el cuello y cara; algunos rasguños que han sangrado un poco.

—Tiene buena mano el chico, ¿eh?

Lo mira de reojo y con la manga de su camisa barre mocos y lágrimas. Aspira profundo para controlarse.

—Por mí no te detengas —Diego le da una palmada en la espalda—. No es malo ni vergonzoso llorar. También lo he hecho.

—¿Tú? ¿Por qué?

—¡Ah! Me parece que fue hace mucho ya.

Guarda silencio unos momentos. Esos recuerdos los tiene siempre bien guardados y jamás los comparte con nadie. Ve a Héctor que aguarda su voz. Alguna palabra de aliento que haga menos dolorosa su frustración.

—Eh... —mira entorno para decidirse a hablar— unos bandoleros llegaron a mi aldea. Nos quitaron todo: alimentos, dinero... la vida de mis padres.

—Tú... ¿viste eso?

—Sí. Lo vi.

—¿Qué hiciste?

—Lloré como tantos otros.

—¿Qué edad tenías?

—Cinco... creo.

—Muy pequeño. Yo...

—Las circunstancias de cada cual son distintas. Las personas también lo somos.

—Pedro no se equivoca. Soy un cobarde.

—Escucha...

—Lo que digas no cambiará nada.

Ambos quedan mirándose por algunos momentos.

—Tienes razón —concede el joven—, pero lo que digas y decidas tú, puede cambiarlo todo. ¿Lo has pensado?

Capítulo 21

—No deberías estar tan molesto con tu hermano —Adriana sigue el ir y venir de Pedro.

—Pues lo estoy —aprieta los dientes—. Es el mayor y tendría que ser nuestro ejemplo a seguir. Me avergüenza.

—No digas eso...

—¡Sí, me avergüenza!

—¡Sshh...!

—¿Por qué me callas? ¿Puede escucharme? ¡Que me escuche! De todas maneras ya lo sabe. Por su culpa atraparon a Ángel. ¡Sólo tiene siete años! Nunca se había separado de nosotros. Debe estar muy asustado. Rodeado de todos esos hombres, feos y malolientes.

—Diego dice que no lo lastimarán.

—¿Él nunca se equivoca?

—No lo sé. Apenas lo conozco.

—¿Y por qué confías en él?

—Sí —advierte el punto—. Tienes razón.

—¿Qué hacemos aquí? Deberíamos estar buscando a mi hermano, a mi padre.

—Es un hermoso lugar —lo observa todo.

Hay un silencio pacificador. Los muros rocosos están cuajados de plantas y árboles. El agua corre por doquier en pequeños ríos, ojos de aguas transparentes, hendiduras, en la que dulce agua mana fresca. Aves de blanco plumajes entran y salen por la amplia abertura que da paso al sitio.

—Es encantador —esboza una sonrisa.

—Pues yo no estoy encantado. ¡Necesito hacer algo!

—Y lo haremos, Pedro. Tranquilo, ¿quieres?

—No quiero más pérdidas —solloza—. Primero mamá. Ahora papá y Ángel...

—Ven aquí —lo abraza—. Todo va a estar bien.

—¿Lo puedes jurar?

—Yo jamás juro —lo toma de la barbilla para que la mire—. Yo hago promesas y siempre las cumplo.

Capítulo 22

A todos les llama la atención que Yoka vaya por el bello lugar, cortando ramas secas de los árboles, arreglando setos; que hunda el rostro entre los macizos de flores, respirando sus delicados aromas y esa manera de tumbarse en el fresco pasto para retozar. Incluso escuchan que canturrea. El dragón se sobresalta cuando los advierte observándolo.

—Que —dice.

Se sienta. Su cola tiene entreveradas un poco de hierba y de inmediato se pone a limpiarla, acicalándose. Los varones cruzan miradas confusas entre sí. Adriana por su parte sonríe.

—¡Qué! —levanta la voz— ¿Por qué esas caras?

—Empezaba a sospecharlo —la princesa ríe—, pero creo que no hay duda.

—Sigo sin entender.

—¡No eres macho, Yoka!

—¿Qué?

—Eres un dragón hembra.

—¿Hembra? ¡Claro que no!

—¡Sí! Sólo mírate. Todas esas actitudes son femeninas. Un macho estaría marcando el área.

—Yo hago eso.

—¿Sí? ¿Cómo?

—Así —se sienta y orina con placer.

—¡Iuu...! —exclama Pedro ante el riachuelo que corre.

—Ahora tienen sentido tantas cosas —asegura Diego, apartándose para que el humeante líquido siga avanzando.

—¡Eres hembra, Yoka! Eso es maravilloso.

—Para ustedes —replica el joven entre dientes.

—¿Qué dijiste?

—Nada.

—Dijiste algo —Yoka va ante él.

—Nada, nada.

—¿Verdad que dijo algo? ¿Lo oíste?

—Lo oí, pero no entendí qué...

—¿Diego?

—Tanta zalamería de repente, los cambios de humor... ¡los abrazos!
Eso me incomodaba más que nada.

—Son muestras de mi amor por ti.

—A los machos no les interesan las muestras de amor —asegura
Adriana.

—¿Por qué?

—¿Diego?

El joven no responde. Adriana mueve la cabeza negativamente y se aparta de ellos. Yoka la ve alejarse. Luego, baja la mirada a su compañero de hace tres años. Él le da la espada y regresa al punto donde estuviera sentado con Héctor. Ella los mira de nuevo: lejos uno de la otra. Mira a los hermanos, salta sobre sus patas traseras y vuela hasta una saliente rocosa alta.

Capítulo 23

Pedro mira a su hermano. Arruga el ceño, muerde su mejilla por el interior, para no decir nada. Héctor quiere hacerlo, pero se arrepiente. Sabe que no merece justificarse. Se aparta también. Todos lo hacen. Para rumiar a solas sus respectivas penas.

El ancla de la nave voladora del capitán Rascón cae y se engancha entre las rocas de un pacífico lago. La nube no se dispersa continuando con sus relámpagos y truenos. La guardia hace sus rondines por cubierta, por el interior. No hay novedades, todo en orden es el parte que siempre entregan a su capitán. Éste trabaja en sus mapas. Viendo la distancia que los separa de la montaña de granito y que es menor que el día anterior. Levanta la cabeza. En su rostro quemado por el sol se abren camino algunas cicatrices. La más profunda debe agradecerse a Diego. El muchacho casi le saca un ojo. Se lo ha dejado empañado para siempre. Nada ve con él, pero detesta los parches. Cree escuchar algo: ¿un grito, un gemido de dolor? No sabe. Tal vez se trata de su gato, el Pirata, que tiene un pleito casado con las ratas de abordo, pero no ha podido con ellas. Aguza el oído. No escucha nada.

Su gato, Pirata, recorre sus dominios por cubierta. El parche en su ojo izquierdo le veda un poco la visión. Una rata de encendidos ojos rojos se lo ha arrancado en una batalla que podría considerarse épica. ¡Ah, cómo sufrió! Pero pronto cobraría venganza. Entra por una ventana abierta. Sigue un murmullo atrayente que no ha dejado de advertir desde temprano, pero ocupado en la holganza no ha descubierto aún. Los tripulantes con los que se encuentra lo saludan como si se tratara de su capitán. Él los ignora. Baja hacia el calabozo. Extrema precauciones: entra en terrenos del enemigo. ¿Qué es aquello? ¿Risas? ¿Cómo alguien puede reír en ese sitio oscuro, húmedo y apestoso? Clava sus garras en la madera de la puerta hasta lograr asomarse. Lo que ve lo deja impresionado. Un niño juega con docenas y docenas de ratas, que hacen diversas suertes ante él, para recibir una recompensa en comida. Sobre su hombro, la rata de encendidos ojos rojos lo descubre. Salta sobre sus congéneres y corre con agilidad, trepando por la madera para chillar retadora ante él. El pobre Pirata gruñe sorprendido y huye del lugar como si llevara tras de él a una jauría.

La rata lo sigue hasta perderlo en cubierta. Vuelve ufana al lado del pequeño Ángel. No recordaba a un niño más valiente que él. Sólo por eso lo protegerían a costa, incluso, de sus propias vidas.

Capítulo 24

Al abrir los ojos, Adriana ve a Pedro dormido muy cerca de ella, con su mano encima de la suya. Sonríe con simpatía y se levanta sin despertarlo. Héctor duerme allí mismo, sujeto a la camisa de su hermano. Los mira unos momentos y luego va en busca de Yoka. Al salir hacia las pozas se maravilla ante la vida que despierta en el lugar. Hay familias de ciervos que se desperezan de otros rincones; las crías saltan juguetonas mientras sus madres los acicalan. El macho de imponente cornamenta atisba su entorno con aire alerta y protector. Un sinfín de aves escapan de los árboles y arbustos en gritos y cantos diversos. El fresco rocío humedece los pastos, las hojas. Las flores abren sus pétalos, regalando su aroma; pero de pronto, ante un carraspeo constante, los animalitos escapan asustados y las aves buscan refugio.

—¡Ay, tenías que ser tú! —protesta la joven al ver a Diego secando su cabello y rostro húmedos con su propia camisa.

—¿Qué hice? —replica confuso.

—Nada.

—¿Por qué el reclamo entonces?

—¿Qué vamos a comer?

—Pescaré algo...

—Necesitamos más que pescado. Carne roja, queso, pan recién horneado, leche para los niños!

—¿Qué tal una fuente de fruta? O, una tina con agua tibia. ¿No te apetece también?

—Sería maravilloso. Ésta ropa está inservible ya.

—¡Ah! Pero, ¿qué crees? ¡Estamos en medio de lo inhóspito y no hay nada de lo que tú y los niños necesitan!

Echada sobre la fresca hierba, Yoka observa la discusión de ambos. ¡Cómo palmorean! Ya lo ha visto antes, pero, ¿dónde? Frunce el entrecejo. Busca en su memoria. Ella lo sabe. Lo tiene guardado porque había algo especial en ello. Se lo dijo a Diego, pero no le hizo caso. Ella se enojó, salió volando ofendida y fue así como encontró aquel maravilloso sitio.

—¡Yoka, ven aquí!

Se espabila y desciende.

—Buen día —saluda.

—Buen día —Adriana le responde sonriente.

Diego tuerce la mirada. Las hembras se han identificado y ya nada será igual. Lo sabe.

—Saldremos a buscar comida —la monta con agilidad—. Aquí la señorita está harta del pescado.

—No pensaba sólo en mí...

—Tú y los niños recojan leña. Volveremos lo antes posible. ¡Arriba, Yoka!

No le permite decir nada. Dejan el refugio. La joven patea molesta en el suelo.

Capítulo 25

Por el balcón principal del palacio real, la reina presencia la llegada de otro terceto de guardias enviado por el príncipe Honorio. Entra de inmediato y baja justo para ver a los hombres, clavar una rodilla al piso ante el soberano de Imperialia. El rey los despide para que acudan a descansar.

—¿Tres más? —inquire la reina.

El rey consiente. La unión de sus cejas en la frente casi se toca.

—¿Qué vas a hacer, Orlando?

Él no le da respuesta, pero la mira con aire decidido.

Diego ve una pequeña villa en su camino. Le pide a Yoka descender en un claro, antes de llegar a ella.

—Bien, amigo, tú quédate aquí —la acaricia—. Sabes por qué.

—La gente me teme —asiente—. Algunos reaccionan con miedo, otros entran en pánico y buscarían matarme...

—Así es. Ni tú ni yo queremos eso, ¿verdad?

—No.

—Mantente oculto. Yo iré por la villa, haré algunas sustracciones...

—Robarás.

—Está bien. Es lo que hago y para vergüenza o fastidio de muchos, lo hago bastante bien. El oro que tengo es muy poco y estamos demasiado lejos de los usureros que me compran las joyas. Birlaré lo necesario por ahí. Espérame, ¿quieres?

—Siempre lo hago —consiente.

El muchacho le guiña un ojo, ella igual y se separan. Apenas llegar a la villa, Diego renta un caballo y sale a galope tendido, con un solo pensamiento en la cabeza.

Los hombres del príncipe remueven los escombros de aquella cabaña. La punta de una de las espadas saca a la vista un collar de oro y piedras preciosas. Al recibirlo, Honorio recuerda el suceso en la fiesta. La princesa, el saltimbanqui ladrón. Si decisión de seguirlo. Él, sin duda la descubre, la captura. En su mente puede verlo así.

—Busquen restos humanos —ordena.

—Sí, señor.

Capítulo 26

Mientras recogen leña, Héctor sigue de cerca a su hermano. Cada vez que están por encontrarse, el chiquillo da cuenta de otra rama y lo esquiva para ir por ella. Adriana los observa. Héctor se da por vencido, deja su brazada de leña, alejándose lo necesario. La muchacha mueve negativamente la cabeza. Va con él. Se sienta a su lado sin que la advierta, perdido en su pena. Al mirar a un lado y verla de pronto se sobresalta. Adriana no puede evitar reír.

—¿Te burlas de mí? —el chiquillo se ruboriza avergonzado.

—No —asegura—. Me río de ciertas actitudes que ustedes los hombres siguen al pie de la letra.

—No sé de qué hablas.

—Te creo.

—¿Hum? Eres una chica rara.

—Yo soy la mayor de cinco hermanos. La única mujer y diario veo el mismo comportamiento en ellos. La competencia parece haber sido escrita a fuego en su sangre y sus cuerpos. Todos quieren ser mejor que el otro y les cuesta aceptar cuando son derrotados. Si les suceden cosas se las guardan. Jamás las comparten a menos que les apliques un buen candado al brazo.

—¿Tú haces eso?

—Ya no. Pero puedo hacer una excepción contigo.

—¿Eh?

—¿A qué le tienes miedo?

—¿Yo? A... nada.

—Entonces, Pedro está molesto sin razón. O sólo porque quiere estarlo.

—No sé —esquiva su mirada.

Ella mira hacia la entrada. Se da un momento para pensar en Diego y Yoka. La mañana se hace adulta y no llegan.

—A nadie le gusta aceptar que tiene miedo. ¡Cómo! Es vergonzoso, limitante... ¿estás de acuerdo?

Héctor consiente con un movimiento de cabeza.

—Pues estás equivocado, niño. ¿Sabes lo que me decía mi abuelo?

—¿Qué?

—El miedo es nada en realidad. Somos tú, yo... todos quienes le damos importancia.

—Pero es real.

—Sí, no estoy diciendo que no. Pero... él crece según se lo permites tú, con tus dudas e inseguridades.

Héctor la mira fijamente. ¿Por qué ella no deja de sonreír? Es como su madre. Ella brilla como su madre. Puede verla. Dándole aliento, impulsándolo a salir adelante. Con las preguntas y las respuestas precisas. Dispuesta a tomarlo de la mano y llevarlo por los senderos adecuados para él.

—Dime más —invita.

Los nudos que lleva en su pecho parecen romperse. El aire entra a sus pulmones con más facilidad. La opacidad que advertía en todo se despeja, como si al fin saliera el sol tras la montaña.

—En verdad no hay más. Yo sé bien que eres un chico valiente. Dormido aún en alguna parte de todo tu ser. No te presiones. No te avergüences que él va a surgir en el momento preciso.

—Claro —suspira.

—Oye —levanta su barbilla—. Es verdad. ¡Créelo!

—Sí —esboza una sonrisa.

Capítulo 27

Atado de manos, con una herida sangrante en labios y mejilla, Diego cae prácticamente a los pies del capitán Rascón.

—Vino a entregarse, capitán —le informan sus hombres, sobando los maltratados puños.

—Eso sí que me sorprende —ríe el mercenario.

Todos lo secundan en un momento. Al lado de la silla de Rascón, en una jaula para animales, el pequeño Ángel mira compasivo al muchacho tirado. No le gusta que lastimen a nadie. Hace pucheros. Rascón deja el asiento y va hasta él, hurgándose la frondosa barba, en actitud reflexiva. Golpea al caído con la punta de su bota. El joven se duele y se enrosca en sí mismo para soportar el maltrato y convencerse que ha sido una decisión acertada la que tomara.

—¿Por qué haces eso? —reclama el pequeño.

—¡Ay! —tuerce la mirada— Saquen a ésta pulga de aquí. Sus sermoncitos son fastidiosos.

—Sí, capitán —toman la jaula.

Diego cruza miradas con el pequeño. Nota las lágrimas en los castaños ojos. No recuerda a nadie llorando por él jamás.

—¡No lo lastimes! —conmina— ¡Nadie merece ser lastimado por nadie! ¡Mami siempre lo decía!

Mientras se aleja, la vocecita dulce de Ángel se apaga lentamente.

—Bla, bla, bla... para ser tan pequeño habla demasiado. Levántelo —ordena.

Al tenerlo de frente, acerca más el rostro al suyo para hablarle entre dientes.

—Nunca has sido un chico estúpido —le dice—. Así que desembucha lo que te traes entre manos.

—Tengo a los niños conmigo —espeta.

—¡Hum! —echa el cuerpo atrás— ¿Qué niños?

—¡Vamos, capitán! Los hermanos del pequeño. Hijos del inventor que ha secuestrado Estefano con uno de sus monstruos de latón.

—Así que lo sabes.

—Lo que ellos nos han confiado.

—¿Y vas a entregármelos porque...?

—Quieren estar juntos. Encontrarse con su padre. Los pobres no dejan de llorar y pensé que...

—Por supuesto. ¿Qué más?

—Dos bolsas de oro aligerarían un poco mi mala situación...

—¿No te ha ido bien en tus hurtos?

—¡Oh, sí! Muy bien, pero han surgido detalles inesperados.

—¿Cuáles?

—Se incendió mi cabaña. Lo perdí todo. Sólo tengo lo que llevo puesto.

—Lamentable. ¿Qué te hace pensar que aceptaré? La última vez me dejaste en ridículo ante el profesor. En aquel momento lograste huir, pero juré que te colgaría del mástil principal.

—No lo olvido —traga con dificultad—, pero... los niños han escapado de usted dos veces y creo que seguirán haciéndolo porque no están solos.

—¿Te tienen a ti? Ya no, por si no te has dado cuenta.

Ríe divertido. Sus hombres con él. El joven respira con cierta agitación, las cosas parecen salirse de control.

—Me decepcionas, Diego —aprieta los dientes—. Te colgaré mejor de la quilla y flotaremos por todo el reino para que puedan mirarte y reírse de ti. Te señalarán y dirán con mofa: "¿Ese era el intrépido Diego? ¡Vaya manera estúpida de terminar! Fue y se entregó a las fauces mismas del lobo. ¡Merece eso y más! ¡Buu! ¡Buu!"".

—Eh —llama se atención uno de sus hombres—. En realidad, eso no puede ser, capitán. La polución que siempre nos rodea lo cubrirá. Allá abajo nadie podrá verlo.

—¿Te pedí tu opinión, zoquete?

—No, señor. Yo sólo...

—¡Sshh...! Además de los niños quiero al dragón.

—No, él no.

—No hay trato entonces. Cuélguenlo.

—¡Espere, capitán! ¿Qué le parece como bono la hija del alguacil?

—¿La hija del alguacil?

—No tiene hijos el alguacil —hay más comentarios.

—¡Sí, ella dijo que era hija del alguacil!

—Pues ella te engañó, niño. El alguacil no tiene hijos. Es más seco que una pasa.

—Cuélguenlo...

—¡No! ¿Por qué me engañaría? —se pregunta mientras lo arrastran a cubierta—No tiene sentido. Algo no está bien, Diego. Piensa qué es.
¡Piensa!

Capítulo 28

Conforme avanzan, el paisaje se modifica. Tomás no ha vuelto a ver en la lejanía aldeas, villas o pequeñas ciudades. Tampoco gritos de pastores, tintineo de cencerros, cacareo de gallinas o las campanas de una iglesia. El tranco de Meccano XL es amplio, pero debe hacer constantes paradas para descansar y que él pueda alimentarse, beber agua, dormir. En su mente sólo están los niños. ¿Encontrarían ayuda? ¿Con quién? Dudaba que alguien de la aldea. Era gente pacífica, sencilla, dedicada únicamente a las labores del campo, cría de gallinas y un poco de ganado. El alcalde tenía bajo su mando a un par de guardias, que eran tan despistados como el gato viejo de la abuela Tina. Allí, en Villa Paz jamás pasaba nada extraordinario. Lo de Lara, su esposa había sucedido muy lejos de ahí: en los campos de lavanda. Sus campos de lavanda.

Deja escapar un profundo suspiro y la enorme cabeza de Meccano se vuelve a verlo en pesado movimiento.

—Pensaba en mis hijos —confía Tomás—. Son tres, ¿sabes? Buenos muchachos todos. El mayor, Héctor tiene catorce. Un muchacho muy responsable, pero siempre anda soñando despierto. En eso se parece a mí, aunque él no busca darles forma y peso a sus sueños. La última vez que hablamos, Lara me dijo que sabía por dónde encauzarlo. Por eso se adelantó con nuestro hijo por el campo de lavanda. Para hablarlo con él. No... me he atrevido preguntarle si ella lo hizo. Le afecta recordar ese día, ¿sabes? Igual a mí. No termino de entender qué fue lo que pasó.

Queda en silencio. El hombre mecánico no se mueve. Algunas aves revolotean cerca de él dejándole pastosos recuerdos por su cuerpo de metal.

—Pedro es diferente —se espabila Tomás—. No para en todo el día. Siempre está dispuesto a ir aquí, allá y más allá todavía. Es fuerte. Le gusta trepar árboles, arreglar las tejas de los techos, subir montañas y mirar desde su cima todo lo que está dispuesto a explorar y conocer. El... tiene el espíritu de su madre. Yo... debía correr siempre para acoplarme a su paso. Sucede lo mismo con Pedro. Jamás retrocede. No duda ni se amedrenta. Con buena guía, será un buen líder en el futuro.

Ve ante él los grandes pies de Meccano. Una ardilla curiosa se ha acercado lo suficiente. Olfatea y de pronto desaparece en su interior.

—¡Ups! —Tomás endereza la espalda cuando sucede.

¿Cómo pudo el animalito entrar al pie? Quiere inclinarse y revisar, pero ante su movimiento, el hombre también lo hace. ¿Debe advertirlo? ¿Para qué lo haría? Es un esbirro de Estefano. Tal vez lo favorezca. El animalito

podría roer algunos cables que inutilizaran al meccano. Entonces podría huir.

—Y luego está Ángel —sonríe, mirando a su captor—. Hace honor a su nombre. Su madre se dio cuenta desde el primer momento que lo tuvo en sus brazos: “Un ángel”, dijo y sus ojos se le llenaron de lágrimas. Eso ha sido para todos, mi pequeño Ángel. La ausencia de su madre no ha sido tan dura gracias a él. Con sus abrazos, con sus besos y risas mitiga el dolor que llevamos dentro. Tiene predilección por los animalitos. Todos. Lo he visto interactuar con cerdos, pollos, ratones, perros, serpientes... hasta con insectos. Un Naturalista nato. Eso es mi pequeño.

No pierde de vista el pie. ¿Dónde está la ardilla? ¿Seguirá dentro? ¿Saldría por alguna otra rendija? ¿Sí? ¿No? ¿Qué hará dentro de Meccano XL?

Capítulo 29

La cubierta brumosa se llena de tripulantes. De rodillas en el piso de madera, Diego repasa una y otra vez los sucesos vividos con Adriana. Los hombres preparan todo. El dogal pasa de mano en mano hasta que llega al palo principal. Rascón aguarda con paciencia. Hace cálculos mentales de sus siguientes pasos. Sin Diego de por medio, Yoka podría caer en sus manos en cualquier momento. Y donde estaba el dragón debían estar también los niños. ¡Vaya golpe de suerte!

—¿Por qué tardan tanto? —algunos hombres se impacientan.

Empiezan a correr algunas apuestas. Se lanzan monedas a una cubeta y el vencedor se quedará con ellas. Diego vuelve sobre sus huellas por el bosque y trepa de nuevo el muro por donde se deslizara. Salta de techo en techo, descolgándose por balcones, daldas. Descubre a Adriana montada en un hermoso caballo. Sus arreos son tan elegantes, pero decide ir más atrás. Al gran salón; ella lo sorprende. ¿Por qué? ¿De dónde ha salido? Salta. Hace piruetas. Ve las filas de invitados entregando regalos. Regalos para la festejada. Regalos para... uno de los tripulantes está por saltar, llevando consigo el otro extremo de la soga. Ve que un compañero laza el cuello del muchacho. Aguarda su señal de aprobación.

—¡La princesa! —grita Diego— ¡Regalos para la princesa!

—Inventa otra cosa, chico.

—¡Es la princesa, Rascón! ¿Qué crees que estaría dispuesto a dar el rey por su hija?

—¡Hum! ¿Conocemos a la princesa, Torcuato?

—Si mal no recuerdo, capitán, estaba entre los que derribaron la nave hace un par de años. En el pasaje de los Durmientes.

—Descríbela, Diego.

—¿Describirla? —con sus manos atadas afloja un poco la soga a su cuello— Eh... bueno, es... es...

—No la conoces.

—¡Sí, sí! Sólo que... bueno, ella es muy linda. Es espigada, como los girasoles silvestres que siempre levantan su corola al sol. Tiene una sonrisa que le alegra el día al más huracán. De manos frágiles, en apariencia porque es una hábil espadachín. Es de carácter fuerte, me parece. No creo que se dé por vencida jamás. Es perseverante hasta el

hartazgo. Tiene unos labios que se antojan cálidos y tiernos, pero mientras hablan sólo palabras de verdad pronuncian. Si les prestas atención te pondría a pensar, así que no te lo recomiendo. Luego están sus ojos. Son pocos los que he visto como los de ella. No, miento... nunca había visto unos ojos iguales. Te mira y ella podría meterse hasta lo más profundo de tu cabeza. Si los ves y la escuchas hablar sabes que no te engaña; pero tú eres tan bruto que te convences de que lo hace porque...

—¿Por qué? ¡Por qué, muchacho!

—¡Porque quiere atraparme y enviarme a prisión! ¡Por eso!

—¿Torcuato?

—Se acerca mucho a su descripción. Sólo falta su nombre.

—Dime su nombre, Diego.

—Su nombre es tan bello como ella. Se llama, Adriana.

—Ese es, capitán.

Diego lanza un suspiro de alivio.

—¿No cualquiera conoce el nombre de la princesa? —espeta Rascón.

Todos miran al joven y elevan la vista al que aguarda con el otro extremo de la cuerda. El capitán comienza a reír. Sus hombres lo secundan uno tras otro hasta que la carcajada es general. Diego no sabe si reír también o romper a llorar. Rascón es un miserable que le gusta jugar con sus víctimas. Está arrepentido de haber ido hasta allí y atreverse a una estupidez como aquella. Reconoce que fue precipitado, pero ya nada podía cambiar. Afloja un poco más la soga. Es incómoda, le raspa; piensa en Yoka, en la princesa, en Pedro y su hermano mayor; hasta en el viejo Avena arrancando pasto fresco en el refugio. Libera un suspiro, endereza la espalda y levanta el rostro. Rascón ha dejado de reír. Sus hombres no.

Capítulo 30

Tumbada junto a un cristalino ojo de agua, Yoka se mira en el espejo que es la superficie en aquel momento.

—Una hembra —destellan los anaranjados ojos—. También lo sabía, pero, ¿cómo tratarlo con Diego que es hombre? Se habría burlado. Sí. Con toda seguridad. Lo conozco.

Se tiende en el fresco césped y retoza con agrado; juguetona. Mira el azul del cielo. El sol avanza y él no vuelve. Se despereza con aire preocupado. ¿Le pasaría algo? Pero no puede dejar el bosque así nada más. No cuando él le había dicho que regresaría. Pero tardaba, ¿no? ¿Qué debía hacer?

Asomado por la ventanilla de su celda, Ángel ve cómo lanzan a Diego a la que se encuentra en frente. Ríe divertido.

—¿Qué te causa risa, mocososo? —inquiére un hombre.

El pequeño levanta los hombros en respuesta. Los hombres se van. Por la ventanilla ve el rostro magullado del joven. Le sonríe con simpatía, pero después del susto que ha pasado, Diego no logra corresponder debidamente.

—¿Estás bien? —lo interroga.

—Sí. ¿Y... tú?

—Muy bien. Gracias por preguntar.

—No hay... de qué. Eh... ¿te han dado buen trato?

—Sí. No puedo quejarme. La celda está sucia, húmeda y huele mal, pero cuando juego con mis amigas me divierto y se me olvida.

—¿A qué amigas te refieres?

Ángel no necesita responderle, Diego ve ratas que caminan por sus hombros, su cabeza; hacen ronda por los cuatro lados de la ventanilla. El joven no puede evitar un mohín de repulsión, pues es sabido que las ratas no son muy limpias ni huelen nada bien. Bajo los pies de Ángel todas ellas forman un cajón que le sirve de apoyo. Como no dejan de moverse para mantenerlo en equilibrio, rozan con su pelambre y patitas las piernas

desnudas del niño, provocándole cosquillas.

—¿Por qué el capitán está molesto contigo?

—¡Ah, el capitán siempre está molesto con todos! Es un amargado.

—Debe hacerle falta una buena mujer.

—¿Qué?

—Así le decía papá a mamá algunas veces. Cuando hablaban de ciertos hombres de Villa Paz.

—¿Sí?

—Eso me respondían cuando yo preguntaba.

—¡Ah!

—¿Hiciste algo malo?

—¿Yo? ¡Claro que no!

—¿Por qué te lastimaron?

—Pues... porque me atreví a venir a buscarte.

—¿A mí? ¿Por qué? Yo no te conozco.

—Tú no, pero Héctor y Pedro sí.

—¿Estuviste con ellos? —se le ilumina el rostro.

—Sí. Y están muy triste sin ti.

—Como yo sin ellos. Jamás nos habíamos separado. No así.

—Esperaba que Rascón me permitiera llevarte con ellos...

—¡Sí, sí!

—Pero no quiere.

—¡Por qué! —solloza un poco.

—Porque es un amargado.

—¿Y qué haremos?

—He hecho un trato con él. Si lo acepta... te reunirás con tus hermanos.

—¡Sí! —aplaude— ¡Gracias...!

—Diego. Mi nombre es Diego.

—¡Gracias, Diego! ¿Podría ser hoy mismo?

—Mientras más rápido mejor. De lo contrario...

—¿Qué?

—Nada.

Desaparece de la ventanilla. Ángel imagina que quiere descansar y también se aparta.

—Volveré con mis hermanos —confía a sus amigas ratas.

El capitán de la nidada intuye algo turbio en todo aquello. Conoce a los hombres y aquellos que hacen tratos con Rascón, nada bueno persiguen nunca. Debe confirmarlo. Aprovecha que el niño toma una siesta y abandona el calabozo.

Capítulo 31

Adriana pasea inquieta sin perder de vista la entrada al refugio. Pedro y Héctor están sentados en el pasto, mirándola.

—Nos abandonaron —asegura Pedro.

—¡No! —se opone con energía la joven y ambos saltan en sus lugares.

—¿Dónde están?

—¿Crees que les pasó algo? —Héctor va a su lado.

—Nos abandonaron —insiste Pedro.

—¡No!

—¿Por qué te cierras a la posibilidad? No los conoces más que nosotros. ¿O sí?

—No, pero... él dijo que volverían.

—¡Se fueron! Diego nunca quiso ayudarnos. Traer alimento fue el pretexto justo para botar...

—¡Allí están! —señala Héctor.

—¡Hum! —su hermano bufanda cruzándose de brazos.

Adriana libera un profundo suspiro. Con el borde de sus dedos, impide que el par de lágrimas que buscaban escapar, lo hagan. Diego salta del lomo de Yoka cargando dos costales.

—Perdón por el retraso —se disculpa—, pero como han de notar tuve contratiempos.

—¿Te peleaste?

—En villas pequeñas es una cotidianidad para mí —sonríe, alargando hacia los muchachos uno de los sacos.

Héctor lo toma y de él saca un trozo de jamón, una pieza grande de pan, queso y una botella de leche.

—Dame un poco de pan —pelea Pedro.

—Vamos a encender el fuego.

—¿Les ayudo? —se ofrece Yoka y dejan sola a la pareja.

—Toma —le lanza el otro saco a la joven.

—¿Qué es esto? —frunce el ceño extrañada y al ver dentro encuentra un vestido— ¿Para mí?

Lo mira con el rostro encendido por una gran sonrisa. Él siente que todo su interior se vuelve del revés. La vena que le atraviesa el cuello y que sigue algo irritada por la soga de Rascón, le palpita con mayor fuerza. No entiende por qué. Jamás le había sucedido algo igual.

—¿Quién más podría lucirlo mejor, sino tú? —la mira fijo.

—¡Ah! —sonríe de nuevo. Abraza la prenda contra su cuerpo y lo huele.

Luego, su sonrisa se opaca y su rostro endurece.

—¿Lo robaste? —reclama.

—No, no —asegura retrocediendo al verla acercarse con cierto aire amenazante—. Lo compré en el mercado.

—¿No mientes?

—Sólo míralo. ¿Crees que ya lo usó alguien?

—No —sonríe de nuevo—. Es muy bonito. Gracias.

—Tal vez no está a la altura de la hija del... alguacil, pero es mejor que los harapos que llevas ahora.

—Sí. Me cambiaré. Tú ve que los niños no se coman todo.

—Claro.

La mira ir feliz rumbo a las pozas. El rostro del joven se apaga. La voz de Rascón resuena en su cabeza: "¡Los niños y la princesa! ¡Si me fallas, Diego...!".

Escucha a los muchachos pelear por la comida y va con ellos para tranquilizarlos.

Capítulo 32

La rata de ojos rojos ha ido por toda la nave, escuchando más de la cuenta. Al espiar al capitán, el gato, Pirata la sorprende. Viéndola sola se envalentona y la persigue con las garras prestas a lastimar. Sin embargo, el roedor de aspecto nada duce no le teme. Huye porque le parece divertido llevar tras de ella al felino de un ojo; se cuelga por rendijas, trepa las paredes, salta hacia cubierta. El gato, entre gruñidos y maullidos frustrados, no abandona su intento, a pesar que los tripulantes del Eclipse, no atienden sus gritos de ayuda. Al contrario, al verlo en su carrera frenética, los hombres ríen y apuestan si al fin o no atrapará a la rata. Ésta vuelve de vez en cuando sus ojos para ver el avance del que sólo tiene uno. No lo arrancó por gusto sino en defensa propia. El nido la necesita y ella necesita al nido. Trepa segura por una gruesa soga y el gato la sigue también. Corre ligera por la red que protege al globo. Pirata igual, aunque resbala de vez en cuando. Ojos rojos lo mira con bostezo. Lo considera lento por gordo y perezoso. Vuelve sobre la red, por encima del gato. Éste, molesto le lanza un zarpazo. La rata lo esquiva, saltando más arriba. Se le pierde de vista. Pirata escala hasta llegar a la cima del globo, donde la nube es menos densa y los rayos del sol brillan. La luz de mediodía lastima su ojo. La rata lo embiste inesperadamente, obligándolo a saltar. Cuando cae con sus cuatro patas, sus garras de fuera se clavan en la superficie del globo. Le agrada la textura, ronronea. Hundiendo las uñas una y otra vez. La rata pasa a su lado, invitándolo a seguirla. Pirata así lo hace. No advierte que ha dañado ligeramente la superficie del globo. Por un pequeño agujero se escapa el aire inevitablemente.

—¿Por qué tu porción es más grande que la mía?

—Son iguales, Pedro.

—No me parece. ¿Por qué lo favoreces, Diego...?

El joven no responde. Deja su lugar sentado en la improvisada mesa. Al ver a Adriana acercándose, ellos también. Sin sus ropas sucias, ajadas, el cabello limpio y recogido en una firme trenza, la muchacha luce diferente en aquel vestido tan sencillo.

—Qué bonita —sonríe Pedro.

—Sí —acepta Héctor en medio de un suspiro.

El que nada dice es Diego, pero en su cabeza surgen pregunta tras pregunta: ¿Es la misma chica? ¡Claro que sí, idiota! ¿Por qué se ve distinta? Porque es solo una mujer, no la agraciada princesa. Me sonrío. Me sonrío, ¿verdad? ¿Y a ti por qué, bobo? Si no fuera quien es. Haz dicho la frase mágica. ¡Despierta, tonto!

—Eh... —balbucea y le muestra el intento de mesa—. Te esperábamos para desayunar.

—Pensé que no encontraría ya nada.

—Te ves muy bonita, Adriana —asegura Pedro.

—Gracias.

—¿Y Yoka?

—Pescando su alimento —sonríe el joven.

—¿Qué le pasa? —señala el menor de todos.

Diego baja la cabeza. Su rostro se ha pintado de carmín y también el de Héctor. Adriana sonrío con discreción. No es la primera vez que se encuentra en situación igual, pero siente que ésta vez es diferente. Los galanes ante ella son diferentes. Un hombre y un adolescente que ignoran sus raíces monárquicas.

—¡No empiecen sin mí! —llega Yoka con un puñado de peces que deja caer cerca.

Los salpica con un poco de agua y cuando comienza a comer es bastante desagradable para todos. Los dragones no poseen modales al momento de alimentarse.

—¿Por qué ustedes no comen? —salpica trozos de pescado y vísceras— ¿No tienen hambre?

Capítulo 33

Ve movimientos de cabeza. Pedro cambia de pronto de color y sale corriendo para vomitar. Héctor lo sigue casi de inmediato.

—Lamento el comportamiento de Yoka —se disculpa Diego, caminando con Adriana a la orilla de las pozas.

Sus imágenes esbeltas se reflejan en las limpias aguas.

—Yo estoy acostumbrado a sus asquerosidades, pero no pensé en ustedes...

—Está bien —esboza una sonrisa—. La próxima vez estaremos sobre aviso.

—Sí. Eh... creo que debemos continuar avanzando.

—Sí. Pedro está ansioso.

—Irás con los niños en Yoka y yo los guiaré desde abajo... montado en Avena.

—¿Conoces bien los terrenos?

—Mejor que otros, sí.

—¿Por qué?

—Porque soy libre para recorrerlos cuando me plazca.

—Cuando hablas así sueñas bastante arrogante.

—¿Te molesta o te provoca envidia?

—Ni lo uno ni lo otro. Celebro que vayas a donde quieras con plena libertad. Eso significa que Imperialia es un reino de oportunidades para todos.

—O que... el alguacil, tu padre es un bobo y no sabe cómo hacer su trabajo.

—Mi padre no es ningún bobo. Siendo joven combatió codo a codo con los mejores guerreros del reino y mi...

—¿Sí? ¿Tú... qué?

—Mi madre fue la más dichosa cuando el rey Danilo lo condecoró por su valeroso comportamiento al frente.

—¡Ah, un héroe!

—El más grande de todos.

—Pensé que tal honor le pertenecía únicamente al rey Orlando.

—Por supuesto, pero... ¿qué es para una hija su padre?

—Tienes razón.

—Y... ¿tu padre no fue a la guerra?

—No tengo idea. Yo era pequeño cuando ambos murieron. Los recuerdos que tengo de ellos son muy pocos... y además simples.

—Pueden ser pocos —lo mira a los ojos—, pero jamás digas que son simples. Si es lo único que tienes de ellos... son tu máximo tesoro, Diego.

—Nunca lo había pensado. ¿Por qué tú sí?

Mira los rosados labios y no duda en ir en pos de ellos con la intención de besarla.

—Creo que debemos irnos —lo esquiva—. El día se nos está yendo.

—Claro.

—¡Niños!

Capítulo 34

La mente del príncipe Honorio no deja de trabajar. Una vez activado el mecanismo, él le permite fluir como agua en manantial. El reino de su padre sufre la peor crisis de todos los tiempos y urge una alianza. Alianza que sería perfecta con Imperialia. La princesita en peligro, él, su gallardo rescatador... boda segura, está convencido.

Sus hombres regresan de las aldeas cercanas. Nadie sabe quién es el dueño de la cabaña incinerada, pero sí del ladronzuelo y su dragón. Aparece de pronto, comete hurtos; pequeños, en verdad, pero no dejan de ser molestos.

—El año anterior le tendieron una trampa —cuentan sus hombres—. Estaban tan enojados que pensaron colgarlo del primer árbol cerca. Ni siquiera pudieron atarle las manos. El muchacho lanzó un silbido y al pronto apareció el dragón.

—La gente se horrorizó y lo dejaron. Huyó con el dragón, volando hacia un conglomerado de nubes negras.

—Dicen que hubo un enorme relámpago y la bestia duplicó su tamaño.

—¿Lo han vuelto a ver?

—No por aquí, pero saben que ronda cerca.

—¿Y la princesa?

—Nadie sabe nada.

—¿Rumores?

—Tampoco.

—¿La descripción del tipo?

—Es un hombre joven, esbelto, tostado por el sol, barba incipiente, ojos oscuros... rápido como una gacela y escurridizo como anguila.

—¿Armas?

—Eh...

—Suponemos que el dragón.

—Nadie mencionó ningún tipo de acero.

—La bestia acude al primer silbido. Ténganlo presente.

—Sí, alteza.

Capítulo 35

Sobre el lomo de Avena, Diego llega a la cima de aquella colina plagada de arbustos. Ve a Yoka acercándose a buena altura y con señas le indica el claro junto a un lago en el bosque. La dragona le guiña un ojo, él igual. Sigue con la mirada su descenso. Luego se vuelve a la ruta que dejan atrás. Muy a lo lejos distingue la nubosidad con destellos.

—¡Vamos, Avena! —golpea sus costados con los talones y baja por la ladera.

La traviesa ardilla sigue dentro de Meccano XL. Tomás la ha visto un par de veces, asomándose curiosa por algunas zonas de la gran masa metálica. Es una estructura interesante para ella, porque jamás se había topado con algo igual. Trepa por cadenas, sogas y pistones. En un rellano se detiene, descansa y huele el ambiente. Hay un efluvio que la impulsa a escalar más. Encuentra algún hueco y se asoma para respirar el aroma del bosque, ver si es de día o noche. Mira también al hombre curioso. Lo conoce. De Villa Paz, donde su especie suele buscar provisión para el invierno. Lo veía de tarde en tarde con su mujer y sus hijos, en los campos de lavanda. ¡Ah, qué delicia pasear entre la aromática lavanda! Las ardillas solían retozar, buscar semillas, algunos insectos y las crías corrían entre los surcos, espiando curiosas al hombre con su familia.

La tarde aquella, la del viento impetuoso que llevara consigo a la mujer no era ajena para el animalito de mullida cola. El hombre perdió esa tarde a su mujer y ella y su compañero a sus tres crías. Tampoco entendían cómo había sucedido. Dos estaciones transcurrían desde entonces y el sentimiento de pérdida no desaparecía. Cierra los ojos, aspirando nuevamente el ambiente. ¿A dónde la conduce ese aroma? No a los hogares de los hombres y sus chimeneas ardiendo; tampoco a una hoguera de cazadores o gente de paso en el bosque. Percibe algún tipo de resina. Pero más profundo: advierte musgo fresco, corteza de arce, muros de arcilla reforzados. Salta sobre unas sogas en movimiento y ellas la conducen por el pecho, depositándola cerca del cuello. Luego aprecia los murmullos incomprensibles. Entra a una pequeña sala y ve a un trío de duendes que atienden a un cuarto hombrecillo atrapado en una armadura idéntica a la efígie de Meccano XL. Lo alimentan y le dan de beber. Al descubrirla, los duendes buscan capturarla, pero la ardilla escapa por uno de los ojos del hombre, mecánico. Cae al vacío, chillando de pánico. Tomás logra atraparla. El animalito, asustado todavía, muerde su mano y el inventor la suelta. La ve huir despavorida, internándose en el bosque.

Ninguno de los duendes se asoma por los ojos. Si lo hacen, su amigo en la armadura pagaría las consecuencias. El tiempo que tienen siendo

esclavos de Estefano les parece eterno, porque están sin sus familias y sin la libertad de ir a donde quieran. Al cuello llevan un collar metálico que regula el tono de su voz. Hablan siempre entre susurros y tienen prohibido gritar, so pena de perder la cabeza.

Capítulo 36

Desde el punto en que hace guardia, Diego ve a Adriana y los niños arreglando la fogata para asar algunos peces y aves. El vaho tibio de Yoka desordena un poco el cabello sobre sus hombros.

—¿No es hermoso? —suspira.

—No sé de qué hablas —se vuelve en redondo, atisbando.

—Lo que formamos, Diego.

—No te entiendo, Yoka.

—Adriana, los niños... tú y yo.

Lo mira con ojos brillantes. Él mueve la cabeza negativamente.

—¿No lo ves? —reclama.

—¿Qué cosa?

—¡Nuestra familia, Diego!

—No somos una familia, Yoka. Ellos son un accidente.

—Pero...

—Cuando consigan lo que buscan se irán.

—Pero... no tiene que ser así.

—Los niños tienen a su padre y ella... una numerosa familia.

—¿Y nosotros por qué no? Merecemos nuestra propia familia. La merecemos. ¿O no, Diego?

No le da respuesta. No quiere dársela porque sabe bien lo que les espera. Pedro se acerca para llamarlos a cenar. Mientras lo hace los niños preguntan cuánto falta para llegar a la montaña de granito. Diego dibuja un mapa en el suelo. Dibuja sus siluetas alrededor de la fogata y luego traza caminos, bosques, un pantano, aldeas pequeñas, mesones en los que podrían pernoctar.

—Falta mucho —suspira Pedro con desaliento.

—Menos que ésta mañana —asegura Adriana.

—Sí —apoya Héctor—. Vamos a lograrlo.

—Extraño a papá. A Ángel.

—También yo, Pedro —va a su lado para abrazarlo.

—¡Si tú no te hubieras petrificado...! —lo rechaza y se levanta para alejarse de él.

Héctor busca hacer lo mismo, pero hacia el extremo opuesto. Adriana lo detiene. Lo anima ir tras él y buscar hacer las paces.

—Es que Pedro tiene razón —solloza.

—No importa. Ve y habla con él.

—No querrá escucharme.

—Tú insiste. Tal vez te ignore, te rechace, pero de que te escuchará, te escuchará. No huyas, Héctor.

El chiquillo mira hacia donde Pedro patea piedras y arranca manojos de la hierba alta que crece a su alrededor. Mira a Adriana y ella lo alienta ir con su hermano. Mira a Yoka y Diego. La dragona también lo anima; el joven se cruza de brazos. Él no tiene idea de lo que son los conflictos entre hermanos, así que nada puede decir. Toma una bocanada de aire, más que de valor y se encamina hacia él.

—Pedro —su voz apenas es audible.

—¡Vete! —lo echa molesto.

Capítulo 37

Héctor busca la mirada de Adriana. Ella le indica que respire profundo y no ceda espacio al miedo, la vergüenza o lo que sea que arrastre por dentro. Permanece en su sitio. Ve al chiquillo inquieto, dando vueltas por el mismo lugar, haciendo polvo entre sus manos la hierba.

—¿Sabes que muchas veces he deseado ser como tú? —habla.

Su hermano no se detiene ni lo ve, pero frena un poco sus pasos. Héctor no lo advierte, entretenido en frotar sus manos contra su pantalón.

—Tú vas por todos lados sin que nadie te detenga. No tienes miedo. Yo... he ido tras de ti tantas veces, pero con la ayuda de mi imaginación. ¡Uy! Lo que no hago gracias a ella. Sin embargo... mi realidad es otra. No sé por qué, Pedro. Te juro que no es algo que yo quiera. Es... como si todo frente a mí no fuera real sino una puesta en escena. Como en el teatro del señor Clemens. ¿Recuerdas su teatro ambulante? Sus marionetas actuando para nosotros una historia y si te adentras en ella puedes ser parte de la misma. Puedes ser uno de sus personajes. Sin embargo, cuando suceden cosas a mi alrededor... me pasa lo contrario. No puedo moverme, no puedo actuar...

—Es tu miedo —reprocha.

—Tienes razón —hala entonces la tela de su pantalón, retorciéndola entre sus dedos—. Mucho miedo.

Con aire tímido levanta la cabeza y lo mira. Pedro ha dejado de dar vueltas y lo mira también.

—¿Querías enseñarme a tener valor como tú? —dice.

El muchacho deja caer los brazos a un lado. Suelta también los restos de hierba en sus manos.

—No sé si pueda —responde.

—Por favor.

—Pues... creo... que deberías empezar por escucharme a mí y no al miedo.

—Entonces, grita más fuerte la próxima vez.

Pedro frunce el ceño, meditando en ello por unos momentos.

—Lo haré —sonríe.

Héctor también. Se acerca un poco más a su hermano. Le quita los restos de hierba que tiene pegados a sus ropas. Luego, roza con la mano su cabello desordenándolo un poco. Pedro ríe y lo esquiva. Héctor lo sigue, riendo también. Juegan. Yoka se acerca curiosa a ellos, uniéndose luego al juego; Adriana igual. Diego permanece aparte, pero las hembras se encargan de involucrarlo y pronto todos juegan, ríen divertidos. Los niños caen rendidos al lado de Yoka quien los envuelve con sus alas protegiéndolos del frío. Pronto se duermen. La joven pareja permanece despierta. Tendidos en la fresca hierba, con la luna mirándolos desde el firmamento.

—Me gusta tu sonrisa —le dice ella.

—No tiene nada de especial —se obliga a congelarla y decide sentarse.

Ella en cambio permanece recostada y con la vista fija en la luna.

—Una sonrisa lo puede cambiar todo —asegura—. Le da luz a la persona triste, esperanza a quien lo ha perdido todo, confianza al amedrentado...

Al oírla callar se vuelve a ella.

—Al decir amedrentado, ¿te refieres a mí? —frunce el ceño.

—Yo di las opciones —enreda sus dedos en la hierba—. Tú escogiste la que te podría describir.

—No me identifico con ella para nada —se tumba a su lado, clavando en tierra un codo—. Nada me amedrenta. Ni tú.

Ella busca decir algo, pero él la sorprende, besándola. Cuando se aparta, ambos se miran con cierto aturdimiento. Adriana experimenta un calorillo extraño que se expande desde sus labios a todo su rostro y luego al resto de su cuerpo. Para él es como una sacudida. Tal y como la primera vez que montara a Yoka y ésta lo dejara caer de gran altura y creyó que era su último día de vida. Pero besar a Adriana no era como la caída, sino como el momento en que la dragona se deslizó con suavidad bajo él y lo recibió de nuevo en su lomo. La emoción que le produjo eso era indescriptible; pero el beso, además, confuso. Ya había besado otros labios. Algunos otros, en verdad. Ningunos como aquéllos. Al buscar el

rostro de ella, la ve levantarse e ir con los chicos para dormir también. No la sigue. ¿Para qué? Rascón se quedará con ellos y él tendrá su oro.

Capítulo 38

Los ronquidos del capitán Rascón resuenan por su camarote. El cuerpo tumbado en el camastro se desliza con suavidad hacia el lado de los pies, pero no despierta al sujeto, que tiene maravillosos sueños: el rey y toda su corte se rinde ante él, con pleitesía. Un desfile de carretas pasa, con arcones repletos de oro, los mejores trajes, relucientes botas. Lo que más desea en el mundo, convertirse en caballero, en señor de su propio palacio.

El casco del Eclipse se inclina un poco más. Por debajo de los árboles del bosque, que tienden con gusto sus ramas y algunas puntas rasgan la superficie del globo. Los guardias que dormitan contra las escaleras de cuerdas, son azotados por algunos ramos y otro sale expulsado de cubierta.

—¡Qué demonios...! —despiertan.

—¿Nos hundimos? —las ramas continúan chicoteándolos.

—¡Nos hundimos! —gritan aterrados.

Pronto hacen repicar con locura la campana de alerta. El metálico sonido despierta a Rascón, que de pronto ve venir hacia él el muro de su camarote y golpea fuerte con su cuerpo la pared. En cubierta, los tripulantes corren, somnolientos la mayoría sin comprender del todo lo que sucede.

—¡Nos hundirnos!

—¿Cómo vamos a hundirnos si navegamos con estrellas?

—¡Bueno, algo sucede y caemos!

Los que se espabilan pronto suben por las escaleras de sogas y dan cuenta de la fuga de aire que, durante todo el día y toda la noche se ha abierto un poco más. De inmediato buscan cerrarlo, pero como no le han dado mantenimiento adecuado la rotura se amplía, borrando así la huella de Pirata en el asunto. Obliga al barco inclinarse cada vez más hasta rozar con suelo, enterrar la nariz en él y quedar varado como una flecha lanzada a ojos cerrados.

—¡Maldición! —espeta Rascón sumamente molesto— ¿Cómo ha podido suceder esto?

—Eh...

—¡Habla, no balbucees!

—No sé, capitán. Tal vez un ave...

—Sí —interviene otro—. Las aves suelen posarse en el globo para descansar sus alas.

—¡Malditas aves! ¿Por qué no las espantan?

—¿Cómo va uno a imaginar...?

—¡Imbéciles! ¡Pónganse a trabajar en el desperfecto ahora mismo!

—Sí, capitán.

—Esto va a retrasar nuestra cita con Diego.

—¿Quiere que envíe un equipo de pedaleros a avisarle?

—¿Y desde cuándo somos tan formales? Diego no es tonto. Tendrá que imaginar que algo nos ha atrasado.

—Sí, capitán.

Capítulo 39

En el cielo cúmulos oscuros se aglomeran anunciando fuerte lluvia. Los truenos y relámpagos no asustan a Yoka. Tampoco a los niños, en cambio, Adriana se estremece en cada retumbo y flashazo del cielo.

—¡Hay que bajar y encontrar refugio! —pide la muchacha.

—¿Por qué?

—¡Es peligroso volar en medio de la tormenta!

—A mí no me lo parece...

—¡Por favor, Yoka!

—Está bien. Tranquila.

Revisa abajo. Ve a Diego haciéndole señas.

—Hay un mesón no muy lejos —les informa—. Ahí pasaremos hoy la noche.

—Excelente —la joven se abraza a sí misma.

—¿Tienes frío? —se quita la chaqueta y no duda cubrirla con ella.

—Está igual de mojada —ríe ella.

—Pero evitará que te mojes más.

Pedro consiente apoyando sus palabras. Héctor aprieta los dientes, molesto consigo mismo por no tener aquella idea antes que él. Con tristeza, Yoka los ve alejarse rumbo al mesón. Levanta la mirada hacia los cúmulos negros. Disfruta la lluvia que golpea su rostro. No lo piensa mucho, salta sobre sus patas traseras, al tiempo que extiende sus alas. Le encanta volar bajo la tormenta, jugar con las corrientes de aire. Se deja envolver por ellas para que la conduzcan a donde quieran; luego, ella es quien toma el control y las enfrenta con entusiasmo. Cuando vuelve la calma le gusta echarse en cualquier saliente alta y admirar la panorámica allá abajo. Aspira profundo el limpio ambiente cargado de humedad, olores a hierba, cortezas de árboles y animales ensopados. Lo disfruta plenamente. Sin embargo, cuando se acuerda de Diego y los otros se pone triste. Quiere estar con ellos y no escondida de los demás. Si a nadie hace mal, ¿por qué le temen? Lanza un profundo suspiro, liberando

volutas de vapor caliente.

Sin proponérselo, Adriana y Diego quieren atravesar aquella puerta al mismo tiempo y sus hombros golpean en el afán, atorándose. Eso atrae la atención de cuantos están en el mesón. En un rincón, un trío de músicos deja de ponerse de acuerdo para mirarlos también, pero como les parecen insignificantes siguen en sus acuerdos y comienzan a tocar.

—Déjenme todo a mí, ¿quieren? —Diego asume el mando.

Se abre camino entre mesas y personas que conversan, rumbo al mostrador principal, donde un hombre de aspecto ceñudo, con un jergón en la mano limpia algunos vasos. Adriana y los chicos lo siguen con aire tímido: cuantos están allí son todos hombres y de expresiones nada amigables.

—¿Tiene habitaciones libres? —inquire el joven con seguridad.

El sujeto no responde. Lo mira de pies a cabeza, igualmente a quienes lo acompañan.

—¿Y tú tienes oro para pagar? —replica.

Diego, sin dejar de verlo hurga entre sus ropas y de un bolsillo oculto en su cinturón, extrae una moneda de oro que lanza al alcance del sujeto. Éste la toma y la revisa detenidamente para después morderla, constatando así su autenticidad.

—Sólo tengo una pieza libre. Dos camas, fogón y una tina de baño.

—De acuerdo.

—¡Cosme! —llama al mozo— Llévalos al cuarto de Montero.

—¿En serio, patrón? —lo mira con ojos de espanto.

—Hazlo y quédate callado.

—Sí, patrón. Por aquí.

—¿Qué fue eso? —inquire Adriana e igualmente Pedro.

—Nada —Diego la toma de la mano, conduciéndola tras el mozo.

Capítulo 40

Ella mira la manera en que entrelaza sus dedos con los suyos. Su padre siempre lleva así a su madre y en los retratos de sus abuelos, también están entrelazados de igual forma. Lo observa. Ve como ha endurecido su ceño y mantiene firme el mentón, protegiéndola de todos aquellos que no dejan de mirarla a su paso. Sonríe con cierto aire de halago. Que él sienta protegerla. Que piense que necesita protegerla. Nota que los chicos están un poco amedrentados. Más Héctor que Pedro. El mayor se ve acosado por una manada de hombres lobo hambrientos. Pedro cree que les arrebatan las pocas pertenencias que tienen.

El mozo Cosme los deja ante la puerta de la habitación. La abre para ellos y lo primero que ven todos es un dogal atado con firmeza en la viga principal.

—No se les ocurra quitarla de allí —recomienda—. Montero se pondría furioso.

—¿Por qué? —inquire Pedro.

—No nos interesa saber nada —Diego despide al mozo y le cierra la puerta en las narices.

Apenas da la vuelta, una ráfaga de viento abre de par en par la ventana, se cuele con una brisa demasiado fría y apaga las velas que encuentra en su camino.

—¡Wow! —exclama Pedro— Es el aliento de Montero.

—¡No! —grita Héctor.

—Tranquilos —calma Diego—. No pasa nada. Sólo es el viento.

Va por la pieza tanteando en busca de las parafinas y los cerillos para encenderlas. Un relámpago ilumina la pieza. La sogá que pende de aquella viga se mece como si vida propia tuviera.

—¡Adriana! —grita aterrado Héctor.

Alarga sus manos y cierra los ojos fuertemente. No quiere que su imaginación le juegue una macabra broma.

—Aquí estoy —va con él y el chiquillo la abraza.

Al encender una vela, Diego nota la sonrisa ilusionada del muchacho. Pedro va con él llevando las otras velas para que las encienda también.

—¿No vamos a comer nada? —inquire.

—Claro —consiente—. Ya vuelvo.

Deja la pieza, pero en lugar de ir con el mesonero y ordenar alimentos para todos, sale para atisbar hacia el cielo. No en busca de Yoka sino del barco volador de Rascón. Debería estar ya ahí o al menos acercarse. No advierte los destellos propios de su nube de polución. Se adelanta un poco más en el camino, la aglomeración de nubes, tal vez ocultan la falsa. Nada nota. Mira hacia el mesón. No le agrada tener que pasar un día o una noche más con ellos. No es bueno. Nada aconsejable para él.

La lluvia vuelve a caer. Una manga demasiado gruesa lo deja totalmente empapado. Vuelve adentro y pide la cena para todos. Al verlo chorreando agua, Adriana lo mira con desconfianza.

—¿Saliste? ¿Para qué?

—¡Ah, sí! A... ver si Yoka estaba cerca.

—¿Y está?

—No.

—¿Ella suele seguirte?

—Claro que no. Sabe que debe mantenerse lejos de las personas.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?

Lo mira fijo, en busca de falsedad; pero Diego se mantiene firme y no permite que sus lindos ojos lo intimiden.

—¿Qué sucede entre ustedes? —interviene Pedro.

—¿Por qué lo preguntas? —él sigue en duelo con ella.

—Hay algo raro aquí y no me refiero a esa sogá en el techo.

—La sogá es un adorno más de la habitación. No le den importancia.

—Yo no le doy importancia. ¿Tú le das importancia, Héctor?

—Supongo que algo horrible pasó aquí —frota sus brazos nervioso.

Capítulo 41

Su imaginación se pone en marcha.

—Tal vez el señor Montero —narra lo que ve—, tenía mucho problemas. Sus acreedores lo acosaban. Había perdido su casa, por eso se hospedaba aquí. Todas las puertas se le cerraron. Las alternativas no lo convencían y decidió tocar en una puerta falsa que le dio la peor solución.

—Suenas bastante lógico...

—No necesariamente sucedió algo igual —dice Adriana—. Piensa en positivo, Héctor. Todos los problemas, decía mi abuelo, tienen una solución.

—Quien lo tiene todo puede darse ese lujo.

—No se trata de lujos, sino de fuerza de voluntad, ganas de salir adelante y amor a la vida. Para esas cualidades no se tiene exclusividad. Todos las poseemos.

—No todos tenemos conciencia de ello.

—Eh... —Pedro mira a uno y a otra.

—¿Qué hacías realmente allá afuera? —Adriana inquiere de nuevo.

“Piensa rápido, Diego” —muerde por dentro su mejilla—. Ya te dije, Yoka es necio. No entiende por qué la gente le tiene miedo.

—Es inocente, no necia.

—Como sea —siente que la libra—. Cuido que no rompa nuestro trato de quedarse en el bosque y se presente aquí.

—¿Sí?

—¿Alguna otra teoría?

—¿Entiendes lo que pasa? —Pedro va al lado de su hermano.

Él niega con la cabeza. En realidad, no presta mucha atención a los jóvenes, atendiendo mejor a la propuesta de Adriana: “Piensa en positivo”. ¿Realmente hay algo positivo en esa sogas? Sólo historias macabras acuden a su pensamiento: “Piensa en positivo, Héctor”, Adriana insiste. El sol de un nuevo día ilumina la pieza. Por la puerta ve entrar a un hombre, Montero quizás. Arrastra consigo todos los problemas del

mundo, pero no está dispuesto a cargar con ellos. Mira la soga y la desdena. Las sombras que lo persiguen se difuminan. Por la ventana abierta entran coloridas mariposas y pajarillos que lo deleitan con sus trinos. Luego, una joven mujer aparece en el umbral. Él se emociona de verla. Ella igual. Debe volver a casa a donde pertenece. Juntos saldrán adelante.

—Eso está mejor —sonríe el muchacho.

—¿De qué hablas? —Pedro lo mira turbado.

—Me cuesta confiar en ti.

—Mis antecedentes... sí. Quisiera decir que lo siento, pero no puedo. Soy lo que soy.

—¿Por qué conformarte con eso? Podrías ser mucho más.

—¿Un ridículo guardia del rey?

—Ningún hombre al servicio del rey es ridículo. Todos son muy valiosos para mi...

—¿Para ti?

—Para mí y para todos.

“¿Por qué sigues ocultando quién eres? —sonríe.

—¿Por qué me miras así?

“Disfrutas engañándonos, ¿verdad?

—¡Qué!

—Yo no he dicho nada.

—¿Y qué piensas?

—Adivina —sonríe con picardía, cruzando sus brazos.

Capítulo 42

Su actitud ofende a la joven y le planta una bofetada con aire indignado. La reacción de Diego es inmediata, la sujeta por el talle halándola hacia él y la besa.

—¡Wow! —espeta Pedro.

Héctor aprieta puños y dientes, pero no sabe qué más hacer. Adriana deja molesta la habitación. Diego la sigue e igualmente los niños. Su entrada algo intempestiva, atrae la atención de cuantos están ahí. Adriana va directamente al amo del lugar.

—Quiero otra habitación —solicita.

—No hay más habitaciones, niña.

—¡Vamos, Adriana! Sólo fue un beso.

—Me niego a dormir bajo tú mismo techo.

—¡Uf...!

—Te ofrezco el mío, nena —uno de los hombres que allí están se acerca.

—¿Qué? No, gracias.

—Es amplio, con dos ventanas que dan al bosque.

—Dije que no... gracias.

Ella busca retirarse, pero el hombre la sujeta por uno de sus brazos. Adriana lanza su puño con decisión a la nariz del tipejo. Éste adivina su intención y lo contiene, sonriendo. La muchacha lanza entonces una fuerte patada entre sus piernas. Sin embargo, el sujeto no hace gesto alguno y en cambio, Adriana sí se duele de su pie.

—Conozco todas sus artimañas, mujercita preciosa.

—¿Y las mías, imbécil?

Diego le estrella en la cabeza una redoma llena de vino. El sujeto libera a Adriana y trastabilla por el lugar.

—¡Largo de aquí! —la echa el joven del sitio.

—¡No podrás con todos! —saca su espada.

—¿Y juntos sí? —sonríe y le guiña un ojo antes de empezar a pelear.

Ella encuentra filos de espada; los rechaza con agilidad y buenos lances. Protegidos tras un fuerte pilar, Héctor y Pedro miran sorprendidos. El menor, observa fascinado la manera en que Diego se mueve por todo el lugar: rápido, certero, sin medio. Parece como si se multiplicara. Sus armas son todo lo que encuentra a su alcance, sillas, banquillos, vasos, platos.

—¡Wow! —espeta emocionado, mientras los hombres caen o fracasan en su intento de atraparlo— Se ve tan fácil...

—Pero no lo es —lo detiene Héctor.

—Aprende, hermano —reprocha.

Héctor mueve la cabeza negativamente. Él odia la violencia, pero le preocupa demasiado Adriana. ¿Cómo puede enfrentar a tipos que la superan en tamaño y fuerza? Sus manos están pegadas al pilar, pero sus dedos comienzan a crispase con angustia. Debería ir a ella y quitarla del peligro. Lo desea, no solo lo piensa. Sus manos cambian posición, con las palmas bien apoyadas, como para darse impulso y hacer, al fin lo necesario. Ve que el hombre que golpeara Diego primero se levanta y embiste con toda su corpulencia a Adriana. Está dispuesto a correr para ayudarla, pero sus pies permanecen anclados en el piso de piedra y al mirarlos se hunden en una mezcla extraña que no le permite avanzar.

—¡Cuidado, Adriana! —Pedro grita advirtiéndola.

Capítulo 43

No es suficiente. El hombre la atenaza con uno de sus brazos y a pesar del esfuerzo de la muchacha, no logra zafarse. Su espada escapa de su mano. Diego la recoge, yendo tras ellos. Salen del mesón.

—¡Suéltame, bruto! —lo golpea por todas partes.

El hombre ríe divertido. Pretende llegar a su caballo, montar y huir rumbo al bosque donde nadie podrá encontrarlos. Diego quiere enfrentarlo, pero los otros lo rodean. Los mira y tiene la sensación que se han reproducido. Sonríe y deja caer la espada, como si optara el rendirse, pero antes que se lancen sobre él, emite un largo silbido. Luego, con la punta de su bota levanta de nuevo la espada e invita a los hombres a atacar. Cuando están dispuesto a ello, Yoka aparece por el cielo, ruge de manera escalofriante y escupe chorros de fuego.

—¡Un maldito dragón!

Desde arriba, la hembra ve cómo los hombres se desparraman por el área cual hormigas ante una fuerte lluvia.

—¡Yoka! —escucha que Adriana grita.

Ve cómo el hombre la lleva consigo en su caballo. Diego le hace señas, baja casi al ras del suelo y el joven salta sobre su lomo para ir tras el sujeto. Héctor y Pedro quedan en el camino: uno angustiado por la suerte de la muchacha y el otro, deseando ir con ellos, ser testigo del rescate, parte fundamental de la aventura.

—¡Qué pasó! —inquiere la dragona.

—¡Luego, Yoka! —señala dónde van— ¡El tipo es una roca! Derríbalo y trata de no lastimar a Adriana.

—Bien —desciende con decisión.

Se empareja al galope del caballo, quien al verla se asusta sobremanera. El hombre pierde el control. Al buscar recuperarlo debe usar ambas manos y es el momento justo para Yoka, lo enreda con su cola y de un tirón lo arranca de la montura. Adriana permanece bien sujeta a la cabeza de la silla y evita ser arrastrada por él, quien cae, dando tumbos. Diego salta de su montura y corre a él para impedir que se levante. Necesita de varios puñetazos antes de dejarlo tendido en el lodo. Inclina el cuerpo y se apoya en sus rodillas, jadeando agitado. Por el rabillo del

ojo ve a la joven acariciando la cabeza y el cuello de Yoka.

—Regresemos —pide.

—Pero, ¿qué pasó? —insiste la hembra— ¿Por qué estás enojado?

—¡Nada habría sucedido si aquí, la niña bonita no hubiese empezado con sus caprichos!

—¡No soy caprichosa! Sólo fue una petición justa.

—¡Sin sentido puesto que no había más habitaciones!

—¡Tú no debiste besarme!

—¿La besaste, Diego? —los anaranjados ojos destellan— ¿A ti te gustó?

—¿Qué? ¡Claro que no!

—¿Y a ti, Diego?

Él quiere rebatir molesto, pero no puede. Sólo tiene el recuerdo de los tiernos labios de Adriana en los suyos.

—¿Diego?

—No tengo tiempo para estupideces —salta sobre su lomo—. El mesonero ya no nos querrá ahí. Hay que buscar otro sitio dónde pasar la noche.

Con un brusco movimiento llama a la joven a montar también. Ella lo mira irritada. Aprieta dientes, puños y salta igual al lomo de la dragona.

—No me gusta que estén enojados.

—Silencio, Yoka. Por favor.

—Siento que no es bueno...

—¡Sshh...! —palmea su cuello.

Por el ojo de buey de su celda, Ángel mira cómo los hombres de Rascón trabajan toda la noche. Sobre su hombro, Ojos rojos acicala sus patitas, cola y pelambre. No era una acción que ella buscara, pero fuera lo que fuera que tramara el mercenario, estaba atrasada.

—No llegaremos a tiempo —suspira Ángel y vuelve a su camastro.

Se arrebujaba en él y parecía sollozar. Piensa en su padre, en sus hermanos y en Avena. Desea de corazón que Diego haya llegado con ellos y los esperen; que no se marchen sin él. Deja escapar un profundo suspiro.

Las personas son tan simples, piensa la rata líder. Nunca expresan lo que piensan en verdad. Lo transforman en suspiros, gestos incomprensibles o llanto inútil. Pero las palabras se las tragan y en bocados amargos.

Capítulo 44

Mientras sus compañeros duermen, uno de los duendes deja su frazada y con sumo cuidado va hasta una de las órbitas de los ojos de Meccano XL. Se asoma con extremo cuidado para ver abajo a Tomás, que se hace ovillo ante una fogata que lucha por no apagarse. Lleva una de sus manos a la gargantilla que aprisiona su cuello. Tal vez, él podría abrirlas y liberarlos sin que estallaran. Se vuelve hacia sus compañeros. Más que nada al que vive prisionero en aquella armadura y es el responsable de mover al gigante que llaman Meccano XL. Los otros y él podrían huir, pero dejar a uno era traición total. ¿Con qué cara podrían presentarse ante los suyos? Y los collares. Nadie podría asegurarles que no estallarían precisamente cuando estuviesen con sus familias. Libera un suspiro profundo, lleno de pesadumbre. Vuelve a mirar a Tomás. Duerme. ¿Tendrá sueños? ¿Con su gente también?

El inventor sueña, sí. Con un día hermoso en su hogar, aunque algo frío. El viento se cuela por las ventanas abiertas, de la mano de los rayos del sol. Él pone en marcha su nueva creación: el lavador de ventanas; consistente en un cubo rodante con agua, brazos mecánicos que humedece, enjabona y limpia ventanas. Todos aplauden, especialmente su esposa. Aunque ella no desdeña el trabajo de su hogar, pero acepta que le deja más tiempo para preparar sus perfumes. Los chicos lo rodean felicitándolo y ella abre sus brazos llamándolo. Va en pos de ellos, pero apenas tocarla, ella se le escapa. Un potente viento la aspira y la traga en un oscuro torbellino.

—Lara —balbucea dormido—. ¡Lara!

Despierta con sobresalto y ve claramente un rostro que se dibuja en el ojo izquierdo de Meccano. Se levanta de inmediato para ver mejor, pero el rostro ha desaparecido. Vuelve a su improvisado lecho, convencido de que lo ha imaginado.

En algunas zonas, la tormenta ya ha terminado; pero en otras, apenas comienza. Los terribles truenos cimbran los muros de la montaña de granito. A Estefano, sumido en la penumbra de su taller estudio, no lo perturban. El chirrido de las ruedas de M número uno, llama su atención. La criada de latón y tuercas le lleva una jarra de té y galletas. El hombre abre espacio en su mesa de trabajo para que deje el servicio. Ella se inclina un poco y ve los planos. Es un mapa detallado del reino, donde ha remarcado la capital de Imperalia, Villa Paz y algunas otras comunidades. Estefano desliza fuera de la luz los pliegos en los que ha estado trabajando. La criada se endereza y sirve para él, té. Luego, envuelve entre sí sus manos y permanece en actitud de espera. El hombre da un

sorbo a su té y hace un ligero gesto, que no pasa desapercibido a M número uno. Cada uno de sus ensambles se estremece, igualmente las débiles flamas de sus ojos.

—Está bien —dice el hombre, llevándose un par de pastas a la boca—. Las galletas compensan lo concentrado del té. No tiene importancia.

Ella parece relajarse. El hombre da otro sorbo al líquido, reprimiendo cualquier gesto que le estimule el mal sabor del mismo. Ve por el rabillo sus folios de trabajo. A la criada de latón que no cambia su posición. La mira de arriba abajo. Considera es su mejor versión del modelo M. Las facciones, aunque inexpresivas, son un poco más femeninas que las otras. Personalmente guió al orfebre que grabara los rasgos.

—No recuerdo si ya te he contado algo de mi relación con Tomás —se retrepa en su asiento.

Ella no modifica su pose. Ni siquiera ladea un poco su cabeza.

—Nos conocimos en el taller del maestro Gastón. Yo llegué primero, pero él se ganó las simpatías del maestro apenas entrar a su taller. Traía ese ridículo barco volador, que flotaba gracias al fuelle que avivaba el fuego que mantenía a flote, un globo que sustituía el velamen del pequeño barco. El maestro se sintió fascinado por su "talento". Y a mí me relegó.

M número uno endereza un poco más sus hombros y levanta también su barbilla.

—No pareces estar de acuerdo —los ojos grises relampaguean a la mortecina luz de las velas—, pero así fue. Gastón prácticamente me hizo a un lado y Tomás se convirtió en su favorito. Si tenía que salir, Tomás lo acompañaba. Si deseaba la opinión de alguien, se la pedía a Tomás. Tomás, Tomás, ¡Tomás! Se volvió mi peor pesadilla porque al maestro no le interesaron mis proyectos, mucho menos estimular mi creatividad. A Tomás se le desbordaba al menor guiño. A mí no. Pero no iba a dejarle el camino libre al favorito de Gastón. Seguí en el taller, esforzándome por mí mismo. Sin mayores logros porque esos, sólo Tomás los tenía. A mí... me desdeñaban en todos los sentidos. Consideraban pobres mis logros. Pero ha pasado el tiempo, M número uno. Tal vez no soy el mejor todavía, pero me he superado. Eres prueba de ello. ¡Todos en la montaña de granito son prueba de ello! Tomás ha vivido en la felicidad demasiado tiempo. Es momento que pruebe un poco de fracaso, humillación y dolor, ¿no te parece?

La criada sigue inmutable.

—Retírate, M número uno —dice—. Debo continuar mi proyecto para destruir la fama y la confianza del inventor Tomás. Fase dos en proceso.

La mujer de latón y tuercas gira sobre su holgada falda y abandona la pieza.

—¡Ay, Tomás! —suspira Estefano— Realmente te compadezco. Pero... mereces la ruina total.

Capítulo 45

El cálido sol se despereza tras las montañas y tiende sin egoísmo sus rayos por toda la faz de la tierra. Un tanto adolorida por dormir incómoda en aquel intento de refugio, Adriana se despereza y estira todo su cuerpo. Deja escapar un profundo bostezo y apenas ve cómo Héctor se aleja corriendo. Sonríe con cierta simpatía al pensar que el chiquillo protegía su descanso. Arregla su vestido, su cabello fuera de lugar y sale en busca de los otros. Ve que Héctor se da a la tarea de recoger lo necesario para encender una fogata, mientras que Diego y Pedro parecen entrenar. Yoka debe hacerlo también porque vuela sobre ellos y simula atacarlos. En el ambiente tan sereno, hasta ella llegan las indicaciones del joven. No le presta toda la atención, admirando la fresca mañana. La bruma que cerraba la noche se disuelve, dando la impresión que huye bosque adentro, con la promesa de volver.

—¡Wow! —oye a Pedro gritar y ve que ha saltado sobre el lomo de Yoka y vuelan en torno.

Diego, con sus manos a la cintura ha dejado de darle indicaciones porque la ha visto. Mira que se acerca con lentitud; como con timidez, pero es obvio que ella no es nada tímida. Levanta la vista ubicando al chiquillo con Yoka. Los ve venir sobre ambos.

—¡Cuidado! —salta sobre la joven para evitar que la golpeen.

—¡Wow! —Pedro está cada vez más eufórico.

—¿Estás bien? —inquire él.

—¡Estás sobre mí! —lo empuja.

—Lo siento. Me pareció que Yoka bajaba demasiado...

—¿Esas van a ser siempre tus excusas? ¡Oh, perdón! Me pareció esto, me pareció aquello...

Él la mira confuso. Adriana también. Revisa su vestido y se entretiene, limpiándolo de la hierba y hojarasca que se le ha pegado. Sus reacciones parecen sin sentido aún para ella. Diego llama a Yoka, ante la protesta de Pedro.

—¿Vieron algo fuera de lugar? —inquire el joven.

—No. ¿Cómo qué?

—Lo que sea, Pedro.

—No, ¿verdad? ¿O sí?

—Nada —asegura Yoka.

—Veré si cazo algo para el desayuno.

—Te acompaño —se apresta el chiquillo.

—No —rechaza tajante—. Tendré más éxito si lo hago solo.

—Pero...

—¿Tienes experiencia cazando?

—No, pero...

—Quédense aquí. Eres la responsable, Adriana.

Todos lo ven perderse entre lo tupido del bosque.

—Si no lleva armas —observa Pedro—, ¿cómo va a cazar algo?

—¡Ah! —interviene Yoka— Diego sabe armar trampas. Las improvisa con lo que sea que tenga a la mano.

—Te creo y sabe pelear muy bien. ¡Pum, zaz, iiaa...! ¡Sus puños son veloces y él ni se diga! Quiero ser como él.

Adopta sus poses e imita golpes y patadas. Adriana ríe. Al ver a Héctor solo, alejado de ellos preparando la fogata, decide ir a él.

—Tú no parece impresionado por Diego como tu hermano.

—No soy partidario de la violencia —responde con timidez.

—Oye —lo toma por la barbilla para que la mire—. No es obligación del hermano mayor ser el héroe de los hermanos menores,

—Creo que Pedro piensa lo contrario.

—Él aún no ha visto tu potencial.

—Tampoco tú.

—Cuando surja, nos darás una gran sorpresa. Estoy segura.

Con agilidad, Diego trepa al árbol más alto que encuentra y otea la zona. Sigue sin ver indicios de la nube que oculta el barco de Rascón.

—¿Qué habrá pasado? —se pregunta.

Capítulo 46

A través de la lente de su catalejo, el príncipe Honorio descubre el barco varado y los hombres en movimiento, remendando el globo. Ve que su capitán sacude los brazos y da de gritos, llamándolos a todos a duplicar esfuerzos. Examina toda la nave, descubriendo el rostro de un niño asomado por una ventanilla. ¿Quién era el chiquillo? ¿Hay una rata en su hombro y el pequeño habla con ella? Aparta la lente de ambos: la escena le produce asco. Enfoca el camino tupido de arbustos y árboles, reconociendo a sus hombres que regresan.

—Alteza —lucen fatigados después de la carrera—. Tenemos noticias de la princesa.

—¿Qué? ¿Acaso está en ese barco transformado en nave voladora?

—No, señor, pero al parecer los mercenarios iban tras ella cuando sufrieron éste percance. Mencionaron a un Diego y su dragón.

—¡Hum! Todo concuerda. ¿Qué más?

—Hicieron mención de algunas aldeas donde pueden estar esperándolos. También nombraron las Cascadas de plata, la montaña de granito y un tal profesor Estefano.

—¿El inventor loco? Hace años instaló en palacio un defectuoso sistema de agua corriente. Mi padre lo desterró y lo nombró persona no grata para el reino. ¿Qué tiene que ver en esto?

—Parece que todo, alteza.

—Los mercenarios dijeron que había mucho oro en juego.

—Oro —la palabra sola lo regocija como el aire que respira—. No dejen de vigilarlos y estén atentos para seguirlos.

—Sí, alteza.

—Oro. ¿La princesa? ¿Oro? La princesa. ¿Oro? Oro...

El reventar de ramas secas llama su atención, pero cuando va y revisa, no hay nada.

Diego abandona el bosque con un par de racimos de codornices y liebres. Ve cómo Pedro se desprende de la compañía de su hermano, de Adriana y corre a su encuentro. El chiquillo sonrío feliz. Encantado de lo que lleva para su alimentación. Al principio, Diego se siente algo turbado

por la actitud del muchacho. Él no está acostumbrado que lo reciban, mucho menos con tanta euforia y agradecimiento. Le parece agradable. Que lo reconozcan como el proveedor; que lo admiren porque se da cuenta que Pedro lo admira con sinceridad. Le agrada el chico también. Lo mismo que Héctor, a pesar de su seriedad y hasta la misma Adriana con su carácter disparejo. Le entrega uno de los atados para que lo ayude y el muchacho lo acepta sonriente y maravillado por las piezas. Entre todos las limpian, pero cuando ven a Yoka devorando las vísceras, hay un poco de repulsión. Ésta pasa cuando las aves y las liebres comienzan a asarse.

—Tienes que enseñarme a poner trampas para cazar.

—En otro momento —acepta.

Un par de horas después continúan su camino, pero al encontrar una aldea a su paso deciden quedarse en ella.

—¿Por qué? —protesta Pedro— Perdemos tiempo.

—Es riesgoso para Yoka. Ésta zona es famosa por sus arqueros. Si no estoy mal hay fiestas toda la semana, celebrando al arco y la flecha.

—Pero...

—Retomaremos camino cuando caiga la tarde.

Capítulo 47

Mientras Yoka se queda en el bosque, ellos bajan a la aldea y se mezclan con la gente. El ambiente es de fiesta y no hay hombre, mujer o niño que no lleve entre sus manos o a la espalda, arco y carcaj repleto de flechas. Por doquier hay torneos, música, baile, comida abundante y bebida. Diego señala una posada. Adriana consiente, ansía darse un baño, cambiar sus ropas. Él se encarga de todo: bañera, agua, jabones perfumados y un lindo vestido que consigue con la hija del posadero. La princesa no puede negar que el joven es caballero cuando se lo propone. Todos aseados y con ropas limpias se unen a las fiestas de la comunidad. Pedro y Héctor sin mucho entusiasmo, pero ya en medio de tanto júbilo, se contagian y divierten también.

En la pequeña plaza no dejan de sonar las alegres polcas. Diego invita a Adriana. Toma su mano y van por toda la pista, al compás de los instrumentos; saltando y dando vueltas, divertidos. Ambos ríen. Sobre ellos cae lluvia de papel multicolor. Diego la sujeta por el talle, ella igual a él. Sus frentes se unen, mirándose a los ojos como jamás lo han hecho con nadie.

—Días como estos no deberían marcharse jamás —le dice el joven.

—Todos lo quisieran —acepta sonriendo.

—Pero porque son maravillosos, es justo que se presenten pocas veces en el año.

—Así es —concuerta—. Lo común pasa. Lo poco común se queda para siempre en la memoria. Mi abuelo lo decía.

—¿Tu abuelo era un sabio?

—Todos sus años lo volvieron sabio.

—¿Aún vive?

Niega con la cabeza.

—Lo extrañas.

—Todos los días —sus ojos se llenan de lágrimas.

Cuando se desbordan y se derraman por su rostro, él las enjuga entre sus dedos.

—Me habría gustado conocerlo.

—Creo que a él también a ti. Te habría convencido de ser un mejor hombre.

—¿Es lo que intentas acaso?

—No soy el abuelo. Soy simplemente Adriana y hasta el momento, no creo obtener buenos resultados.

—Sigue perseverando —la toma con suavidad por la nuca y la acerca a él.

—Eso tenlo por seguro —acepta.

Miran sus respectivos labios. Cómo se mueven en palabras, pero que en medio de la algarabía que los rodea, no escuchan con claridad. Se tocan con ternura una y otra vez. Entre la gente que los rodea, Héctor los ve molesto. Echa a volar su imaginación. Crea a un hombre de impresionante armadura y salta en medio de todos con aire amenazante. Reta a muerte a Diego. Éste llora suplicando por su vida, decepcionando a Adriana quien busca de inmediato su protección. Sólo él puede hacerlo. Diego huye y el de armadura lo persigue por toda la población. Hay gritos: mastines feroces de metal cobrizo derriban a la gente y los puestos alrededor.

—¡Héctor! —una mano lo atenaza con fuerza.

Capítulo 48

Sale de su sueño despierto y ve que se ha vuelto realidad. Meccanos como el que secuestrara a su padre invaden la aldea y provocan caos. La gente huye despavorida, encerrándose en sus hogares. Diego, Adriana y los niños se ocultan en un callejón.

—¡Ellos se llevaron a papá! —Pedro quiere pelear.

—Son muchos y nosotros pocos —contiene Diego.

—¿De dónde salieron? —Héctor está azorado.

—No vi —responde Adriana con el rostro encendido.

Observan sus movimientos y notan que cargan con todos los alimentos que encuentran. Llenan carretas que jalan o arrastran los mastines y luego se retiran.

—Sigámoslos —Diego toma de la mano a la princesa.

Van tras ellos con cuidado. Si hacen alguna parada, se ocultan rápidamente: tras una carreta, un barril, en el hueco de un callejón.

—Vamos —invita Diego.

Adriana lo sigue muy de cerca, Pedro igual. Héctor tiene un mal presentimiento, aunque no sabe por qué. Algo así como aquella tarde en los campos de lavanda. La sensación lo atrapó desde el mismo momento en que su madre lo toma de la mano y lo lleva a parte de todos. Descifrar esos destellos en los bellos ojos de su madre nunca fue sencillo para él. Pero había algo y le preocupaba. Se siente dispuesto a repasar de nuevo aquella triste tarde, pero mira sobre su hombro y se encuentra con un agresivo can de mandíbulas metálicas.

—¡Ah! —grita aterrado, mientras el perro arquea el cuerpo y sacude su chirriante cola.

El chiquillo huye, pero el peculiar perro, olvidándose de los otros, va tras él. Pedro quiere ir en su auxilio, pero tanto Diego como Adriana lo arrastran a un callejón pues están a punto de ser descubiertos.

—¡Ssshhh...! —lo conminan al silencio.

Hay un meccano tan alto como el XL que ha vuelto sobre sus huellas, atraído por el escándalo. Pero los duendes que lo manipulan no ven nada. La calle y los alrededores están vacíos. Tal vez sólo era un aldeano que

llo de terror ha salido huyendo hacia su casa. Se vuelve con aire pesado, siguiendo a sus compañeros.

—Héctor —escapa de ellos y va en su busca.

Los jóvenes lo siguen, pero el muchacho no se ve por ninguna parte. Con sus largas piernas, Héctor deja atrás al mastín y su esperanza es llegar al bosque. Resopla sacando energía desde lo más profundo de su ser. Mira atrás. El perro no se ve por ninguna parte. Al volver la vista al frente, lanza un grito aterrado: el mastín lo embiste y echa a tierra.

—¡Ah, ah...! —el chiquillo protege su rostro y cabeza con sus brazos.

Sin embargo, las dentelladas que esperaba sufrir no llegan. Se arrastra por el suelo alejándose del sabueso unos metros, pero sin atreverse a levantar y correr de nuevo. El animal, de latón y tuercas se sienta sobre sus cuartos traseros, en medio de estremecedores chirridos. Héctor nota como sacude la cola contra el suelo, levantando un poco de polvo. No entiende. ¿Por qué no lo ataca?

—¿Qué pasa aquí? —Yoka surge entre la arboleda.

Al verla, el perro corre atemorizado y se escuda tras Héctor.

—¿Qué es esa criatura extraña? —inquieta curiosa la dragona.

—Eh... —Héctor no entiende la reacción de lo que él considera una bestia.

—Parece un perro, pero... ¿dónde está todo su pelo y su lengua siempre seseante?

—Sí. Es... que... no es un perro real sino... de juguete. Sí. Eso... de juguete.

—¿De juguete? ¿Puedo jugar con él? ¿Sí? ¡Eh, chico, ven aquí! ¡Ven aquí!

Capítulo 49

El mastín parece entender su petición. Deja lo que considera su escudo perfecto con cierta timidez y luego se acerca a la dragona, con mansedumbre y la cola entre las patas. Yoka lo olfatea. Se inclina lo suficiente para tocar su cabeza y acariciarlo. El animal de color cobrizo reacciona al tacto. También quiere jugar. Mientras lo mira, Héctor más se desconcierta. Oye que lo llaman y ve a lo lejos a los otros. Les hace señas desde donde está.

—¿Qué pasó? —llega Pedro primero a él— ¿Qué fue eso que te atacó?

—Supongo que uno de los mastines de Estefano, pero...

—¡Pero que!

—Héctor, ¿estás bien? —Adriana llega a él.

—Sí —sonríe feliz ante su interés.

—¿Qué sucedió?

—Pues... no tengo idea.

—Gritaste horrible —dice Diego sin dejar de estar alerta.

—Ya sé —replica molesto— “¿Por qué ninguno de esos meccanos dio cuenta de él y lo llevó consigo?”. Pensé que el perro me iba a devorar.

—¿Perro?

—Sí... hecho por Estefano, como el que dices que se llevó a papá.

—¿Dónde está? —su rostro se deforma de rabia y toma del suelo un garrote.

—Por el bosque, jugando con Yoka.

—¡Qué!

Nada más pueden expresar. Ven a la dragona y al mastín jugando. Los jóvenes se miran entre ellos confusos. Héctor sigue tratando de encontrar sentido a aquella locura. Pedro, en cambio tiene claro su deber. Sujeta con firmeza el garrote y va tras el animal de metal, con la intención de convertirlo en chatarra.

—No, no —Yoka le quita su improvisada arma—. ¿Qué haces?

—¡Es una máquina hecha por Estefano, el enemigo natural de mi padre! Hay que destruirla o ella nos destruirá.

—Ésta cosita encantadora? Estás equivocado, Pedro. ¡Sólo míralo! Ven aquí, Cúprico.

—¿Cúprico? —Diego se cruza de brazos— ¿Ya le pusiste nombre?

—¿No te gusta? Le queda bastante bien, ¿no crees?

—Me parece perfecto —sonríe Adriana.

—¿Es que tú lo apoyas?

—En verdad parece un perro adorable.

—¡Es una máquina! —protesta de nuevo Pedro.

—Pero se comporta como un perro real —dice Héctor en actitud reflexiva—. ¿Cómo es posible? Estefano tendría que haber superado a papá para lograr algo igual. Entonces no tendría sentido su secuestro.

—¿De qué habla?

—Divaga en busca de respuestas —explica Adriana.

—¡Ah! —consiente, aunque no entiende.

Capítulo 50

Pedro quiere recuperar su tronco y Yoka no se lo permite. Lo cambia de mano, lo lanza hacia su cola; luego lo esquiva con gracia, mirando también a Héctor, sumergido en sus divagaciones. Por su parte, Cúprico sigue jugueteando a Pedro, salta a su paso, invitándolo al juego y el chiquillo le lanza un puntapié. El perro atrapa entonces su bota y se la arranca para jugar con ella. Pedro quiere quitársela, pero él corre para evitarlo. Ha conseguido su objetivo.

—¿Será posible? —levanta el rostro el muchacho.

—¿Qué, Héctor?

—Tal vez suene descabellado, pero... ¿y si bajo esa armadura en verdad está un perro?

—Sí es bastante descabellado.

—No —se opone Adriana— a mí me parece factible.

—¿En verdad? —sonríe ilusionado.

—Sólo mira sus proporciones.

—Hay que dismantelarlo.

—¡Yo quiero hacerlo! —Pedro lucha por recuperar su bota.

—Yoka, controla a tu mascota.

—Cúprico, deja de jugar con basura y ven aquí.

El perro de metal escupe la bota y con simpáticos saltos acude al llamado de la dragona.

—Necesitamos herramientas.

—En la aldea encontraremos lo necesario.

—No recomiendo que lo intenten.

Aquella voz con un dejo lejano detiene a todos.

—¿Quién dijo eso? —inquieta Diego.

—Yo no.

—Ni yo.

—Yo tampoco.

—Yo menos —asegura Yoka.

Miran a su alrededor. De los tupidos arbustos y la alta hierba comienzan a salir pequeños seres con overol de trabajo; algunos barbados, rubios, otros de gesto tímido, molesto, inseguridad y desconfianza.

—Son...

—Duendes —Adriana cae de rodillas, para mirarlos mejor—. Pensé que sólo eran parte de nuestras leyendas.

—¡Ay, yo siempre los veo! —suspira Yoka.

—Nunca me lo has dicho —reprocha Diego.

—¡Claro que sí! Tú nunca me escuchas.

—Eh...

—Dijiste que soñaba, que era por los hongos que habías comido...

—Era posible.

—Es maravilloso —sonríe la princesa—. ¿Por qué permanecen ocultos?

—Oigan a la grandulona —espetea un pequeño malhumorado.

—Tu gente nos esclaviza —contesta el que parece su líder—. Piensan que en nuestros hogares tenemos pozos repletos de oro y no es así.

—Las leyendas dicen.,,

—Sus leyendas no son nuestra realidad, sino una maldición.

—Lamento oír eso, señor...

—Todos me llaman, Mac. Mi nombre es largo y difícil de pronunciar.

—¿Por qué no recomiendan abrir la lata? —interviene Diego.

—Dentro de ella sí hay un perro real.

—¿En serio? —Pedro se muestra sorprendido.

—Pero abrirlo significa su muerte y de cuantos estén cerca.

—¿Por qué?

—Ese hombre infeliz al que algunos llaman profesor, saquea nuestras aldeas, llevándose a los mejores hombres y mujeres para utilizarlos en esas cosas que llaman meccanos.

—¿Dentro de ellos...?

—Están muchos de los nuestros —acepta— y otros infelices que arrebatada de los caminos o de sus hogares. En su cuello les coloca gargantillas cargadas con explosivos. Si intentan quitárselas...

—¿Estallan?

—Al igual que todo lo que esté cerca.

—Eso es horrible.

—¿Ustedes piensan enfrentar a ese hombre?

—Debemos hacerlo —afirma Pedro—. Se llevó a nuestro padre.

—Deben tener mucho cuidado. Con sus meccanos, Estefano tiene control de toda ésta región, hasta la montaña de granito.

—¿Por qué no se ha notificado a mi padre?

—¿Y quién es tu padre, niña?

—El...

—El alguacil, Bertoldo por supuesto —ataja Diego—. Del cual, de seguro, no has oído hablar jamás, ¿verdad?

—Los señores del reino, no son nuestros señores. La Naturaleza es nuestra ama y aceptamos cuanto nos envía.

—¿Eso qué significa? —inquire Pedro.

—Ser esclavos no tiene nada de natural —Adriana se pone de pie—. Debemos buscar la manera de rescatar a todas esas personas.

—¿Pasamos de rescatar al padre de Héctor y Pedro a ser libertadores de esclavos? Es tarea imposible.

—Imposible solo es aquello que no intentas...

—¿Decía tu abuelo? —le guiña un ojo.

—Comienzas a reconocer su pensamiento —sonríe y también le guiña un ojo.

—Entonces, ¿sí me puedo quedar a Cúprico? —se entremete Yoka.

Capítulo 51

Los cascos de un caballo rompen el silencio apacible de la tarde. La hierba brinca a su paso y pequeños animales salen de su trayecto para evitar ser arrollados. Mientras se aleja, la quietud busca de nuevo gobernar en natura, pero se rompe una vez más cuando una docena de jinetes surcan el mismo camino e igualmente se pierden por el bosque, cabalgando bajo la tarde que termina y la noche que llega.

Al lado de Pedro, Héctor alimenta el fuego de su hoguera. A unos cinco metros, Yoka le enseña suertes al perro de metal cobrizo.

—No confío en esa bestia —dice.

—Pensé que amabas a Yoka.

—No me refiero a Yoka, Héctor. Sino a ese supuesto perro. ¿Por qué está aquí?

—Me atacó.

—No. Te asustaste con él que es otra cosa.

—Sí, pero....

—Desde que nos encontró no hace otra cosa que jugar. ¡Mira a Yoka! Parece niño con juguete nuevo. Debería estar vigilando, ¿no te parece?

—¿Qué estás pensando?

—¿Y si es un distractor? Tal vez Estefano nos mira ahora desde algún punto del bosque. Espera a que nos durmamos y nos atrapará.

Toma una piedra de buen tamaño.

—Tengo más que buena puntería. Le atinaré a la cabeza y...

—No —lo contiene—. ¿Olvidas lo que el viejo Mac dijo? El perro volará y con él todo lo que esté cerca.

—Siento que es un espía, Héctor.

—Pues Yoka está feliz con él.

—¡Hum! A mí me parece que Yoka está feliz con todo.

Junto a su hoguera, Tomás emite sonoros ronquidos. Escucha cierto golpe metálico y sabe que Meccano XL descansa. Cuando eso pasa ha notado que tarda en recuperar movimiento antes de activarse de nuevo. Abre los ojos y sigue roncando con el mismo ritmo. Luego, levanta medio cuerpo y mira a la mole metálica a su lado. No hay muestra de luz alguna en ninguna parte. La máquina descansa. Libera un nuevo ronquido y se sienta en su lugar. Observa a su alrededor. Nada se mueve o advierte en la oscuridad. El amanecer no está muy lejano. A lo lejos puede escuchar el canto de algunos pájaros y también le llega claro el rumor de la corriente de un río. Si logra llegar a él podría guiarse con el afluente para volver a casa. Añora tanto ver a sus hijos. Teniéndolos a ellos en el pensamiento, decide su último movimiento y se levanta lo más rápido que puede, corriendo hasta el bosque. No mira atrás para nada. Se enreda con las ramas de algunos setos, tropieza con piedras, con raíces que sobresalen del suelo, pero jamás vuelve la vista atrás.

Capítulo 52

Los duendes que manejan a XL duermen profundamente, pero el que está atrapado en la armadura despierta. No escucha más los ronquidos de su prisionero. Llama a sus compañeros. ¡Tomás ha escapado! Por un momento todos enloquecen y tropiezan unos con otros. El chófer del meccano los llama a la tranquilidad y el orden emitiendo ruidos y señas. Ellos saben dónde están. Tomás, no.

El hombre no deja de correr con cierta desesperación. Se detiene de pronto, pone atención al ambiente y al escuchar cada vez más cerca el paso del río, dirige su carrera a él.

—¡Sí! —ríe encantado al encontrar el cauce.

Se acerca con la intención de llegar a su orilla y beber algo de agua. Sin embargo, antes de alcanzarla, Meccano XL cae del cielo justo ante él, atajándolo. Sus ojos encendidos lucen rojos y el ceño molesto. Tomás cae de espaldas contrariado y fatigado también. El hombre mecánico le muestra unas sogas.

Antes de despuntar el alba, Diego sale para revisar la zona, sobre el lomo de Yoka. Prendido a su cola, Cúprico los acompaña. El joven le señala a su compañera una alta saliente. Desde ella miran, sentados uno al lado del otro, como el sol escapa tras de las montañas.

—¿No es maravilloso? —dice Diego.

—Mucho —acepta Yoka—. Pero, ¿por qué hemos venido aquí? Vistas como ésta las tenemos por todas partes.

—Exploramos, Yoka. Además... ya necesitaba un momento a solas contigo.

—Cúprico también está aquí.

—Cúprico no cuenta para mí.

—¿Los chicos y Adriana tampoco?

No responde. Lanza algunas piedrecillas a lo lejos.

—¿Qué pasa, Diego? —inquieta la dragona.

—No sé —sigue lanzando piedras—. Hasta hace unos días sólo éramos tú y yo. Y para mí era más que suficiente. Pero... ahora con... Pedro,

Héctor y...

—Adriana.

—Ella, sí.

—¿No te agrada?

—Me parece que demasiado y no puede ser, Yoka.

—¿Por qué?

—¡Porque no somos iguales!

—Tú y yo tampoco y mi vida a tu lado jamás la cambiaría por nada.

—Tampoco yo, amigo —palmea con cariño—. Eres la única familia que conozco.

—Adriana y los niños también pueden serlo.

—No, Yoka. Ellos tienen su propia familia. Cuando se encuentren se irán con ellos.

—¿Y nosotros?

—Seguiremos como hasta ahora —sonríe, golpeando con su puño la fuerte garra.

Yoka lo mira fijo, sin expresión alguna. Luego mira a Cúprico que permanece echado muy junto a ella.

—No me gusta —protesta.

—Yoka...

—Antes sí, pero ahora que los conozco... si se marchan los extrañaré demasiado.

—¡Ay no, por favor! —espetea ante sus pucheros— ¿Te vas a poner a llorar?

—¡Si es mi deseo puedo hacerlo! —rezonga.

—Yoka... no.

—¡Por qué tiene que ser así!

—Nuestros mundos son distintos.

—¡Odio los mundos distintos!

—Ya. Ya, amigo.

—¿Por qué sigues tratándome como macho? ¡Soy una hembra!

—No me acostumbro. Lo siento... nena.

Ríe entre lágrimas con aire pueril.

—Te gusta, ¿eh? —ríe también el joven.

—Sí. Repítelo.

—Seca ya tus lágrimas y regresemos... nena.

—Gracias, Diego.

—¿Por llamarte nena?

—Por haberme encontrado y dejarme vivir a tu lado.

—Yo también agradezco ese momento, Yoka. De verdad.

Capítulo 53

El desperfecto ha sido solucionado. Se encienden las calderas y el aire caliente levanta poco a poco el globo. Rascón aguarda ceñudo ante su timón. Apenas siente que se desprenden del suelo, endereza curso y lentamente, el Eclipse avanza de nuevo.

Honorio y sus hombres, ocultos entre los árboles del bosque lo siguen a distancia. Hasta ese momento, el príncipe ha formulado mil maneras de rescatar a la desvalida princesita de manos de ese cruel Diego, su horrible dragón y los mercenarios miserables. Será su héroe. Vivirá eternamente agradecida y pagará su proeza siendo la más fiel de las esposas. El rey, tal vez le ceda la corona. El rey Honorio. Le gustaba como se oía: El rey Honorio.

En un momento en que la dragona se encuentra sola (y Cúprico, claro), Adriana se acerca a ella para charlar.

—Hoy se levantaron muy temprano tú y Diego —dice la muchacha.

—No es raro. Diego explora las zonas.

—Y... ¿encontraron algo interesante?

—Una hermosa mañana desde el perfecto punto, más aldeas por el camino, sin meccanos a la vista, aunque Diego dice que no significa que no los haya.

—Por supuesto.

—Charlamos de algunas cosas.

—¿Querías compartirlas conmigo?

—No sé si a Diego le guste.

—¿Por qué no?

—¡Ay! —libera un suspiro.

Una ligera lengua de fuego escapa de su hocico y marca un surco en la tierra. Muy cerca de donde el perro mecánico dormita. El calor lo obliga a levantar una de sus orejas, pero nada más. La flama tan cercana no

parece inmutarlo.

—¿Qué pasa, Yoka? —nota su cambio— ¿Discutieron?

—No. O tal vez sí... no sé.

—¿Por qué?

—Él quiere cosas. Yo... quiero otras, pero Diego dice que son imposibles.

—¿Qué cosas son esas?

—Tú...

—¡Adriana, Yoka! —Pedro las llama— Es hora de irnos.

—¿Yo qué? —la joven insiste.

—¡Yoka, Adriana!

—¡Ya vamos! Hablaremos después, ¿de acuerdo?

—Sí.

Retoman camino. Conforme avanzan notan los cambios en las regiones. Hay aldeas vacías, los campos abandonados y descubren presencia de meccanos de menor tamaño.

—¿Cómo es que papá no sabe esto? —dice Adriana.

—¡Proyectil! —señala Pedro.

Yoka esquiva con gracia una enorme pieza de sandía y al pronto, llueven en su contra también calabazas de buen tamaño.

—¡Mmm! —la dragona atrapa un gran mazo de betabel y lo come con deleite.

Capítulo 54

Una col casi derriba a Pedro, pero Héctor lo tiene bien sujeto y no sucede. Cúprico sigue el trayecto de otros más.

—¡Por qué no atacamos! —exclama el chiquillo.

—Es verdad —espeta a su vez Yoka—. Démosles una lección.

—No —Adriana se abraza más a su cuello—. Recuerden que dentro de cada meccano hay una persona o varios duendes.

—¡Nos derribarán, Adriana!

—Sí.

—Busca la manera de no dañarlos, Yoka —propone Héctor.

—Trataré —se deja ir en picada, esquivando metralla vegetal.

Por su parte, Diego llega a la aldea. Da cuenta de las viviendas vacías, en las que el polvo, el silencio y la soledad gobiernan.

—El año pasado esto no estaba así —se dice.

Tiene breves recuerdos de los hogares que eran y las familias que los habitaban. En algún punto tuvo envidia de ellos y sintió el ardiente deseo de formar un propio hogar. Incluso lo imaginó. La casa. Las piezas que tendría. Todas muy iluminadas, con muebles hechos por él mismo, puesto que en ese momento tenía el propósito de emplearse con un maestro carpintero. Las habitaciones, su linda esposa.

—Adriana —la ve en medio de la sala, abriendo cortinas para que el sol de la tarde entre y los vea bailar por su hogar.

Sonríe con ilusión, pero algunas detonaciones lo alertan. Salta por una ventana rota para ocultarse. Luego, atisba con precaución. Ve hombres meccano, pero también mercenarios de Rascón. Se tumba en el suelo adosando la espalda al muro maltratado. Su cabeza es un enredijo de situaciones, deseos y propósitos. Mira entorno. Lucha consigo mismo. Clava sus dedos en la tierra suelta y hace surcos en ella. Aquel es buen punto para entregar a la princesa y los niños. Sale por otra ventana.

Yoka desciende lo necesario y con su cola, sin golpear con fuerza, derriba algunos meccanos. A sugerencia de Adriana, escupe fuego a

trabucos y catapultas con los que los atacan.

—¡Sí! —grita Pedro.

Héctor sigue bien agarrado a sus ropas y con los ojos fuertemente cerrados. Las pupilas de Yoka se dilatan con angustia al ver que Diego ha sido atrapado.

—¡No! —espetá.

Desde abajo, la amagan lastimándolo para que se entregue.

—¡No, Yoka!

—Lastiman a Diego.

—¡Nos atraparán a todos!

—Lo siento.

Capítulo 55

Apenas Yoka planta sus garras en el suelo, Pedro salta de su lomo y corre hacia el bosque, pidiendo ayuda a gritos a los duendes.

—¡Vayan por el chiquillo! —ordena un hombre.

Varios meccanos van tras él.

—¡Suéltenme! —Adriana pelea con rabia.

—Tranquila, nena —la someten.

—Diego...

Él, visiblemente golpeado no tiene fuerzas para levantar la cabeza y mirarlos. Los arrojan a todos a una celda, mientras que la dragona es inmovilizada con cadenas.

—Diego —Adriana va a su lado para revisarlo.

—Estaré bien —intenta sonreír, pero todo le duele.

Afuera escuchan los gritos de Pedro. Héctor se asoma por una ventanilla y ve cómo pelea contra los hombres de latón y tuercas. Momentos después cae a sus pies, con su camisa rota, algunos rasguños en cara, brazos y manos. Lo ayuda a levantarse, pero el chiquillo lo rechaza molesto; va y se refugia en un rincón oscuro de la celda. En el silencio que queda se escuchan de pronto sus sollozos.

—Déjalo —Diego detiene a Adriana cuando está dispuesta ir a consolarlo—. En ocasiones... es bueno que la soledad nos de consejos.

—Pero...

—Es un chiquillo listo y valiente. Lo va a superar... ya lo verás.

La joven consiente y lo toma suavidad por la barbilla para mirar mejor los golpes en su cara. Héctor, que ha escuchado las palabras de Diego, las repite una y otra vez en su mente: "Es bueno que la soledad nos de consejos". "Es listo y valiente. Lo va a superar".

"También quiero hacerlo —se dice—. Quiero ser como Pedro que no le tiene miedo a nada. Pero, ¿cómo lograrlo? Apenas pasa algo grave me paraliza, se me cierra el mundo y fantaseo lo peor. O no distingo de lo que es real o sólo mi imaginación. Como aquella tarde con mamá, que me tomó de pronto de la mano y nos apartamos de los demás. Qué hice

entonces...

Su imaginación se activó. ¿Por qué su madre hacía eso? Y mientras ella lo arrastraba colina a bajo, él volvió el rostro sobre su hombro para ver a su padre y hermanos quedándose atrás. En lugar de interrogar a su madre, comenzó una lista mental de todo su día. Algún error había cometido, quizás.

—¿Por qué tiembles, cariño? —recuerda que ella lo miró sonriente.

—No sé. ¿Hice algo malo?

—Claro que no. ¿Por qué piensas eso?

—Nos alejamos de los demás...

—Héctor, debes aprender a relajarte, hijo. El mundo no descansa sobre tus hombros. Cada cual tenemos nuestras funciones y las realizamos lo mejor posible. Tú no eres responsable de que todo siempre sea perfecto. Deja de preocuparte.

—¿Cómo?

—¡Disfruta el momento! Siente esa brisa maravillosa que llega, deléitate con el aroma de la lavanda. ¿Lo percibes? Cierra tus ojos.

Obedece y hace lo que le pide. El viento fresco acaricia su cuerpo, saca de lugar sus cabellos. Le parece muy agradable. Luego, aspira profundamente y el perfume de la lavanda lo invade por dentro.

—¿Qué ves? —la escucha.

—El laboratorio del abuelo —sonríe—. Con todo esos matraces y redomas. Tú estás ahí... preparando tus perfumes.

—Sí. Estoy segura que a la reina y a la princesa le encantarán.

—Nunca he visto a una princesa.

—Ella te va a caer muy bien. Es una muchacha encantadora, gentil que para nada hace alarde de su posición.

—¿Es bonita?

—Es muy bonita y me atrevo asegurar que posee un corazón de oro.

Capítulo 56

Abre los ojos y ve entonces esa nube negra que se cierne sobre ellos. El viento se vuelve cada más fuerte y los dedos de su madre resbalan de los suyos.

—¡Héctor! —lucha por alcanzarlo.

Él mira alrededor, mezclando la realidad con la fantasía.

—¡Héctor!

—¡Volamos, madre! —abre los brazos como si de alas se trataran.

—¡No! ¡Enfócate, Héctor! ¡No sueñas despierto!

—Eres un ave maravillosa y en un momento estaremos en palacio para conocer a la princesa y entregarle tus perfumes.

—¡¡Héctor...!!

Su padre y su hermano lo derriban al pasar corriendo a su lado, buscando inútilmente alcanzar a Lara. El llanto de Ángel lo devuelve a la realidad. Muerde su puño, experimentando de nuevo la impotencia del momento. Se sienta en el piso de tierra de la celda y oculta el rostro entre sus brazos para llorar en silencio.

Yoka se ha tumbado en su lugar y deja escapar suspiros apesadumbrados. No se arrepiente de su decisión. Sabe que Diego haría lo mismo por ella.

—Psst, psst —escucha de pronto.

Levanta la cabeza y atisba a todas partes, pero nada ve. Se arrellana de nuevo tratando de dormir.

—Psst, psst.

—¿Quién hace ese ruido? —inquiére.

—¡Sssh...! —la conminan— Somos nosotros.

—¿Y quiénes son ustedes?

—¡Oh, no es posible!

Salen a la vista y Yoka reconoce a los duendes con su líder Mac. Le regalan exageradas caravanas, saludando.

—¿Nos recuerdas? —aprieta los maltratados dientes.

—¡Oh, sí! —sonríe— Son los duendes que dijeron que no abriéramos la lata de Cúprico... ¡Cúprico! —se levanta de pronto con apremio— ¡¡Cúprico!!

—Cállate —conminan.

—¡Nos van a descubrir, Mac!

—¡¡Cúprico!! ¡No sé dónde quedó!

—¡Cállate, dragón tonto!

—Soy una dragona y me llamo Yoka. ¡Cúprico!

—¡Sshh...!

—Regresemos al bosque, Mac.

Consienten al no lograr que Yoka se calle. Por la ventanilla de su celda, Diego ve cómo se internan de nuevo entre los altos arbustos y los árboles. Algunos mercenarios quieren callar también el escándalo de la dragona. Le lanzan el hocico con sogas para obligarla a ello y se calma. Diego vuelve a su primera posición. Ve que Adriana recibe de un guardia lo necesario para lavar y curar heridas. Llega a su lado, poniendo manos a la obra. Mientras ella lo limpia con cuidado, él la mira fijo.

—Qué —inquieta un tanto cohibida.

—No merezco lo que haces por mí, ¿sabes?

—¿Por qué no?

—De no ser por mí, no los habrían atrapado.

—Estamos juntos en esto. Si uno cae... los otros también.

—¿Te parece justo?

—Necesario pensaría mejor.

—¡Hum...! —consiente.

Capítulo 57

Se duele un poco y medita sus siguientes palabras.

—¿Qué diría tu abuelo en circunstancias como éstas?

—Bueno... cuando mis hermanos, yo e incluso mi padre nos veíamos en algún aprieto, él decía que encontraríamos la lección oculta. Porque toda situación nos enseña algo.

—¿Sí?

—Nos capturaron, pero estamos juntos y juntos podemos salir adelante.

—¿Cómo?

—Hay que pensarlo. Hay que aprovechar las oportunidades que se presenten...

—¡Ajá! —sus ojos miran sus labios.

—Ser un poco como los relojes.

—Jamás he tenido uno —acerca el rostro al suyo.

—Cada mecanismo hace su parte —sus narices tiene contacto.

—Bien —la besa—. ¿Qué más?

—Igual nosotros —también lo besa—. Tenemos nuestras capacidades.

—Sí...

—Que no son las mismas, así que...

—Qué.

—Actuaremos cada cual en los tiempos precisos.

—Sí.

—Unos antes. Otros después...

—¿Y otros al final?

—Eso... creo.

—Espero que me perdones un día.

—Estás perdonado, Diego. Era inevitable.

—Inevitable —la mira a los ojos—. Inevitable.

Por la cubierta de su barco, Rascón va y viene con aire inquieto. Atrás queda el Mesón del Ahorcado, de donde Diego y compañía salieran huyendo. Sobre una barrica de agua, Ojos rojos lo observa. Todo el pelo de su lomo se eriza de pronto y su oído fino reconoce el vuelo de Pirata, que se ha dejado caer desde una escalera de cuerdas. Salta en el momento justo y se pierde por un hueco en el piso de madera, dejando chillando de coraje al felino. Ojos rojos desciende hasta la celda de su niño. Ángel mira por una de las ventanillas. Se mueven rápido. Más rápido que cuando ellos escapaban y sus esperanzas de encontrarse con sus hermanos renacen.

—¡Hola! —saluda a la rata que trepa a su hombro— Ya falta menos para reunirme con mi familia.

La rata querría poder explicarle que eso no es nada positivo. Que seguirá siendo prisionero con todos y que su futuro es incierto, pero no hay manera de comunicarse con los humanos. Son tan inferiores. Sus congéneres chillan a una vez. Ángel y Ojos rojos miran a la puerta. En la ventanilla, un envalentonado Pirata mira las docenas y docenas de ratas que llenan la celda. Emite un maullido de guerra, lanzándose contra ellas. Ojos rojos salta en auxilio de sus hermanas.

—¡No! —espeta Ángel, uniéndose al combate.

Capítulo 58

Al llegar aquél punto, Meccano XL detiene sus pasos. Atado igual que un paquete para entrega, Tomás mira la zona. Una espesa niebla se extiende por toda la ladera sin acertar ver su fin.

—El valle de los durmientes —dice.

El hombre de metal avanza con cuidado. Dos duendes en las cóncavas de Meccano escudriñan la gruesa gasa fría, guiando a sus compañeros. El inventor escucha los susurros, aunque no los comprende. Mueve la cabeza afirmativamente, entendiendo algunas cosas. Luego, formula demasiadas preguntas que a su vez responde; elaborando más interrogantes. Enfrascado en ellas y por el braceo de Meccano, atisba de pronto un rostro nada amigable entre la niebla. Inseguro de si fue real o sólo su imaginación, mira atrás. Nada advierte, pero al volver el rostro al frente, unas manos grisáceas buscan arrebatarlo de la que lo lleva.

—¡Ah! —grita forcejeando.

Los rostros y las manos grotescas son más visibles. Se atreven a golpear a Meccano con la intención de derribarlo.

—Ogros —anuncia uno de los duendes.

—¡Ah! —escuchan los gritos de Tomás.

Uno de los ogros busca arrancarlo de la manaza mecánica. Con la otra se ayuda y golpea al ogro que sale volando y lleva consigo a un par de compañeros a su paso. Los ogros le lanzan piedras y golpean con garros. Uno de estos casi descalabra a Tomás, pero Meccano decide cargarlo en su hombro para su protección. A su paso, tienden una gran sogas hecha de ramas y brazos de árbol. Cuando el hombre mecánico pasa cerca la tensan, los pies se enredan y entre estremecedores rechinidos, el gigante cae. Tomás está seguro es su fin, pero el hombrecito que controla la armadura no lo suelta y al golpear el suelo, evita que él de con violencia contra la superficie. Luego, solo abre las manos y Tomás rueda entre la hojarasca húmeda, ocultándose en unos troncos caídos que alcanza distinguir cerca. Ve, como los ogros destrozan a su captor. Le duele que destruyan aquella pieza de ingeniería, no perfecta, pero útil para quien lo movilizaba. En medio de la densa niebla, advierte a los pequeños que se hallaban dentro. Dos, tres, cuatro duendes van y se refugian a su lado.

—No lo va a lograr —escucha sus débiles voces.

—Yo sé que sí. Tú puedes, Vito.

Oyen algunos estallidos, desgarres de lámina y algo trastabillante aparece un quinto duende.

—Vito —lo reciben con aprecio.

—¿Estás bien?

Consiente con un movimiento de cabeza. Luego miran al sorprendido Tomás.

—¡Hola! —saludan— Permaneceremos aquí, hasta que esos brutos se vayan. ¿De acuerdo?

—Claro —acepta en voz baja también.

Capítulo 59

Un hermoso día de primavera en Cd. Principal. A cada paso saltaba gente reventando globos o lanzando confetis en la cara o la cabeza de quienes se encontraban. Él no era afecto a celebración cualquiera. La diversión le parecía pérdida de tiempo. ¿Qué hacía ahí entonces? No le importaba que el príncipe Orlando contrajera nupcias con la princesa Emilia. A él la monarquía le era indiferente, excepto cuando recibía sus auspicios.

Harto de tanta alegría y gente riendo, bailando dichosos por los recién casados, un más joven Estefano descubre a su maestro Gastón, departiendo con toda la comunidad. Arregla su chaqueta y va directamente a él, aunque toda su atención está puesta en la joven a su lado. Lleva en mente lo que debe decir y lo repite una y otra vez para no cometer errores. El alma se le congela cuando el vecino ante él se despide de su maestro y deja a la vista a Tomás, con la mano de ella en la suya. La mira. Sin duda es la más dichosa. Aprieta los puños y se marcha. Revienta con sus manos todo globo a su paso. Va a su hogar o lo que él creía poder transformar en uno. Destroza todos los arreglos que había hecho desde que la conoció y empezó a adentrarse en su mente y corazón. Luego, en un rincón, llora con profunda pena.

Estefano abandona el sombrío recoveco donde se dedica a rumiar sus penas, arrebatada de la mesa un manojito de llaves y deja la pieza con decisión. Recorre los fríos pasillos de lo que considera su palacio. Se encuentra con criadas, guardias y mastines despistados que lo saludan con miedo más que respeto. Él no los mira. Desciende por la escalera en espiral, que se alarga por metros hasta llegar a un área de calabozos. Escoge una llave y abre la pesada puerta de hierro. Al fondo de aquella celda ve a una mujer que lee a la luz de una lámpara. Los verdes ojos se levantan del escrito para mirarlo. Estefano cierra a sus espaldas la puerta.

Con algo de dificultad, Tomás cambia su posición para atisbar entre la niebla. Advierte entonces que faltan tres de los duendes. Muy cerca de él se encuentra el que llamaran Vito.

—¿Dónde están los otros pequeños? —lo interroga.

Él lo mira, pero no le da respuesta.

—No salgo de mi sorpresa —sonríe el hombre—. ¿Cómo es que ustedes movían toda esa chatarra? ¡Ah! Quisiera poder revisarla y descubrirlo por mí mismo. ¿Era complicado manejarlo? Algunos de sus

movimientos eran bastante torpes. ¿Cómo cubrirían sus necesidades?

El pequeñín sigue sin saciar su curiosidad. Tomás no cree ser impertinente y así se lo hace saber.

—Vito no puede hablar —aclara su compañero.

—¡Oh! Lamento oír eso. Pero escucha bien, ¿verdad?

—Sí. Y solía hablar hasta por los codos, pero a raíz de todo esto juró no hacerlo más, hasta recuperar la libertad.

—Pero, ¿por qué?

—Bueno... es que su plática interminable nos puso al descubierto de Estefano y nos capturó.

—Entiendo.

—Cuando todo comenzó estábamos furiosos con él. Pero... al paso del tiempo extrañamos su voz. Sus bromas, sus ocurrencias. Pero no dijo ni una palabra más. Le hemos suplicado que lo haga, que extrañamos su jovialidad. Todo ha sido inútil. Luego, estos malditos collares no nos permiten comunicarnos debidamente. Si levantamos la voz se vuelven locos y casi están a punto de estallar.

—Desátame y tal vez yo pueda abrirlos.

—Nadie puede abrirlos. Solo el amo.

—Y el amo es Estefano, ¿no es así?

—Por estos lares, nada se mueve si no es por su voluntad.

—Eso no está bien. Nada bien.

Capítulo 60

El trote aquel y el roce de láminas despierta a Yoka. Ante ella, ve a Cúprico restregando la cabeza contra su hocico. En su lomo reconoce al duende llamado Mac. Con señas le pide silencio, mientras Cúprico mordisquea la sogá que ata su hocico.

—¿Dónde lo encontraste? —inquire al quedar libre.

—Por el bosque, ocultándose de los otros meccanos.

—Gracias por traerlo.

—Ayudaremos a tus amigos. A mi señal, tú rompes tus cadenas y haz que la acción comience.

—¿Romper mis cadenas?

—Son nada para ti, dragón. Eres más fuerte que ellas.

—¿En serio?

—Lo eres.

Salta del perro y con su escuadrón se encaminan sigilosamente hacia el lugar donde encerraran a los otros.

—¡Oh, Cúprico! Estaba tan preocupada por ti...

Un meccano con un garrote como arma, vigila la casa que sirve de prisión. Mac ordena a cinco de sus hombres arrancarlo de su puesto. Rodean la casa y llaman la atención de la chatarra con apariencia de hombre. Abandona su puesto para ir tras ellos. Mac y otro puñado de duendes se adentran en la casa. En ella escuchan diversos ronquidos. Son los mercenarios que duermen después de haberse embriagado con licor. Vigilan y Mac busca la celda de los muchachos.

—El duende —Pedro lo descubre—. ¡Es el duende!

—¡Sssh...! —conmina Mac usando unos ganchos para abrir el candado.

Diego se levanta con aire de esperanza, igual que todos, pero luego recuerda que eso no es nada conveniente para él.

—Saldremos de aquí —sonríe Adriana.

—Sí.

—Vamos —anima Pedro ante la reja.

—Con calma, niño —el amiguito no para, haciendo equilibrio sobre los hombros de dos compañeros.

Un chasquido les anuncia a todos que el candado está abierto. Pedro se apresta a quitarlo y hace que los duendes pierdan estabilidad, yéndose abajo.

—¡Ah! —gritan.

Eso espabila a los que duermen. Descubren a los duendes y dan la voz de alarma.

—¡Fuera todos! —apremia Mac.

—¡Vamos, Diego! —Adriana lo ayuda a salir.

—No creo que esto sea buena idea.

—Es una oportunidad —sonríe.

—Y las oportunidades hay que aprovecharlas —concluye Héctor, ayudándolo también.

—Claro, pero...

—¡Vamos, vamos! —salen todos.

Capítulo 61

Los duendes obstaculizan a los mercenarios, derribando lo que pueden a su paso. También les lanzan con algunos vegetales que se dispersan por el piso.

—¡Malditas pulgas!

—¡Es tu turno, Yoka! —Mac agita en el aire su pequeña gorra.

Sin embargo, Yoka no lo ve, entretenida con los juegos de Cúprico.

—Bien, muchacho. Ahora sentado. ¡Eso!

—¡Yoka! —todos tienen que gritarle.

—¿Eh?

Ve que llegan meccanos de todas partes y recuerda que están en aprietos.

—¡Los liberaron! —ríe.

Mira sus cadenas. Se pone en pie, aprieta los puños con fuerza, reventando los anillos metálicos.

—¡Sí! —se yergue totalmente y extiende sus poderosas alas.

—¡Wow, se ve magnífica! —espeta Diego, impresionado.

—Está creciendo —afirma Adriana con orgullo.

Yoka emite un escalofriante rugido y libera una gran bocanada de fuego, obligando a los hombres a retroceder. Mientras esto pasa, el Eclipse aparece en el cielo de aquella tarde noche.

—¿Escapas, Diego? —lo ve el capitán a través de su catalejo—
¡Preparen cañones!

—¿Seguro, capitán? Abajo está nuestra gente y muchos meccanos.

—¡No dejen que escapen!

—Sí, señor. ¡Preparen cañones!

Un primer ataque vuela lo que era utilizado como prisión. Eso aturde a todos. Algunos restos golpean a mercenarios y meccanos, pero no

provoca bajas entre ellos. En cambio, para los duendes, cualquier proyectil que los toque resulta mortal. Una nueva detonación los dispersa por la zona con desesperación.

—Reconozco ese barco volador —lo mira la princesa—. Su capitán y tripulantes escaparon de mi padre y sus hombres tiempo atrás.

La bala de cañón da de lleno contra una carreta repleta de vegetales.

—¡Cúbranse! —se lanzan todos a tierra.

Adriana ve el barco y las bocas de metal de los obuses apuntando hacia ellos.

—Debemos neutralizarlos o nos atraparán de nuevo —asegura la joven.

—¿Qué estás pensando? —Diego la toma por un brazo.

—Trabajar en equipo con mi amiga.

—¿Qué?

—¡Yoka! —corre a ella.

—¡No, Adriana! —aunque lo intenta, no logra detenerla.

Capítulo 62

Salta sobre el lomo de la dragona.

—¡Arriba! —golpea sus costados con los talones.

—¿Qué haremos? —inquire Yoka elevándose.

—Darles pelea a esos criminales.

—¿Qué? ¿Al capitán Rascón? No.

—¡Sí, Yoka!

—¡Quiere atraparme, Adriana!

—¡Eres una dragona! Su barco no posee tu movilidad. No puede perseguirte. Tú, si lo quieres, a ellos los enloquecerás.

—¿Cómo?

—¡Tu vuelo es natural, Yoka! Subes, bajas, rodeas... ellos no. Sus maniobras se les dificultan. ¡Escupes fuego!

—¡Sí! No lo había pensado.

—Otro tache para Diego que al parecer te quiere ignorante.

—¿Tú... crees?

—¡No te ayuda a crecer!

—Crecer —lo ubica allá abajo.

—No te distraigas. ¡Ataquemos a esos brutos!

—¡Sí!

Por medio de su catalejo, Rascón ve a Adriana montada en Yoka.

—Allí está la princesita esa —dice despectivamente—. Sin duda es la misma que nos dio problemas con su padre en el valle de los durmientes. ¿Aliada con ese dragón? No me gusta. ¡Torcuato!

—Sí, capitán.

—Preparen el arpón.

—¿El arpón, capitán?

—¡El arpón! ¿Estás sordo, acaso? ¡Hazlo!

—¡Sí, señor!

Mac y los suyos, visiblemente diezmados, huyen al bosque dejando solos a Héctor, Pedro y Diego quienes son rodeados por meccanos.

—Lo siento, niños —se duele de sus costillas.

—Yo no me rendiré —Pedro levanta una rama gruesa.

Héctor lo imita y hacen lo que pueden, pero los hombres de hojalata los dominan con rapidez.

—Eso fue más que estúpido, Diego —espetea uno de los mercenarios.

—No fue mi idea —se justifica.

—Como sea... al capitán no le va a gustar.

—¿Por qué te dice eso, Diego? —inquieta Pedro.

Héctor tampoco ve sentido en el diálogo con el malhechor. El joven levanta la mirada. Luego, silba con fuerza.

—¡Diego! —espetea Yoka.

—¡No! —Adriana se sujeta fuerte ante aquel viraje inesperado.

—¡Diego está en peligro!

—¡Espera, Yoka!

Desde las alturas, ven al joven tirado en el suelo. Pedro y Héctor no están con él. Tampoco ven a mercenarios, meccanos ni a duendes.

—Esto no es seguro, Yoka —advierte la joven—. ¡Es una trampa!

—Diego no se mueve. ¡Está herido!

Baja con decisión. En cuanto pone una garra en el suelo, salen todos los hombres con lazos, mientras que un meccano derriba a la princesa.

—¡No!

—Lo siento, amigo —solloza el joven.

—¡No! —se sacude con rabia y de un salto remonta al cielo.

—¡¡Yoka!!

Capítulo 63

El Eclipse aterriza con suavidad al centro de la pequeña aldea. El capitán Rascón lanza un par de bolsas con oro a los pies de Diego.

—Un placer hacer negocios contigo, muchacho —se despide de él.

Ordena volver a bordo y sus tripulantes arrastran consigo a sus prisioneros. Héctor lo mira incrédulo todavía: Pedro con extrema rabia y decepción. Igual Adriana.

—Traidor —espetea con los dientes apretados y los ojos ambarinos inundados en lágrimas.

El joven, en ningún momento los mira de frente. Junto a él pasan meccanos y mercenarios que abordan también el barco. Lo dejan solo en la vacía aldea.

—Miren al estúpido —se mofa con amargura Rascón—. Torcuato.

—¿Señor?

—Dirija curso hacia la montaña de granito.

—En seguida, señor. ¡Dirijan curso hacia la montaña de granito!

Rascón permanece en su sitio, viendo a Diego abajo, sin modificar su posición. Lleva una mano dentro de la chaqueta, tocando el cuerpo de una pistola de pedernal. Está a buena distancia para partir en dos la cabeza del muchacho; pero se arrepiente. Deja el arma en su lugar y se encamina mejor a su camarote. Al oír los golpes, apura el paso. Dentro, Adriana pelea con sus hombres: a uno le rompe una silla en la espalda y a otro uno de sus preciados tarros de cristal.

—¡Partida de inútiles que no pueden con una mujer!

—¡No es cualquier mujer, capitán!

—¡Atrápenla!

Le cierran todas las posibles salidas, acorralándola.

—¡Quítenme las manos de encima, bestias! —forcejea, mientras el propio Rascón le coloca grilletes en manos y pies— ¡Ah...!

—¿Quién imaginaría que una fiera como tú sea una princesa?

—No creo haber sido presentados —deja de luchar un poco.

—Jamás, pero Diego me habló bastante bien de ti.

—¿Él? ¿Él sabe quién soy?

—¿Cómo entonces te vendió a mí?

—¡Qué! ¿¿Me vendió?? ¡Miserable, hipócrita...!

—En su defensa diré que lo hizo en un momento de desesperación.

—Ahora comprendo sus burlas hacia mi padre. ¡Ah... lo odio, lo odio!

—¿Qué esperabas de un vulgar ladrón? Parece un buen tipo. Tiene atractivo, tiene carisma, pero a la primera oportunidad traiciona.

—Traidor —suspira en medio de discretos pucheros.

—Olvidémonos de él y hagamos negocios.

—¿Negocios?

—¿Cuánto crees que el rey Orlando esté dispuesto a pagar por tu libertad?

—De él no recibirás más que un lugar en el patíbulo. Mi padre no hace tratos con criminales.

Ante su respuesta, Rascón echa el cuerpo atrás.

Héctor y Pedro son arrojados a la celda que ocupa Ángel. Al verse, los hermanos corren hacia el pequeño para abrazarlo.

—¡Iuu...! —espetea con asco Pedro— Apesta, Ángel.

—Es verdad —Héctor también hace un mohín—. ¿Por qué?

—No sé —alza los hombros—. Yo no huelo nada raro.

—¿Estás bien? ¿No te lastimaron esos brutos?

—No. ¿Y papá?

—No sabemos, enano.

—Tal vez... ya está en manos de Estefano.

Capítulo 64

Sentado sobre la cabeza de Tomás, Vito guía sus pasos en medio de la niebla. Sujeta mechones de su cabello y tira de ellos cuando quiere que vaya adelante, atrás, a un lado, el otro o que se detenga. Los otros se han acomodado en diferentes partes de su cuerpo: sobre sus hombros, en uno de los bolsillos de su amplia chaqueta, bien enganchado en la manga del pantalón que resultara un poco rasgada.

—¿No hay ogros cerca? —inquieta con nerviosismo.

—¡Sshh! —conmina Vito y le da un coscorrón.

—¡Au! Sólo quería saber.

—No levantes tanto la voz —pide uno de los que viajan en su hombro—. Los ogros tal vez no nos vean, pero tienen un oído fino, igual que su olfato.

—¡Ah! ¿Por eso me llenaron de hierbas y lodo appestoso?

—¿Quién dijo que era lodo?

—¿Eh...?

—Sólo guarda silencio, profesor.

—No soy profesor. Llámenme simplemente, Tomás.

—Yo soy Agus —palmea su hombro—. En el otro extremo está, Dean. En el bolsillo Ron y más abajo, Sugar.

—¡Sshh! —conmina de nuevo Vito.

—De acuerdo —baja más la voz—. Sólo camina, Tomás.

Consiente y avanza como ciego perdido en las tinieblas.

Capítulo 65

Los duendes encabezados por Mac al fin han detenido su carrera. Apoyados en sus rodillas halan aire para recuperar el ritmo de su respiración. Algunos tienen rasguños sangrantes, otros descubren una pequeña astilla que atraviesa su brazo o ha quedado enganchada a sus ropas. Buscan con cierto azoro a varios de sus compañeros; pero no están. Han quedado en el camino, sin posibilidad de alcanzarlos. Entonces se tumban agotados sobre la hierba para esconder el rostro y llorar en silencio: por los que se perdieron y porque ellos siguen vivos.

—Caímos directamente a la boca del lobo, Mac —le dice uno de los duendes.

—Era una posibilidad, Dom —acepta.

—¿Todo para qué? Los chiquillos fueron capturados de nuevo.

—Porque no huyeron.

—¡Perdimos a muchos!

—Esos niños tienen más valor que nosotros.

—Ellos no tiene a sus familias con collares explosivos.

—Sí, Mac. Ni siquiera han de imaginar a lo que están por enfrentarse.

—Tal vez, pero no se quedaron en casa encerrados, esperando milagros. Quedaron atrás, rumbo a lo desconocido y dudo que se permanezcan de brazos cruzados. ¿Seremos menos que ellos?

—Somos menos que ellos, Mac. Pequeños peleando contra gigantes.

—¿Están de acuerdo con Orly? ¿Llegamos hasta aquí y regresamos a nuestros agujeros?

Los mira a todos, pero no le dan respuesta. Algunos bajan la cabeza, mirando las regordetas manos, manchadas de tierra, llenas de raspones; otros miran alrededor como si meditaran en sus palabras, pero nadie dice nada porque en realidad están llenos de miedo.

—¡Y qué le diremos a todos! —camina entre ellos— ¡Laus... qué vamos decirle a tu madre! ¿Qué tus hermanos y tu padre se las arreglen solos? O, ¿tú, Klein? ¿Crees que tu abuelo se quedará conforme al no llevarle noticias de sus hijos y sobrinos? ¡Para qué abandonamos entonces

nuestros huecos!

—Hemos perdido a varios de nuestros amigos, Mac...

—¡Y tal vez perdamos a más si retrocedemos, Dom! ¡Es lo que quieren en verdad!

Sólo el silencio se hace sentir. El pequeño va y se enfrenta cara a cara a todos. Ninguno se atreve a mirarlo de frente. Vuelve sus manos puños, aprieta los manchados dientes, pero no libera ese alarido que se agolpa en su garganta. Permanece en silencio también, sumido en sus pensamientos. Tanto, que los sonidos propios del bosque se escuchan de nuevo. Regresa a su primera posición para poder verlos a todos. Relaja los puños, la mandíbula y libera un suspiro tan profundo, que los duendes levantan la cabeza para verlo.

—Si alguien no quiere seguir —habla— que vuelva a su aldea. Yo... no creo tener cara para enfrentar a la comunidad si llego con las manos vacías. Me quedo. Así que... decida cada uno.

Se miran. Mac no deja de advertir el miedo pintado en los regordetes rostros. Con aceptación, ve que la mayoría comienza a retroceder.

—¿También tú, Dom? —lo detiene de un brazo.

—Estoy aquí sólo por acompañarte, Mac. Pero mi mujer y mis hijos me esperan.

—Claro —lo deja libre.

—Perdona.

De todos los que salieron con él, ninguno se queda.

Capítulo 66

Diego continúa en el mismo lugar. Las bolsas con el oro se han abierto un poco y algunas monedas se derraman por el suelo. No le importa. Se siente peor que el oro que pisa. Su exceso de confianza le había jugado una mala pasada y sufría las consecuencias. Tal vez si no hubiese pasado tantos días con ellos no se sentiría tan mal; pero no podía con el peso de la culpa y la sensación de ser un desgraciado total. Escucha los caballos, pero no reacciona a su llegada. Honorio y sus hombres lo rodean. El príncipe señala a tres de ellos y les ordena revisar el área. Desmonta junto con los otros. Ve las bolsas de oro y de inmediato las requisa.

—Tú quién eres —interroga.

El joven no responde. Honorio lo observa. Recuerda los informes sobre el ladrón y el dragón Mira entorno. Al cielo.

—El lugar está vacío, alteza —le informan—, pero hay señales que el barco se asentó aquí y después volvió al cielo.

—Oye, tú —le golpea el hombro—. ¿Viste el barco volador? ¿Hacia dónde fue?

No le da respuesta.

—No lo perdíamos de vista, pero los caballos estaban agotados y... ¿qué le pasa a éste infeliz?

—Tal vez esté ebrio.

—¿Su complexión no casa con la del ladrón y el dragón?

—¿Qué sabes tú de Yoka? —levanta al fin la cabeza.

—Entonces eres tú —replica y a una señal suya sus hombres lo dominan—. ¿Dónde está la princesa Adriana?

—¿Quién quiere saberlo?

—Su prometido...

—¿Su prometido? —enarcas incrédulo una de sus cejas— Ella nunca mencionó a un prometido.

—Dudo que se rebajara a dialogar con su captor.

—Yo no soy su captor.

—La secuestraste.

—¡Claro que no! Ella me siguió.

—¿Dónde está?

—¿Realmente eres su prometido? —lo mide, sin creerlo todavía.

—Lo soy —se yergue un poco más.

—¿Eres un príncipe acaso?

—¿Es que no reconoces mi porte real?

—¡Hum...!

—Estúpido. Soy el príncipe Honorio, del Gran Mediterráneo.

—¿Del Gran Mediterráneo? —ríe.

—¿Cuál es la gracia?

—Que eres príncipe de deudas y bancarrota... según he oído por ahí.

—¡Calumnias! Eso es lo que corre por ahí.

—Claro. Un buen matrimonio con la hija del rey Orlando salvaría a tu reino, ¿no es así?

—He dicho que te calles, bellaco —lo golpea con el dorso de su mano.

Para Diego resulta como una hoja que le ha caído del cielo. Sigue hablando.

—Me pregunto si Adriana sabe que la quieres como esposa, porque en ningún momento te mencionó. Ni siquiera casualmente.

—Basta ya —lo toma de sus ropas—. ¿Dónde está?

—No aquí. ¿O la ves cerca?

—¡Estúpido! —casi pierde la paciencia.

Capítulo 67

El rostro y los ojos se le irritan. Sus hombres se miran entre ellos. Saben lo que está a punto de suceder.

—Nosotros nos encargamos, alteza —se adelanta uno de los guardias.

—Sí —asegura otro—. Déjelo en nuestras manos.

—Y lo haremos hablar.

—Pero que sea rápido —consiente dándoles la espalda.

—Será mejor que cooperes, muchacho.

—Perdón, pero... no tengo intención de hacerlo.

Lo golpean entre todos para obligarlo hablar. Honorio va a un árbol cercano y desde él ve cómo maltratan al joven. Saca un pañuelo para enjugar el sudor en su rostro y las lágrimas en sus ojos. Al mismo tiempo y sin que él se dé cuenta, Mac que lo ha visto todo oculto entre los matorrales, saca de su funda un estilete. Trepa por el rugoso tronco de árbol y lo sorprende, amagándolo con la filosa arma.

—¡Paren ya, montoneros! —grita el duende.

Los guardias se detienen y miran sorprendidos al pequeño, bien sujeto a la cabellera del príncipe, parado en su hombro y con el filo de la pequeña espada en la garganta del noble.

—Aléjense del muchacho —ordena—. Tiren sus armas. ¡Tírenlas!

—¡Hagan lo que dicen, imbéciles!

Todos abren el cinto de sus espadas y las lanzan lejos de ellos.

—Levántate, muchacho.

—No veo el caso —se duele.

—Tenemos una misión por delante.

—Yo... los entregué.

—Sé lo que hiciste. Lo vi, pero también vi que estás arrepentido. ¿O

no?

—Sí, pero...

—Eso es lo único que vale para mí. ¿Quieres remediar tu error? Levántate, amarra a los grandulones y vamos a hacer hasta lo imposible por ganarnos ese perdón.

Diego lo mira por unos momentos. Nota la tensión de Honorio, cómo suda a mares debido a la hoja contra su garganta. Si por casualidad le temblara un poco la mano al duende y lo cortara, ¿se desmayaría? Está tentado a probarlo, pero el tiempo apremia. Dolido como nunca se pone de pie y hace lo indicado por Mac. Luego, llevándolo sobre su hombro se internan a toda prisa en el bosque.

—¡Hagan algo, imbéciles! —espeta irritado Honorio.

En el cauce de un riachuelo, los fugitivos encuentran a Avena, comiendo pasto fresco.

—Tranquilo, viejo —Diego lo sujeta por su crin—. ¿No me recuerdas? Tranquilo.

—¿Crees poder montarlo?

—Voy a montarlo —asegura.

Soporta el dolor que la maniobra le causa y clava los talones en sus costados para que corra lo más rápido posible. Su paso por el bosque no es ajeno a unos ojos claros, que se escudan tras un fuerte tronco. Pudo presenciar la anterior escena con el príncipe, sus hombres y el diminuto ser armado con un estilete; pero no logró escuchar nada. Regresa algunos metros para ver que el príncipe se libra de sus ataduras. Observa el cielo. La noche ha caído por completo, pero es muy clara gracias a una destellante luna llena.

Capítulo 68

Dom, Orly y el resto de sus compañeros han acampado en el bosque. Ninguno se ha atrevido a decir nada desde que abandonaran a Mac. Dom remueve pensativo la leña en la fogata.

—Él no va a venir, ¿verdad? —dice Orly.

—¿Acaso esperabas que lo hiciera?

—Está solo, Dom.

—¡Él así lo quiso!

—No. Fuimos nosotros quienes lo dejamos solo.

—Cállate, Orly. Duerme. Mañana al mediodía estaremos de nuevo en casa.

—Claro. En casa. De nuevo.

En el tronco hueco de un árbol aún en pie, Tomás y sus nuevos amigos se acomodan como pueden para pasar la noche. En un borde lo suficientemente ancho, Vito logra acomodarse y queda a la altura del rostro de Tomás. Las luces de algunas luciérnagas que anidan allí le muestran su cara. Él le sonríe con simpatía. El pequeño podría corresponder de igual manera, pero tiene una promesa que cumplir y decide darle la espalda. Eso entristece a Tomás. Generalmente su sonrisa conquista, no fracasa rotundamente. Escucha la respiración pausada de todos. Uno que otro en inesperado ronquido que lo alerta un poco más. Piensa en sus hijos. En lo que harán, dónde, con quién. Luego, sus pensamientos se llenan de alguien específico: Lara. Esa tarde en el campo de lavanda. Ángel había descubierto una familia de ardillas y jugaba al escondite con ellas. Él examinaba las flores a su alrededor y escuchaba los balbuceos de Pedro: primero intrigado por la actitud de su madre, que se llevaba a Héctor de manera misteriosa y después, la extraña acumulación de nubes que se acercaba.

—Las nubes extrañas —se dice—. Y luego comenzó el viento. No, más bien fue como su una gigantesca boca aspirara lo que encontraba a su paso, porque ese viento... inhaló a Lara. Sí. La inhaló.

Cierra los ojos y ve claramente como se le escapa a su hijo de entre las manos y ella, por más que se estira no logra sujetarlo de nuevo. Una fuerza inconcebible la absorbe. Abre los ojos y el pequeño Vito tiene los

suyos puestos en él. Tomás le sonrío de nuevo. El duende permanece impávido, mirándolo y de pronto, le sonrío también.

Capítulo 69

La luz de la luna entra de lleno a la celda de los niños. Ángel duerme en el regazo de Héctor, mientras que Pedro descansa, enroscado en un rincón. Por más que lo intenta, el mayor de todos no logra dormir. Demasiadas cosas en la cabeza. Situaciones, escenas que se repiten una y otra vez, buscando respuestas en ellas. Se le cimbra el alma al escuchar un lamento. Mira hacia el área oscura del calabozo. Su extrema imaginación comienza a crear monstruos, espectros y fantasmas que escapan de las sombras para atosigarlo y alimentar su miedo.

—Piensa en positivo, Héctor —se dice recordando las palabras de Adriana.

Cierra los ojos con fuerza y al abrirlos de nuevo, no hay monstruos ni fantasmas. Sonríe con alivio. De nuevo escucha como un lamento, pero al poner atención identifica sollozos. Hace a un lado con cuidado a su hermano y va a la puerta para asomarse por la ventanilla. Los suspiros lacrimosos escapan de la celda de en frente.

—¿Eres tú, Adriana? —inquire.

Los sollozos se detienen. Luego escucha roce de cadenas, un trompicon acompañado de una exclamación no propia de una princesa. Luego, el rostro pálido y humedecido por las lágrimas, se asoma por la ventanilla.

—Héctor —moquea un poco—. ¿Están bien?

—Sí —esboza una sonrisa—. Con mi hermano Ángel. Dice que lo han tratado bien.

—Menos mal.

—¿Por qué lloras? ¿Acaso el tal Rascón te hizo daño?

-No. Si se atreve a tocarme mi padre podría desollarlo vivo.

—Entonces... lloras por Diego, ¿verdad?

—Es un idiota. Traidor. Lo odio.

—Nos engañó a todos. Pedro está más que decepcionado. Diego era su modelo a seguir. El hermano mayor que yo no he podido ser.

—Tú eres diferente y Pedro debe comprenderlo. Tal vez no eres

atlético y fuerte, pero tienes otras cualidades dignas de imitar.

—¿Podrías mencionarlas sin detenerte a pensar?

—Eres prudente, reflexivo, respetuoso, imaginativo, responsable, valiente...

—No. Valiente no.

—Sí, Héctor. Valiente y debes empezar a creerlo para poder demostrarlo.

—Confías demasiado en mí. Como mamá.

—Bueno, es que las mujeres tenemos dones que los hombres jamás tendrán. Reconocemos señales, gestos, poses de necesidades, alerta, peligro...

—No funcionó con Diego. ¿Por qué?

—Pues...

—¿Y te has dado cuenta que me gustas mucho?

Se queda callada, pero no a causa de su última interrogante, sino al hecho de que su intuición fue anulada por Diego. ¿Por qué? Héctor vuelve con su hermanito y ella a su camastro para seguir sollozando.

Capítulo 70

Sin poder continuar sobre Avena, Diego cae en la hierba húmeda y Mac con él. El duende salta a tiempo para no ser aplastado por el joven. Se da cuenta que está afiebrado y no soporta el dolor de los golpes recibidos. Corre de inmediato al cercano arroyo y acarrea en su boina agua suficiente para dársela a beber. Luego, enjuga el sudor que perla el rostro pálido del joven.

—Adriana —balbucea—. Perdóname, Adriana.

—Lo hará si comienzas a hacer bien las cosas —asegura el duende, refrescándole el rostro.

Diego no sabe dónde está. Todo en derredor le parece desconocido.

“Diego —una voz lo llama.

Mira a todas partes, pero no ve a quien lo hace. Da algunos pasos y tiene la sensación de estar parado en medio de un lago. La superficie es suave, sin la dureza propia del suelo. Se inclina para constatarlo, pero de nuevo escucha que lo llaman: “Diego”. Avanza entonces siguiendo el sonido de aquella voz que le parece desconocida. Todos a su alrededor se transforma de improviso. Largas lenguas de fuego se levantan a su alrededor y ve las siluetas de varias chozas envueltas en las llamas. Entonces, descubre no muy lejos de él a una mujer joven, de ropas humildes que parece buscar algo o alguien con apremio.

—¿Mamá? —la reconoce.

—Diego —sonríe al encontrarlo.

—¡Mamá! —quiere ir a ella cuando alarga sus brazos a él.

Sin embargo, hombres a caballo se interponen entre ellos. Ve cómo derriban a su madre y la atropellan sin contemplación. Alguien lo atenaza de un brazo, arrebatándolo del peligro.

—¡Mamá! —llora con angustia.

En medio de su huida ve cómo los desconocidos asolan su pequeña comunidad y, cuanto hombre que se atreve a darles pelea, entre ellos su padre, es pasado por espada. Quien lo arrastra, que es un vecino mayor que él, lo lleva con muchos otros para ocultarse en el bosque. Allí permanecen hasta que la noche se traga los resplandores del fuego y el nuevo día, con una lluvia pertinaz, les disfraza el llanto. Poco adultos sobrevivieron esa noche y quedaron muchos huérfanos, como él. Nadie

quiso acogerlos. Nadie los iba a amar como sus padres.

Abre los ojos y ve a Mac con un extraño ser de transparentes alas y muy esbelta figura que parece destellar. Algo le entrega al duende para luego, en un movimiento suyo, huir en medio de luminosas chispas.

—Éstas hadas —vuelve a su lado sonriente—. Tan tímidas como una tortuga de agua dulce.

—¿Hablabas con ella?

—Sí. Poseen ungüentos maravillosos que la hermosa Natura les provee con generosidad. Veamos...

Le abre la camisa para untar la pomada en sus golpes y heridas.

—¡Ah! —suspira sintiendo rápido alivio— Es cálido. Fresco también... y huele a río, pasto fresco, corteza de árbol...

—Así huele Natura —sonríe—. Descansa y luego volveremos al camino.

—Sí. Mac...

—¡Hum!

—Cuando huimos del príncipe y sus hombres, hablaste en plural al tener que ganar el perdón de mis amigos.

—¡Hum! —consiente.

—¿Por qué?

—¡Ah...! —se tumba a su lado— Yo también he cometido errores. Tengo más de sesenta años. Sólo imagina cuántos en todo ese lapso. Unos los resolví, otros se perdieron en el camino, pero hay algunos que no se pueden olvidar y están ahí, siempre presentes; como un juez severo que no deja de señalarte.

Hace una pausa. Alarga la mirada quién sabe adónde. Diego permanece en silencio para no romper el contacto.

—Sucedió hace tiempo —retoma la palabra—. Era más joven y me sentía el líder mejor dotado de mi comunidad. Todos acudían a mí en sus dudas. Todos escuchaban mis palabras y se hacía lo que yo pedía, solicitaba o imaginaba era lo apropiado. Nuestra comunidad crecía más rápido de lo ordinario, así que me di a la tarea de buscar un nuevo terreno para mudarnos y ampliar la aldea. Creí encontrar el sitio perfecto. Lejos

de rutas de humanos, sin depredadores, con agua, terreno fértil...

—El Paraíso.

—Lo creí firmemente.

—¿Qué pasó?

—Levantamos nuestros hogares. Iniciamos la preparación de la tierra para la primera siembra... todo marchaba según mis criterios. Llegó la temporada de lluvias, pero nosotros no las sufrimos. Las tormentas se gestaban arriba, en las montañas. Un día, mientras cazábamos... casi somos arrastrados por una fuerte corriente de agua que bajaba de lo alto. Nos sentimos agradecidos por librarnos y seguimos con nuestro afán. Cuando regresamos...

Capítulo 71

Hace una pausa. Se le ha formado un gran nudo en la garganta que no le permite hablar. Diego ve como los azules ojos se anegan.

—La aldea había sido arrasada —espeta con dificultad—. Totalmente. Nada... quedó de ella y mientras revisábamos como locos en busca de nuestras familias... sólo encontrábamos cadáveres o pequeños restos de las chozas, los muebles...

—No podías saber...

—¡Fue mi culpa! ¡Mi error porque debí darme cuenta que el lugar era paso frecuente de crecidas, y no lo vi! ¡No lo vi porque me sentía el gran líder que todo lo sabe y resuelve!

—¿Te condenaron?

—¡No! Eso fue lo peor. Que nadie dijo nada, pero bastaba verles los rostros para saber que así era. ¿Y yo los confronté? ¿Dije algo para justificarme? No. No pude. Mi cerebro se apagó. Apagado estaba hasta que ese miserable de Estefano asomó las narices y aquellos que alguna vez confiaron en mí me sacaron del hueco en el que permanecía alejado de todos. Pero volví a fallarles.

—Tú no fallaste. En ninguna ocasión. No puedes pelear contra Natura ni tampoco contra grandulones armados con cañones.

—Todos me dejaron. Se fueron.

—Pero podemos volver, Mac.

Aquella voz le produce un extraño cosquilleo que nace en la espalda baja y sube por toda su columna hasta vibrar en su nuca. Mira tras de él. Su gente está ahí. Corre a su encuentro, pero se frena antes de poder tocarlos.

—¡Dom, Orly...! —sonríe no muy convencido de si son reales o sólo su deseo interno— ¿Tú los ves, muchacho?

—Claramente, Mac.

—¡Somos nosotros, viejo! —un duende joven va a él y le aprieta un brazo para hacerse sentir.

Luego, los demás lo imitan. Lo palmean, le jalen la barba y hasta uno

se atreve apretarle la nariz.

—No entiendo —dice—. Creí que querían ir a casa.

—Pero no sin ti, Mac.

—Tengo una misión que cumplir, Dom.

—Nosotros también, ¿verdad, muchachos?

—¡Sí, sí...!

—Entonces...

—Empezamos juntos esto y haremos todo lo posible para terminarlo juntos.

—Sí, Mac. Juntos.

—Gracias.

En un rincón de su antigua cueva, Yoka dormita después de haber llorado hasta el agotamiento. Su pecho escamado se agita de pronto en medio de profundos suspiros, en los que libera volutas de vapor. Por su mente cruzan muchos recuerdos con Diego. Algunos de ellos, de su tierna infancia: cuando al romper el cascarón vio su rostro lleno de sorpresa y confusión; pero su encanto natural lo conquistó de inmediato. Su voz era extraña, pero al acostumbrarse a ella, comprendió de inmediato su idioma y pudo comunicarse con él.

—¡Él! —exclama levantando la cabeza— Todo se vino abajo cuando dejé de ser un él. Pero yo no soy él, sino ella y me gusta ser más ella. Pero... Diego no me quiere como ella. Por eso me llamaba amigo... ¿no? ¡Ay, Diego! Estoy molesta contigo, pero a la vez no puedo dejar de quererte. Eres mi familia. La única. Pero hiciste mal al traicionarme y traicionar a Adriana, a los niños... ¡Adriana y los niños! ¡Ay, cómo pude olvidarme de ellos y dejarlos a merced de esos brutos! Por culpa de Diego. Diego, Diego... ¡Diego!

Grita tan fuerte que libera una gran lengüetada de fuego y su nido se estremece. Luego, con decisión, sale de la cueva, batiendo sus alas como nunca.

Capítulo 72

El segundo de a bordo mira el ir y venir de su capitán por el camarote principal. Lo ha llamado, pero nada le dice divagando consigo mismo.

—Sí, debí volarle la cabeza con una bala —asegura—, pero fue como verte en un espejo, ¿no? Estúpido, más que estúpido.

—Capitán...

—Ese desgraciado volvió a estafarme, Torcuato.

—¿Se refiere a Diego, señor?

—¡Sí! Me restregó por la cara a su princesa y todo el oro que el rey me daría por ella y resulta que no hay negocio, por la tanto, no hay oro.

—Pero la muchacha, sí es la princesa, capitán.

—Lo sé y me ha reservado un lugar en el patíbulo y que el rey no soltará ni la más pequeña de sus monedas de oro por su libertad.

—¿No?

—Su ejército me perseguirá por cielo, mar o tierra.

—Sólo busca asustarlo.

—Pues lo ha conseguido. ¿Quién ha osado enfrentar al capitán Rascón?

—El rey Orlando y su hija.

—¡Precisamente! Hemos ido por los demás reinos y nadie hace nada por detenernos. ¡Por esos cielos soy el amo!

—Sí, capitán...

—Pero en Imperialia no es así. ¿Por qué?

—El rey se preocupa por su gente.

—¡Eso mismo! Si ya lo decían desde el rey Danilo: en Imperialia los crímenes mayores no prosperan.

—¿Qué va a hacer entonces, capitán?

—Se la entregaré al profesor Estefano y que él la oculte dentro de su chararra.

—Buena idea, señor. Así han desaparecido tantos...

Ambos ríen divertidos. Ojos rojos, agazapada contra la pata del escritorio escucha con atención. No advierte el ojo amarillo que destella en el fondo de la oscuridad. Pirata planta con extrema precaución una pata tras otra. Luego, a una distancia que considera la ideal deja salir sus garras y lanza el zarpazo al roedor. El ligero gruñido que libera advierte a Ojos rojos, pero el golpe ha sido dado. La rata huye sintiéndose mortalmente herida. Logra escapar por una rendija en el muro. Va en busca de su niño. De su tibio y amoroso regazo. Ángel despierta cuando lo toca ya con sus patitas heladas.

—¿Qué? —espeta Héctor al sentirlo moverse.

—¡Ah! —grita Pedro al ver el piso del calabozo inundado por ratas.

—Está herida —muestra a su amiga a sus hermanos.

—¡Tira ese animal asqueroso! —Héctor se lo arrebató de un manotazo.

—¡No! —grita el pequeño y va al sitio donde cayera— Es mi amiga. Me ha protegido. Me ha hecho compañía.

—¿Una rata? Estás loco.

—Pedro —lo llama al silencio.

Se quedan en su sitio y sólo son testigos del suceso.

—Te sorprendió el gato tuerto, ¿no, amiguita? —acaricia su cabeza.

La rata, visiblemente agotada, apenas lo distingue y escucha. Emite suaves chillidos, dirigidos a sus compañeras, no al niño.

—Yo también voy a extrañarte —llora.

—Sólo es una rata —espeta Pedro.

—¡SShh...! —conmina su hermano.

El animalito se estremece y muere. Las ratas se aglomeran a su alrededor. Héctor rescata a su hermano de ese inverosímil círculo. Las

ratas se encaraman unas en otras para transportar a Ojos rojos. Los chicos se alejan de ellas lo más posible y las ven desaparecer por un hueco en la pared.

—Qué asco —espetea Pedro.

—Eran mis amigas —solloza Ángel.

—¿Llora por la rata muerta? Ángel, esos animales son...

—Basta, Pedro. Para Ángel son mucho más que animales sucios y asquerosos. Tú no los ves con sus ojos.

—Y qué bueno.

—Estoy seguro que harás amigas a otras ratas, Ángel.

—¿Tan geniales como ellas? ¡Debiste ver la tunda que le pusimos al gato tuerto el otro día!

—Parece que fue divertido —enjuga sus lágrimas.

Acepta y les cuenta cómo fue ese episodio. Héctor lo escucha con marcado interés. Pedro lo hace unos momentos, pero luego el sueño lo atrapa y se recarga en el hombro de su hermano para dormir.

Capítulo 73

Atrás queda el valle de los durmientes con su espesa niebla y sus colonias de ogros despistados. El sol de un nuevo día toca el rostro de Tomás, Vito y los otros. Lo disfrutan, especialmente los duendes después de estar presos por mucho tiempo. Las pálidas mejillas se pintan ligeramente de rubor.

—¿Por qué no me desatan y me permiten revisar esos collares?

—No, Tomás. Perderíamos la cabeza. Entiende.

—Queremos volver enteros con nuestras familias.

—Si me dejaran revisarlos, tal vez podría encontrar la manera de abrirlos.

—O de reventarlos.

—No. Olvídalo, ¿quieres?

—No me gusta menospreciar el trabajo de nadie, pero... siempre he sido un poco mejor que Estefano.

—Dijimos que no.

—Pero...

—No.

—Confíen en mí.

—No y será mejor que te calles o llenaremos tu boca con hierba.

—¡Ah! —suspira derrotado— Como ustedes quieran.

A través de la ventana de su celda, Adriana ve abajo las espectaculares cascadas de plata. La potencia de su caída y la nube de rocío que se forma alcanza al barco, mojándolo todo. Son de los pocos placeres que los burdos hombres del capitán Rascón pueden darse. Lo disfrutan como adolescentes, otros como niños pequeños y abren la boca para dejar que su lengua se moje. Adriana aprovecha para llorar de nuevo. El coraje le ha dejado su lugar a la tristeza. Piensa en Diego. En lo lejos que debe estar ya y, además, feliz con su oro. Eso le duele más, que

lo hiciera por un puñado de oro. Una brusca sacudida la tira del camastro.

—¿Qué fue eso? —Rascón derrama un buen sorbo de licor.

Sale molesto a cubierta y ve a sus hombres revisando tanto estribor como babor.

—¿Qué hacen, imbéciles?

—Algo nos golpeó, capitán.

—Como no haya sido una parvada de aves...

—¡El dragón! —señalan por sobre su cabeza.

Ve a Yoka elevándose con elegancia para luego volar en derredor.

—Yoka —sonríe Adriana.

Desde su celda, los niños también la ven. Sus esperanzas vuelven a latir.

—¡Wow! —espeta fascinado Ángel.

Desde las alturas, la dragona observa la nave, que no está más bajo la protección de la oscura nube. Ya no le parece ni tan siniestra ni atemorizante. Los hombres que se mueven por cubierta le parecen insignificantes. Descubre el rostro de Adriana en una ventanilla y la saluda con gusto.

—¡Ten cuidado! —escucha que la advierte.

Ella echa el cuerpo atrás y con sus patas traseras golpea con fuerza el casco de la nave.

—¡Maldito, dragón! —Rascón trastabilla lo mismo que sus hombres—
¡¡Torcuato...!!

—¡Estoy listo, señor! —dirige el arpón a las alturas.

—¡No falles!

—Sí, como hago esto todos los días...

—¡Qué dijiste!

—¡Que no fallaré, señor! —ubica a Yoka.

Lleva el dedo al gatillo dispuesto a disparar, pero la dragona vira sobre su costado izquierdo y los acosa escupiendo algo de fuego sobre cubierta. Los hombres huyen entre gritos. En las bodegas, los meccanos van de una pared a otra, chocando entre sí.

—¡Wow! —Yoka se eleva todo lo que le es posible.

Sale por encima de las nubes que adornan el cielo. Ve cómo el sol las colorea de diversos tonos rosados, mientras se eleva igual que ella.

—¡Qué maravilloso silencio! —cierra los ojos.

Imagina que Diego está con ella. Puede sentir el peso de su cuerpo y su mano acariciando su cuello, en una comunión, que ella estaba segura los definía como familia. Pero él sólo la usó. Todo el tiempo. La obligaba a ocultarse y cuando las cosas se le escapaban de la mano, la llamaba para salvarlo. Eso la enfurece. Se deja ir en picada.

—¡Allí viene, Torcuato! —señala el cielo.

—Lo tengo en la mira —guía con seguridad.

Adriana lo ve y nota que Yoka ni aminora la velocidad ni da muestras de cambiar curso. Ve la afilada punta del arpón. Su tamaño. Si hace blanco, lastimará de gravedad a la dragona.

—¡Aléjate, Yoka! —grita todo lo fuerte que puede— ¡Tienen un arpón!
¡¡Aléjate!!

Torcuato acciona el gatillo. El arpón sale impulsado con velocidad, rasgando el viento.

—¡¡Yoka...!! —saca sus manos encadenadas para llamar su atención.

Todos miran expectantes y la fuerza del impacto echa atrás a la dragona.

—¿Le dio? —dice Rascón.

—Le di —asegura Torcuato.

Yoka comienza a caer.

—No —llora la princesa.

Capítulo 74

El voluminoso cuerpo de diversos tonos violeta, cae pesadamente. Las alas se sacuden debido a la fricción del viento. Rascón y sus hombres gritan de contento, felicitándose. La soga atada al garfio chicotea del mecanismo que lo disparara.

—Capitán —dice el segundo al verla—, creo que no calculamos ciertos detalles.

—¿Cómo cuáles? —no deja de seguir el desplome de Yoka.

—El peso del dragón, por ejemplo.

—Me lleva —espeto molesto.

Pasa ante ellos a gran velocidad y parece aumentar mientras más cae.

—¡Sujétense todos! —ordena el capitán, pero no pierde de vista a la bestia color violeta.

Sacude la cabeza cuando ve que las alas se extienden magníficamente a todo lo ancho.

—¡Qué rayos...! —espeto cuando Yoka recupera altura— ¡Sube de nuevo!

—¡No es posible!

—¡Está subiendo, Torcuato imbécil!

—¡Yo le juro que le di, capitán!

—¡Hola! —de pronto la ven frente a ellos.

Notan que lleva sujeto entre sus garras el arpón y en los ojos anaranjados, la decisión pintada. Yoka se eleva un poco más y entierra el arpón en el globo.

—¡No! —Rascón aprieta de tal manera los dientes que le crujen en la boca.

El aire se escapa del globo, lo hace descender y la corriente natural que circula lo empuja hacia las cascadas de plata.

—¡Nos vamos a estrellar! —grita Héctor viendo cómo la zona a la vista se acerca más y más.

Yoka continúa su ataque. Con su fuego revienta algunas sogas. Rascón le dispara con su pistola, pero sin hacer blanco. La dragona golpea el casco, corrigiendo su dirección: así no golpeará de lleno contra alguna de las cascadas ni en el muro rocoso. La nave se inclina y cuantos están en ella caen hacia ese lado. Los gritos de rabia y dolor se incrementan. Héctor protege con su cuerpo a sus hermanos, pero no se olvida de Adriana. La llama a gritos y ella le responde de igual manera. Está bien.

Yoka revienta otro tanto de sogas, una parte del casco golpea con fuerza una roca, agrietando la pared que corresponde a la celda de los niños. El roce con troncos y piedras a su paso termina por romperlas, abriendo un gran hueco. La nariz del Eclipse se entierra en el suelo plagado de hierba, derribando a cuantos se encuentran en cubierta. Luego, Yoka arranca con sus garras el desinflado globo, lanzándolo sobre ellos.

—Hay una oportunidad de escapar —dice Héctor.

—Nos atraparán de nuevo —Pedro se queda en su sitio—, ¿para qué intentarlo?

—Porque es posible lograrlo —sonríe Ángel—. ¡Vamos!

—¡Ah! No tiene caso.

—¡Vamos! —lo toma de la mano y lo hala fuera del casco.

Héctor corre a la puerta, pero por más que la sacude no logra abrirla. Se asoma por la ventanilla.

—¡Adriana!

—Aquí estoy —la ve asomarse por la suya.

—Hay un boquete de nuestro lado y podemos escapar.

—No pierdan tiempo entonces. Busquen un refugio seguro y ocúltense lo necesario.

—Volveré por ti.

—No, Héctor.

—Sí. Tú me gustas mucho y quiero protegerte.

—¡Héctor! —Ángel lo llama desde fuera.

—Ve con tus hermanos y cuídalos bien. Después hablaremos de tus sentimientos por mí. ¿De acuerdo?

—Está bien —sonríe.

Capítulo 75

Con la punta de su espada, Rascón rompe la parte del globo que lo cubre. Apenas levanta la mirada, ve a los tres hermanos internándose en el bosque.

—¡Escapan! —los señala— ¡Vayan por ellos!

Una docena de hombres saltan por la borda, yendo tras los niños. La sombra de Yoka lo obliga a mirar al cielo.

—Maldito dragón —espetta.

Allí, los árboles son demasiado frondosos. La dragona ve que los niños se internan en él, pero le es imposible seguirlos o bajar por ellos. Tampoco puede usar sus lenguas de fuego. Sobrevuela buscando algún punto de acceso.

En su celda, Adriana encuentra una tabla floja. La golpea con la intención de romperla, pero no le es fácil. La puerta se abre, dando paso a Rascón y sus hombres. La joven se tumba en el piso, agotada.

Héctor, Pedro y Ángel son rodeados por los mercenarios.

—Se los dije —espetta Pedro y se sienta en una flor de loto.

Héctor toma del suelo un brazo seco de árbol. Ángel observa curioso el pasto verde que parece estremecerse quién sabe de qué.

—Vengan aquí, niños —ordena uno de los tipos.

—Yo no me muevo —se encapricha Pedro, haciendo de sus brazos un fuerte candado.

Los hombres se acercan, cerrando el anillo a su alrededor.

Al primer golpe que lanza, Héctor pierde su improvisada arma.

—No puede ser —se molesta consigo mismo.

Ángel sonrío. Del pasto alto salen cientos, miles, está seguro de ratas que atacan sin titubeo a los hombres.

—¡Ah! —gritan, mientras sus cuerpos se llenan de los desagradables roedores.

Corren aquí, allá como locos, mientras otro ciento de ratas forman un gran tapete y en compactos pelotones cargan consigo a los niños, llevándolos de ahí con rapidez.

—¡Iuu...! —espetea Pedro con un mohín.

Ángel ríe acariciando a sus amigas. Héctor mantiene la mente en blanco, evitando escenas grotescas con ellas. Se concentra en Adriana. En que bien podría convertirse en su primera novia. Libera un suspiro cargado de ilusión. Pedro lo mira. Su expresión de total contemplación le molesta. ¿Cómo puede soñar despierto mientras un ejército de ratas, los llevan quién sabe a dónde? Sigue en su postura de flor de loto y siente asco tocar a los roedores tratando de buscar otra posición. Escucha sus chillidos, comunicándose entre ellas. Se mantienen muy unidas, corriendo con agilidad. Mira atrás. Nadie los sigue. A un lado, a un metro tal vez, el soñador de su hermano y en frente, a la cabeza, como un líder nato, el pequeño Ángel, que conversa con sus amigas y se estira por todos sus flancos repartiendo caricias. Arruga la nariz y su labio superior. Toleraba que besara a gatos, perros y hasta aves, pero no roedores ni insectos.

—¿Las ratas jamás se cansan? —inquire.

—No hasta conseguir su propósito —responde Ángel.

—¿El cuál es?

—Ponernos a salvo.

—¿Cómo sabes que hacen eso?

El chiquillo le responde alzando los hombros. Él simplemente lo sabe. A su paso esquivan rocas, grandes árboles, bajan pequeñas pendientes, suben otras y de pronto el panorama se abre hasta recibirlos el borde de un acantilado.

—¡No echarán al vacío!

—¡Wow!

—Tranquilos, no pasará —asegura el más pequeño.

La gran riada de ratas se detiene y poco a poco van retirándose, dejando sentados en el suelo a los niños.

—¡Adiós! —las despide Ángel— Gracias. Héctor, Pedro digan gracias también.

—Eh... sí, claro. Gracias.

—Pedro...

—¡Ah...!

—Di gracias.

—Son solo ratas.

—Pero nos ayudaron.

—¡Vamos, Pedro! ¿Qué te cuesta?

—No tengo ganas.

—Sólo di gracias...

—Grazdsz...

—Hazlo bien.

—¡Gracias! ¿Así? ¿Contento, niño tonto?

—Pedro...

—¡Suéltame! —se zafa cuando toma su brazo.

—¿Qué le pasa? —solloza Ángel.

—Está molesto porque alguien a quien él admiraba lo traicionó. A todos en verdad.

—¿Quién?

—Se llama Diego, pero tú no lo conoces.

—¿Diego? ¡Claro que lo conozco!

—¿Sí? ¿De dónde?

Le cuenta todo lo que vio y escuchó al conocerlo. Lo que prometió cuando hablaron de celda a celda.

—Pero, ¿todo fue mentira? —se entristece al saber la conclusión de las acciones de Diego.

—Sí, Ángel.

—Yo creí en él.

—Todos, enano —Pedro está más cerca.

—Pero parecía sincero. Sus palabras, su mirada...

—Ese es el don de los sinvergüenzas. Te roban el corazón para luego tirarlo al suelo y pisotearlo.

—Yo jamás te haré eso, Pedro —el pequeño va a él y lo abraza.

—Sé que tú no, enano.

—No estés enojado, ¿sí?

—Por el momento no consigo estar de otra manera. Pero... ya pasará. Supongo.

—Chicos —los llama el mayor.

Van a su lado y el muchacho señala hacia la lejanía.

—¿Qué es eso? —inquire Ángel.

—La montaña de granito.

Capítulo 76

En la cristalina superficie de aquel ojo de agua, Diego mira con sorpresa la limpieza de su rostro. No ve en él la más pequeña mancha de un golpe.

—¿Vas a pasarte el día admirándote, niño bonito? —le dice Dom muy cerca de él— O seguimos caminando.

—Sí, sí —termina de llenar un odre con agua—. Lo que pasa es que... tenía una ceja abierta, el pómulo hinchado y... estoy limpio. Como si nadie me hubiese tocado.

—Dale las gracias a Natura —recomienda Mac.

—Por supuesto —mira derredor—. ¡Gracias, señora!

Los duendes rompen a reír.

—Qué —espetta Diego—. ¿Dije algo gracioso?

—No, muchacho. Pero no necesitas gritar. Natura no es sorda.

—¡Ah...!

Retoman sus pasos y los duendes siguen riendo. El joven, al avanzar unos metros, también. Mira su pequeña compañía. ¿La imaginó alguna vez? Ni siquiera en sueños. Los duendes, como para muchos niños de su edad, no eran reales y alguien los había inventado para deleite de aquellos que gozaban de un hogar, del calor y la protección de unos padres. No para huérfanos vestidos siempre con harapos, sin más calor que el que ellos mismos se procuraban. Se siente extraño, pero agradablemente reconfortado.

—¡Ah! —exclama Adriana al caer de pronto en un charco lodoso.

El mercenario que hala su cadena, ha tirado de ella más fuerte de lo debido, haciéndola caer. Todos se burlan, excepto Rascón. La joven se pone de pie. Escupe algo de lodo y pasto fresco. Mira a cuantos están ahí. Mira al que sostiene la cadena y llora de lo divertido que le parece su tropezón. Sujeta con firmeza sus cadenas, planta mejor los pies en el

suelo, dando un tirón tal, que le arrebató los eslabones al mercenario. Las risas se apagan de pronto. Ella usa la cadena como látigo y golpea al que se encuentra cerca con ella.

—¡Atrápenla, imbéciles! —grita Rascón.

Sin embargo, no les permite acercarse ni un milímetro. El roce metálico de la cadena no cesa. Se alarga de un extremo a otro, como serpiente furiosa. Deja huellas en mejillas, frentes, brazos desnudos y cuellos. La juega sobre su cabeza, como lazo y ninguno se atreve a cruzar hacia ella. Rascón levanta del suelo una rama gruesa, interponiéndola y la cadena se enreda en él. Es así como logran capturarla de nuevo, no sin antes recibir algunos puntapiés y puñetazos.

—Maldita la hora en que hice trato con Diego —espetó el capitán—. Debí ahorcarlo en lugar de aceptarte como bono.

—¿Lo ibas a ahorcar? ¿Por qué?

—Es historia antigua.

—Quiero saberlo.

—No. Camina.

Capítulo 77

El día madura. El viento trae consigo nubarrones grises, que poco a poco invaden el azul del cielo. Cada aldea que encuentran a su paso está invadida por hombres de Rascón y meccanos de Estefano. Unos cuantos aldeanos permanecen en libertad, pero llevan collares al cuello y están sometidos a la autoridad del inventor. Miran pasar a Tomás, custodiado por los cinco duendes. Es él quien mira, por el rabillo del ojo, a un extremo y al otro, pero no se atreve a decir nada. Los pequeños con él no lo hacen. No dan muestras de advertir que todos contienen sus faenas para verlos pasar. Da cuenta entonces que es porque han perdido su meccano. ¿Habrá una consecuencia?

—Eh...

—¡Sshh...! —Vito, ésta vez no hala ninguno de sus mechones.

Le da suaves palmaditas con su mano. Él se relaja. Atraviesan la mitad de la aldea y un par de meccanos les salen al frente, escoltándolos. Luego, se les unen otros dos por la retaguardia.

—¿Puedo decir algo? —se atreve a hablar al dejar atrás la aldea.

—Claro —consiente Agus.

—Perdieron su meccano. ¿Qué problemas podrían tener con Estefano?

—Tu pregunta es buena, pero no sabemos lo que hará el amo.

—Jamás nos había sucedido algo igual.

—Jamás nos había enviado tan lejos.

—Es cierto.

—Pronto lo sabremos —Agus señala.

Adelante, los meccanos que los escoltan se hacen a un lado y ven el puente de piedra que atraviesa el río más caudaloso de Imperalia. El ruido que produce su corriente es ensordecedor. Siguen caminando entre altos pinos y luego, Tomás ve la escalera labrada en la misma montaña, que sube por metros y más metros. En los rellanos hay meccanos y mercenarios de guardia. A su paso, sólo los miran. Luego, un par de hombres de latón y tuercas tan altos como el XL, abren para ellos las pesadas hojas de hierro de la puerta principal. Tomás mira maravillado los interiores. Se pregunta cómo Estefano pudo lograr algo igual. Al librar el gran vestíbulo tiene respuesta: cientos de prisioneros trabajan con

martillo y cincel dando forma y detalle a los muros. Sin excepción, hombres y mujeres trabajando, llevan al cuello collares explosivos. Siguen por un largo pasillo y empieza a ver a las criadas mecánicas, los mastines y meccanos guardias. Un par de ellos los reciben, escoltándolos por otros pasillos y salas. Llegan hasta una puerta de roble con adornos de herrajes. Abren para ellos. Tomás se adentra sin dejar de mirar en derredor. Aquel parece ser un laboratorio, taller y además dormitorio. Hay adornos, cuadros, libros. En algunas mesas reconoce algunos prototipos en los que Estefano trabajaba antes de desaparecer de sus vidas. Tomás busca en su memoria el uso que pensaba darles. Pero se le escapan al ver a Estefano de pronto.

—Bienvenido a mi humilde morada, Tomás.

—Estefano —quiere saludarlo, pero el hombre permanece inmutable, con sus manos a la espalda.

—Veo que perdieron a Meccano XL —observa.

—No fue su culpa —interviene Tomás, pero Estefano levanta la palma de su mano, conminándolo al silencio.

Capítulo 78

Siente como los pequeños, tiemblan en su hombro, bolsillo y manga de pantalón. Vito no. Vito permanece tranquilo sobre su cabeza.

—Los ogros nos atacaron —se atreve a seguir Tomás.

—No me interesa. Sólo lo que veo ante mí.

—Si te refieres a mí, ¿por qué no dejas libres a estos pequeños?

—Aún me son útiles. Meccano B54. Lleva a los duendes a su celda.

—Lo siento, Tomás —Agus se despide.

—No te preocupes.

—Adiós, amigo —Dean también salta de su hombro.

Sugar y Ron dejan igual sus posiciones. Vito permanece en su cabeza. Mira de frente a Estefano.

—¿Tú qué esperas? —le dice el hombre.

El pequeño no aparta sus castaños ojos de los nublados de él.

—¿Vito? —inquire Tomás.

El duende palmea su cabeza y luego salta, reuniéndose con sus compañeros. Los hombres quedan en silencio hasta que la puerta se cierra de nuevo.

—Ingenuos —ríe Estefano.

Camina por la pieza hasta un vitral por el que entra, con debilidad los rayos del sol. Mira a Tomás. Su figura. La ropa que viste; el cabello largo, maltratado, las gafas sucias.

—No has cambiado casi nada.

—Quisiera decir lo mismo de ti. ¿Qué te pasó, Estefano?

—Acepté mi realidad.

—¿Te refieres a esto? ¿A toda esa pobre gente que has esclavizado por

años? Yo siempre te tuve bajo otro concepto.

—Sí. El de invisible asistente de Gastón.

—No. El de inventor prometedor.

—No mientas. Si apenas asomaste tu nariz por el taller, el maestro se olvidó por completo de mí.

—Eso no es cierto, Estefano. Tú fuiste el que te alejaste.

—¿Qué más podía hacer si tú conquistabas sin esfuerzo cuanto yo anhelaba? Mi lugar junto a Gastón, su admiración y respeto. El...

Contiene sus palabras y le da la espalda. Tomás busca comprender la frase, pero especialmente su vacilación.

—Todo este tiempo he trabajado muy duro para alcanzar mi meta —de nuevo escucha su voz—. ¿No imaginas cuál es?

—Eh... creo que sí, pero me gustaría ser positivo.

—Voy a destruirte, Tomás —se vuelve a él, mirándolo con sus ojos grises destellando—. Tu carrera, tu reputación, tu familia...

—¡Con mi familia no te metas! —encara y empuña sus manos.

Al levantar la voz, la puerta se abre dando paso a dos meccanos tipo B. Contienen a Tomás antes de que lograra llegar a él y atacarlo de alguna manera.

—No puedes detenerme —sonríe—. Mi venganza está en proceso: Fase dos completa. ¡Llévenlo a un calabozo!

—¡Recapacita, Estefano! —grita mientras lo arrastran fuera— ¡Tú no eras así...!

—Eso es verdad —acepta al cerrarse la puerta—. Mi antiguo yo era apagado, miserable, conforme con el puesto que me habían confiado. Ahora, gracias especialmente a ti, Tomás sigo siendo miserable; pero no soy más conformista ni apagado. Ahora tengo poder. Ahora soy el amo.

En medio de un horrendo chirrido abren la puerta de hierro y los meccanos arrojan dentro de la celda a Tomás. Vuelve con apremio a la ventanilla con barrotes, pero no ve a nadie que pueda ayudarlo. Sólo transitan por ahí mercenarios, otros meccanos y criadas. Vuelve adentro

para tumbarse en el duro camastro. Quizás una siesta lo ayude a despejar su mente y encuentre opciones.

Capítulo 79

Desde sus monturas, el príncipe Honorio y sus hombres ven el barco varado en las cascadas de plata. Ordena avanzar con mayor rapidez.

Por más que lo intenta, Adriana no logra zafar la cadena del árbol al que la han atado.

—¿Por qué no dejas de luchar? —se acerca Rascón, por un lado.

—El abuelo decía que el que no lucha, no alcanza sus sueños.

—Tu sueño de libertad tendrá que esperar, así que no te agotes.

—¡Uf! —espeta, dejándose caer en el suelo.

Rascón mira hacia donde sus hombres se entretienen jugando con dados. Los meccanos vigilan la zona.

—Diego es un ladrón muy habilidoso —empieza a hablar de pronto—. Es rápido, ligero y no temía escurrirse por agujero cualquiera con tal de robar algo valioso.

—No quiero oír hablar de él.

—Antes me exigiste hacerlo.

—Está bien, pero no lo menciones.

—¡Hum! Me era útil. Me proporcionó jugosos botines, pero tenía un defecto.

—¿También te traicionó?

—No obedece órdenes. El muchacho es un ave, un pajarillo que va y viene a su antojo. Eso me sacaba de quicio.

—¿En serio? Pareces tan tranquilo...

—Entonces se me ocurrió llevarlo a la montaña de granito. Le dije un millón de veces que no anduviera por ahí husmeando...

—No te hizo caso.

—¡Para nada! Fue por el lugar como lo que es... un ave rebelde buscando una salida. El granuja encontró la gran bóveda. O al menos eso dijo. Me mostró las piedras preciosas más grandes que jamás haya visto. Yo... debía ver ese tesoro fantástico.

—Ya no encontró el camino.

—¿Estabas ahí acaso?

—Hiciste cara de decepción...

—¡Ah! Sí. Pensé que el profesor no advertiría la falta de un puñado de gemas y oro... fuimos a deshoras. Cuando todo mundo, incluidas esas bestias de latón descansaban. Subimos escaleras, las bajamos. Encontramos muchas puertas de cobre, de hierro, pero no todas podíamos abrirlas. Luego... la avecilla señaló una puerta más, seguro que era esa. Entramos. El lugar estaba oscuro y en el ambiente un hedor desagradable. Pero mi ansiedad pudo más. Avancé. Resbalé y caí en la peor de las porquerías. Diego desapareció, mis hombres se rieron del suceso durante semanas y, me vi obligado a hacer el ridículo ante el profesor, antes que revelar que buscaba la bóveda. Entonces prometí ahorcar al desgraciado.

—¡Ah! Que anécdota tan desafortunada. Mil baños no te sirvieron, ¿verdad?

—Sí —ríe con amargura—, búrlate. Ya te veré suplicándome que te ayude.

Capítulo 80

El hombre le da la espalda y vuelve con los suyos. La joven no puede evitar un estremecimiento: su mirada, el tono de su voz, nada bueno le anunciaban.

—Abuelo —mira al cielo—, creo que tengo miedo.

Con todos esos días encerrado en un calabozo, Ángel no deja de saltar y correr por el bosque. Se detiene por momentos para abrazar troncos de árbol, mirar flores en el camino y quedar estático en su lugar para mirar el azul del cielo, el vuelo de los pájaros o deleitarse con su canto. Héctor sonrío ante la inocencia del chiquillo. Pedro, por su parte, ha sido invadido por la indiferencia. No levanta la mirada. Patea cuanto encuentra a su paso, al tiempo que emite profundos suspiros. Héctor disminuye el ritmo de su caminar para emparejarse a él. Por su mente pasan demasiadas cosas, pero no sabe qué decir a su hermano.

—¿Qué quieres? —es Pedro quien habla.

—Sólo... caminar a tu lado.

—¿Para qué? No voy a perderme ni a tropezar.

—Sí. Lo sé.

—Ve con Ángel entonces. Él te necesita más que yo.

—No.

—¿No qué?

—Eso no es verdad. Ángel sí me necesita, pero tú también.

—...

—Y yo te necesito a ti y a Ángel. A papá. Entiendo que te afectara la traición de Diego, pero él no es el único a tu lado que puede levantarte y hacerte sentir fuerte. Antes de conocerlo, tú ya eras fuertes, Pedro. Déjalo ir.

—¿De qué hablas?

—¡A Diego! ¡Déjalo ir! Que su mal ejemplo no te marque. Yo no soy fuerte ni intrépido como él, pero me importas y te quiero mucho. Te

quiero como tú eres: aventurero, osado, retador, no un mal retrato de Diego.

—Sí —baja la cabeza avergonzado—. Debí verme de lo más ridículo imitándolo, ¿verdad?

—Un poco —acepta.

Pedro se vuelve a él. El tono de su voz no era nada serio. Héctor le sonrío. Pedro igual. Le da un ligero empujón y Héctor lo devuelve. Comienzan a jugar, a reír. Ángel se les une.

Pirata dormita con holganza en la gruesa rama de un árbol. Sus orejas algo maltratadas se mueven percibiendo algunos ruidos. Abre el único ojo, mirando las cercanías. Nota cierta actividad entre la hierba y los cercanos arbustos. Se levanta. Estira con placer todo su cuerpo para finalmente liberar un gran bostezo. Sus afilados colmillos quedan a la vista. Se sienta para otear el área. Ve que todos en el campamento se ponen en movimiento. Aguza la mirada y descubre a las ratas yendo de uno a otro árbol agazapadas. Puede oír sus chillidos y que son una cantidad inimaginable. Retrocede en su rama y salta sobre uno de los meccanos. De allí pasa a la espalda de uno de los hombres, enterrándole las garras. Éste, se duele y arrancándoselo de encima lo arroja lejos; contra un matorro que se seca. Chilla al herirse con las ramas muertas. Ve que las ratas lo vigilan, avanzando tras ellos con discreción. Huye hasta agarrarse a la bota de Rascón.

—¿Qué pasa contigo, bestia? —lo toma de su piel para mirarlo— ¿Qué tienes? ¿Por qué te ves tan maltratado?

—Es el amo —asegura Adriana.

—¿Te pidió alguien tu opinión?

Quiere deshacerse de su mascota, pero ésta se aferra a su chaqueta como las espinas a los cactus.

—¡Torcuato, quítame a éste gato de encima!

—¡Ven aquí, Pirata! —tiene que arrancarlo de sus ropas.

—Está asustado —mira como el segundo se lo lleva.

—¿De mí?

—No. Creo... que esperaba que tú lo protegieras.

Rascón llama a otro de sus hombres y le ordena que estén alerta. Los meccanos avanzan a los costados, a manera de escudo.

Capítulo 81

Desde aquel punto en el que han decidido acampar, se ve perfectamente la montaña de granito. La luna llena que asciende la ilumina. En su punto de guardias, Diego no la pierde de vista. Hace tiempo que estuvo en ella, pero recuerda a la perfección los recovecos que explorara. Recuerda a la pobre gente que Estefano mantenía cautiva y eran forzados a trabajar. En aquel tiempo, más joven e imberbe, no pudo ver la magnitud de los hechos. Sólo le importaba el oro, las gemas y evitar a toda costa que Rascón lo atrapara y le pusiera una soga al cuello. Escucha que alguien se acerca. Cuando mira no ve a nadie hasta que baja la mirada: es Mac. Se acuclilla para mirarlo mejor.

—¿Todo tranquilo? —inquire el duende.

—Demasiado creo —asiente.

—Sí —mira entorno—. El silencio en derredor es inquietante, ¿no? Antes solía escucharse a lo lejos alguna risa o grito de alguien en las aldeas cercanas. Música, cantos... nada de eso queda gracias a Estefano.

—Yo lo vi y no hice nada.

—Bueno... ya estamos aquí para cambiar eso.

—¿Has estado en la montaña de granito?

—No.

—Pues lo que hemos visto en el camino, es nada con lo que hay allí. Cientos de meccanos de todos los tamaños, hombres, mujeres, incluso niños esclavizados. Lo vi y no hice nada, Mac. Ni siquiera tuve un leve sentimiento hacia ellos.

—¿Y ahora?

—Me indigna y avergüenza.

—Tu perspectiva cambió.

—Me parece que sigo siendo el mismo.

—No. Yo creo que has madurado. Dejarás de ser un muchacho para convertirte en hombre. Luego, te casarás y vas a tener tu propia familia.

—No. Me gusta la libertad.

—La familia es todo, hijo. Sin una, sólo somos un latido en el mundo.

Palmea su mano y lo deja para que continúe su guardia. Para que reflexione.

—Sólo un latido —suspira.

Estefano aguarda a que la criada de latón y tuercas sirva la cena. Con un movimiento de cabeza le ordena salir de la pieza. La criada obedece retirándose entre giros de su cobriza falda. Él enciende el par de velas al centro de la mesa e invita a la mujer allí a sentarse. Ella acata la petición, no de muy buen agrado. Estefano se sienta ante ella. Le acerca la cesta con el pan. La mujer lo rechaza. Tampoco prueba lo que se le ha servido.

—Semana tras semana es lo mismo —deja su servilleta a un lado—. No será la mejor mesa ni los más exquisitos alimentos, pero al menos podrías fingir que sí. Que te gustan las velas, que te gusta la sopa y el guisado... ¡que te gusto yo! ¿¿Eso es tan difícil??

—Sería mentirte.

—¡Pues al menos haz eso! ¡Miénteme!

—Lo siento, pero no puedo.

—¿Por qué? —deja su asiento y se arrodilla ante ella para tomar sus manos— ¿Te he dado un mal trato? Tienes una habitación amplia, cómoda... he conseguido los libros que me pediste.

—Sí y eso te lo agradezco...

—¿Entonces? ¿Qué te cuesta mirarme por una vez en tu vida con algo de amor?

—Pero no te amo, Estefano. Amo...

—¡No lo digas! —aprieta los dientes y clava sus dedos en sus manos.

—Amo a Tomás —espeta escapando de él—. Entiende que no puedes hacerme cambiar de sentimientos.

—Yo estaba allí primero que él, Lara.

—Pero siempre te vi como un amigo.

—No. Tu sonrisa me decía lo contrario, pero llegó ese entrometido con todas sus ideas bobas y te deslumbró. Eso fue lo que pasó.

—Eres tú quien se engaña a sí mismo. Yo jamás he sentido por ti, más que aprecio de amigos.

—Está bien —se yergue y endurece su gesto—. Sabía que llegaría éste momento y rogué tanto porque no sucediera, Lara. Tú misma rogarás por amarme. Pero entonces, no creo ser benevolente con nadie.

Abandona molesto la pieza. Lara, la esposa de Tomás y madre de sus hijos queda inquieta por sus palabras. Estefano es inestable emocionalmente, pero no puede mentir y complacerlo.

Capítulo 82

Sentados ante la fogata, Héctor, Pedro y Ángel no pierden de vista el bailoteo de las llamas.

—¿Qué hace que se muevan de esa manera y no de otra? —inquire Pedro.

—El aire caliente —responde Héctor.

—¿Y por qué tienen ese color y no otro? —inquire Ángel a su vez.

—Eh... —Héctor duda— no sé bien. Tal vez dependa de lo que queme.

—¿Y por qué quema?

—¡Ay, enano, porque es fuego!

—¿Y por qué es fuego?

—¡Hum...! Porque...

—¡Porque sí y ya! ¡Deja de fastidiar!

—¿Sigues enojado?

—Sí.

—¿Conmigo?

—¡Contigo no, enano!

—¿Y por qué me gritas?

—¡No te estoy gritando!

—Pedro, lo haces.

—¡No es cierto y ya cállense o...!

Todos a una vez miran al mismo punto. Escuchan ruidos extraños, las ramas de los arbustos que los rodean se sacuden, como si algo peligroso se moviera entre ellos.

—Héctor —el menor se sujeta a su hermano.

—Tal vez sea un duende —dice Pedro.

Toma una rama de la fogata y se apresta a investigar.

—Ten cuidado.

—¿Podría ser un oso y destrozarme? —se mofa.

Sus palabras no se apagan aún en sus labios, cuando es embestido y derribado.

—¡Ah! —gritan espantados los tres.

—¡Cúprico! —espetea Héctor al reconocer al meccano mastín.

—¿Cúprico? —inquieta confuso el pequeño.

—¡Quítate de encima, chatarra inútil! —Pedro se esfuerza por hacerlo a un lado.

El perro parece olfatearlo y su cola se agita en un chirrido acompasado que pronto agrada a Ángel. El animal salta entrono a ellos, feliz por encontrarlos. Se tiende panza arriba en espera de sus cariños.

—¿Por qué no vuelves al bosque y sigues perdido? —espetea Pedro.

—Parece un perro de verdad —ríe Ángel y se tumba de rodillas para rascarle la panza.

Cúprico estira las patas como si disfrutara realmente de sus caricias.

—Hay que movernos —propone Pedro.

—Es de noche.

—Pero hay luna.

—Estamos bien aquí.

—Esa chatarra puede no estar sola. ¿Qué tal si trae con ella a otro meccano o mercenarios de Rascón?

—Ya estarían aquí, ¿no?

—Ya no estamos seguros.

—Cúprico es amigo.

—También lo pensábamos de Diego y lo único que hacía era cuidarnos para Rascón.

—Los animales son más fieles que las personas.

—¡Ah! —se tumba molesto.

—Cúprico —Ángel juega.

Capítulo 83

Desde las primeras claridades del día, el bosque se llena de cantos y vida animal. La corriente del río brama, desprendiendo de su orilla pequeñas piedras y plantas para arrastrarlas consigo. Algunas garzas buscan alimento en la humedad, pero ante cualquier ruido, salen volando de inmediato. Una familia de ciervos pasta cerca. El macho de hermosa testa y fuerte figura, vigila alerta mientras la hembra, con sus crías se alimenta o se acerca a la corriente para beber agua. Ante el crujir de ramas huyen de inmediato. De entre los árboles y arbustos, salen Diego, Mac y compañía.

—¡Wow! —todos miran el descomunal cuerpo de la montaña.

—No hay manera de llegar a ella sin ser vistos —observa Dom.

—Claro que sí —contradice Diego—. Sígueme.

Deja libre a Avena. Caminan por la orilla por algunos metros y Diego se detiene justo ante la corriente más violenta que jamás hayan visto.

—¿Por aquí? —inquieta Orly— Debes estar loco, chico.

—No a través del agua —responde—, sino por encima.

Señala arriba. Hay un enorme árbol, que tiende muchos de sus brazos por encima de la corriente.

—Por aquí escapé cuando, necesariamente tuve que huir.

—Tú, pero... ¿y nosotros?

—Sí, somos pequeños.

—Demasiado.

—Hay que improvisar —sonríe.

Mira alrededor del árbol. Descubre en él una enredadera. Diego arranca lo suficiente para tejer una soga. Los duendes se miran sin comprender el uso que piensa darle. Después de perder casi toda la mañana, el joven se ha confeccionado una especie de armadura y los pequeños se han atado unos a otros entre ella.

—¿En verdad crees que esto resulte, Mac?

—¿Diego?

—Confíen en mí —les guiña un ojo y trepa con agilidad.

Capítulo 84

El árbol, durante el tiempo transcurrido ha crecido y desarrollado nuevas ramas, además que cuenta con innumerables huéspedes. Sin que ninguno lo advierta son acechados por una serpiente, que ve en los pequeños un exquisito bocadillo. Se desliza por los troncos sin hacer ruido alguno. Diego avanza con precaución, sujetándose de ramas y troncos. Algunas aves en sus nidos gritan de manera escandalosa, protegiendo sus nidos, aunque no del joven.

—Tranquilas —intenta calmarlas—. Sólo vamos de paso.

—Mac, creo que mis ramas se están aflojando.

—Yo las veo bien —revisa—. Son tus nervios.

—¿Tú no los tienes?

—Hace demasiado tiempo que superé esa etapa, hijo. Tranquilo...

—¡Serpiente! —Orly grita.

Diego echa el cuerpo atrás, a tiempo de que las fauces del ofidio no puedan tocar a ninguno de los duendes. Logra sostenerse de una rama. Los pequeños gritan aterrados.

—¡Tranquilos todos! —levanta la voz Mac— Diego nos sacará de ésta.

—Si no se rompe la rama y caemos a la corriente.

—Confíen en mí, pequeños —el muchacho hace el esfuerzo y vuelve al brazo principal.

La serpiente sigue su camino. Hacia donde él se mueve, ella lo hace.

—Si quieres pelea, te la daré —conmina.

Observa cuanto los rodea. Los nidos cercanos, los brazos ramosos; la posición de la serpiente. Salta a otro brazo de árbol, deslizándose por él. La serpiente embiste.

—¡Ah! —gritan los duendes viéndola demasiado cerca.

—¡Diego!

Él no parece escucharlos. Sus sentidos están concentrados únicamente en la serpiente y la manera de librarse de ella. No mengua su ataque, él la

esquiva. Los duendes ven perfectamente el diseño en la piel del animal. Los vivos colores pigmentados. Con el movimiento, las ligaduras del más joven de todos, se aflojan demasiado y cuando la serpiente ataca de nuevo, él resbala de su posición.

—¡Cody! —alargan sus pequeñas manos buscando rescatarlo.

Diego se mueve aprisa del trayecto de la serpiente y ésta sale volando sin encontrar rama en cual caer. Se precipita, lo mismo que Cody y aun en su vuelo, busca atrapar al duende para devorarlo, pero Diego lo sujeta antes sin que pueda lograrlo. El joven recupera el equilibrio, plantándose de nuevo en el fuerte brazo.

—¡Cody!

—¡Me iba a tragar! ¡Me iba a tragar!

—Tranquilo, no pasó.

—¡Wow! —espeta Diego— Ya tienes una gran historia para contar a tus nietos.

—Es cierto, Cody —ríen todos, pero el muchacho continúa asustado.

Capítulo 85

Hacia el otro extremo, demasiado lejos de ellos, Héctor y sus hermanos salen también hacia la fuerte corriente del río. Ellos han rodeado la no muy lejana aldea y ven que deambulan cerca algunos meccanos de estatura normal.

—Allá hay un puente —señala Ángel.

—Y también guardias —apunta a su vez Pedro y ven a los mercenarios que se pasean por la plataforma de piedra.

—Hay que distraerlos... —comienza Héctor.

No termina porque son sorprendidos por un meccano XL. Atrapa primero a Héctor y después a Pedro. Ángel huye montado en Cúprico, que corre directamente al puente. Los hombres en él pretenden bloquearlo, pero el mastín los esquiva con gracia, impulsado por los ánimos de Ángel. Atraviesan el puente y se pierden entre los tupidos arbustos.

—¡Suéltame! —forcejean Héctor y Pedro, colgando de las grandes manos del hombre de metal.

Los llevan al salón principal, donde Estefano aguarda indiferente ante su mesa de trabajo.

—Creí que eran tres —se quita sus espejuelos para verlos mejor.

—El más pequeño huyó con uno de los mastines.

—¡Hum! Debe tratarse del Dg4. Nunca ha obedecido órdenes. Sólo juega. Ya aparecerá.

Se acerca con aire escrutador a los niños para mirarlos con mayor detenimiento.

—Tú te pareces mucho a tu madre —le dice a Héctor y toca sus cabellos claros y ensortijados como los de Lara.

Luego ve a Pedro que no deja de pelear por liberarse.

—Tú también —asegura—, pero en lo combativo y terco.

—¿Y tú eres Estefano?

—Así es.

—¡Dónde está papá! ¡Qué le has hecho, miserable!

—Él está encerrado en uno de mis tantos calabozos. Sin rasguño alguno puesto que no me interesa lastimarlo físicamente.

—Déjanos ir con él. Queremos verlo.

—Imposible, eh... ¿cuál es tu nombre?

—Soy Héctor.

—No verán a su padre ni él los verá a ustedes hasta que la fase cumbre se efectúe con éxito.

—¿Y eso cuándo será?

—¡Hum! Aún no lo decido. La próxima semana. Dentro de quince días. Tal vez el mes entrante... o nunca.

—¿Nunca?

—¡No puedes hacer eso, cobarde!

—¿Nos tendrá prisioneros por siempre?

—Entonces sí que sufrirá tu padre, ¿no crees? Sin saber de ustedes y ustedes de él. Teniéndolo en la celda de al lado, sin imaginarlo. En la angustia total.

—Es usted una mala persona.

—Bueno... algún rol debo representar en ésta miserable vida, ¿no creen?

—Tenemos amigos que nos buscan...

Capítulo 86

Pedro no termina de hablar cuando el salón se llena de voces y caminar de muchos hombres.

—¡Quítame de encima tus sucias manos! —espetea Adriana riendo con Rascón.

—Cayeron, ¿eh? —sonríe el hombre al ver a los niños.

—Y ésta joven, ¿quién es?

—Soy Adriana —no deja de pelear—. Hija de Orlando y de Emilia, reyes de Imperialia.

Héctor y Pedro se miran sorprendidos al escucharla.

—¿Una princesa? —Estefano se muestra indiferente— ¿Qué diantres hace una princesa aquí?

—Estaba con los niños y el traidor de Diego, profesor —explica el capitán—. Por su intromisión es que no llegamos antes con los mocosos y perdimos al Eclipse.

—¿Qué?

—Quedó encallado en las cascadas de plata, con un hoyo de dos metros en el casco.

—¡Meccano XLAifa! Tú y tres más recupérenlo de inmediato.

El hombre mecánico consiente y sale del lugar para cumplir la orden.

—Así que eres una mujercita problemática —va ante la muchacha.

—Indudablemente necesita de mucha disciplina, profesor.

—He tenido la mejor educación en el reino. Soy más que disciplinada en cuanto me propongo. Mi respeto lo tienen todas las personas que se lo merecen. ¿Lo quieres? Quítame éstas cadenas y déjame ir de aquí con Héctor y Pedro. De lo contrario te estarías metiendo en uno de tus más grandes problemas.

—¿Siempre habla tanto?

—Y más, señor. Me parece que le vendría de maravilla uno de sus

trajes de metal.

—Tráiganla —comienza a caminar.

—¡No, déjenla! —Héctor forcejea con rabia.

—¡Suéltenme, cobardes!

Todos sus esfuerzos son inútiles. Rascón disfruta cada momento.

—A la plancha —señala una mesa móvil a la que es atada y queda de pie.

—Para éste momento —retoma la palabra y observa con atención los movimientos del hombre— mi padre debe estar buscándome ya. Si te atreves a tocarme él...

—¡Cállenla! —ordena y Rascón le cubre la boca con su mano sucia.

Estefano se acerca llevando consigo un collar flexible, con algunos cables, tres pequeñas lamparillas de colores y extraños cubos a todo lo largo. Se lo muestra.

—¿Ves esto? —señala los cubos— Son explosivos. Ésta pequeña bocina recibe las vibraciones de tu voz, que a su vez cargan los polos de los cables y enciende una a una las luces. ¿Ves las luces? Si hablas como cacatúa se encenderá la luz verde. No hay problema todavía; pero si insistes se enciende la amarilla. Es una advertencia: "Oye, modera tu forma de hablar o se pondrá crítico". ¿Te atreves a gritar? El rojo es señal de peligro. Emitirá un tenue pitido, pero aún hay tiempo para ti. Preocúpate cuando el rojo comience a pulsar, como el ritmo de tu corazón. Los polos de los cables se están comunicando. Se preparan para la detonación y esa comienza cuando el rojo quede fijo. ¡¡Bum!! Entonces, Adriana la hija de Orlando y Emilia, reyes de Imperalia... no estará más. ¡Entiendes!

Capítulo 87

Ella consiente con un movimiento de cabeza. Luego, Estefano le coloca la gargantilla.

—No más gritos ni protestas. ¡Ah! Y no intentes quitártelo tú misma. Sólo yo sé cuál es el broche indicado para abrirlo.

Se aparta de ella.

—Encierren a los niños en un calabozo y lleven a su alteza al taller de ensamble.

—¡No! —grita y las luces de colores se encienden una tras otra dejando la roja titilante.

—¡Estúpida! —el mismo Estefano le cubre la boca con su mano—
¿Quieres que volemos todos? ¿Hasta tus niños? ¡Lo quieres!

Niega con la cabeza y sus ambarinos ojos muy abiertos.

—Grábate muy bien esto —entierra uno de sus dedos en su sien—. “El silencio es vida”. Repítelo con voz suave. ¡Repítelo!

—El silencio es vida —casi susurra.

—Bien —palmea su mejilla, en una felicitación.

Con un movimiento de su cabeza ordena a Rascón la lleve al sitio indicado. Él regresa con los niños.

—No le hagas daño, por favor —solloza Héctor.

—No es algo que yo quiera, muchacho. Eso depende de cada quien. De su docilidad. ¿Serán dóciles?

—Sí...

—¡Jamás! —aprieta los dientes Pedro.

—Al calabozo.

—¿Y Adriana?

—No la verán más. Como a su madre... como a su padre...

—¡No! ¡No la lastimes, por favor!

—¡Llévenselos!

—¡Por favor!

—¡Deja de suplicar, Héctor! ¡Pelea! ¡Pelea!

—¡¡Ah...!! —forcejean con mayor rabia.

Rasgan sus ropas y escapan de sus captores. Salen corriendo sin sentido.

—Imbéciles. ¡Captúrenlos!

Abrazado al cuello de metal de Cúprico, Ángel se asoma con discreción por uno de los tantos túneles del interior de la montaña. El perro escapa de él para ir por otro corredor.

—No —intenta detenerlo, pero no puede.

Él vuelve a su refugio en el muro de roca. Se asoma de nuevo. Al fondo, un meccano tipo B aparece y el chiquillo retrocede para evitar lo sorprenda. Huye por otro corredor y luego pasa a otro, que le parece el mismo de antes; pero si no topa con el guardia quizás no lo sea. Va y viene hacia allá, hacia acá que ya no sabe a dónde ir. Al oír voces entra por la primera puerta que ve cerca. Se esconde rápidamente pues allí hay gente y otros meccanos. Se oculta tras láminas de color cobre, atisbando discretamente.

—Ya no luces tan valiente, niña —se mofa el capitán Rascón, conduciendo a la joven por el taller.

—Voy admitir que estoy asustada —responde en tono bajo—, pero no acobardada.

—Los tuyos jamás volverán a saber de ti —asegura—. Tu nombre se perderá en la historia.

—Encontraré la manera de escapar.

—Por supuesto. Discútelo con ellos.

La reciben dos meccanos y un hombre con careta y un soplete encendido. Rascón se despide arpegiando los dedos en el aire. Impresionada, Adriana ve el esqueleto de una criada de latón y tuercas.

Capítulo 88

Por encima de las nubes que se acumulan, Yoka sobrevuela la montaña de granito. Ha logrado llegar a ella siguiendo a los enormes meccanos XL que transportaban el barco de Rascón. No sabe nada de los niños. De Adriana, mucho menos de Diego. ¿Por qué ha de pensar en él? Un traidor. Un mentiroso y manipulador de indefensas dragonas... pero, ¿qué pensamientos son esos? De ninguna manera ella es indefensa. Es grande, fuerte, puede volar. Escupe fuego. De ninguna manera es débil y ha llegado el momento de demostrarlo y perder todo el miedo a los hombres. Insignificantes. Como Diego. De nuevo él. ¿Por qué no puede quitárselo de la cabeza? Busca un área donde bajar y esperar la noche.

Héctor y Pedro corren por todo el salón, escapando de los hombres de Rascón y los meccanos. Ninguno logra atraparlos: los esquivan, se les escurren como agua entre los dedos, les dan de puntapiés, golpean sus narices, tal y como Diego le enseñara a Pedro. Desde lo alto de una de sus tantas máquinas, Estefano observa a sus inútiles hombres. Él manipula algunas palancas en su panel de control y por medio de sogas y alambres desciende como una enorme serpiente de tela y bambú, una gran manguera. Luego, oprime un botón y la boca negra comienza aspirar con fuerza. Aquel sonido atrae a Héctor. Es el mismo que escuchara en el campo de lavanda, cuando la extraña nube se tragó a su madre. Siente como es atraído por la ventisca. También Pedro. Ve a su hermano como en trance.

—¡Héctor!

—Eso fue lo que se llevó a mamá.

—¡Despierta!

Pero él no lo atiende. De nuevo está en esa tarde tranquila, mirando confuso a su madre. ¿Cómo puede encauzar sus sueños despierto? Él no puede controlarlo. Todo a su alrededor se transforma. Lo que imagina toma forma y peso. Pero ella insiste que hay una manera. Lo toma de la mano. Caminan un poco. Las finas manos de su madre acarician las flores y su aroma lo conduce a su laboratorio, preparando sus perfumes. Entonces la escucha gritar. Sus dedos se desprenden de los suyos. Todo es tan irreal que está seguro que es otro de sus sueños despierto. Alarga su mano a ella. Ve la nube. Distingue entonces algo extraño. Una estructura. Algunas figuras. Él puede identificarlas, limpia la escena de la nubosidad y ve a Estefano manipulando palancas. Ve a varios hombres pedaleando con fuerzas con manos y piernas para mantener a flote la

nave extraña.

—¡Héctor! —escucha a Pedro.

—Él lo hizo —señala a Estefano—. ¡Él se llevó a mamá!

—¡Ah...! —el chiquillo se desprende del suelo.

Héctor lo sujeta antes de que la máquina pueda succionarlo. Se planta bien en el piso y lo hala con rabia.

—¡Tú te llevaste a mamá, no fue un fenómeno natural!

El inventor apaga la máquina y los niños son capturados sin problema.

—Me descubriste —ríe el hombre—. Chico inteligente.

—¿Ella está aquí?

—¿Tú qué crees?

—¡Ella está aquí, Pedro!

—¿Mamá? ¡Mamá!

—¡Sí! —salta emocionado y ambos se abrazan felices.

—¡Llévanos con ella! —exige el mayor.

—No.

—¡Por qué!

—¡Porque no se me da la gana! La tengo castigada.

—¿Qué?

—¡No se castiga a las mamás!

—¡A la suya sí! ¡Por rechazarme una y otra vez!

—Estás loco.

—¡Llévenselos!

—¡Mamá está viva! —ríen.

Capítulo 89

Trepados unos sobre los hombros del otro, Agus puede ver fuera de la celda. Ve venir por el pasillo a una criada torpe que choca contra las paredes sin poder controlar su cuerpo todavía.

—Esa es nueva —observa el pequeño.

—Tal vez pueda ayudarnos.

—Oye —levanta la voz sólo lo necesario cuando la criada está cerca.

Ella escucha y se detiene de manera abrupta. El cuerpo de latón y tuercas se balancea como la vara metálica de un metrónomo. A través de la redecilla que oculta sus ojos, Adriana ve al duende, asomándose por la ventana.

—Acércate más —invita.

Ella maniobra como le es posible. Choca contra la puerta.

—Eres nueva, ¿verdad? —inquire Agus— Sí, lo eres. No te esfuerces por querer confirmarlo. Sabemos lo que pasa adentro. Si nos ayudas, te ayudamos. ¿De acuerdo? El tipo con las llaves está en el otro pasillo. Es un sujeto feo, con un bigote ridículo que parecen cejas de gorila y una arracada en la oreja izquierda. Las llaves cuelgan de su cinturón. ¿Qué dices?

Ella lo ve, pero no puede consentir de ninguna manera. Se encamina trastabillante hacia el sitio indicado y ve al hombre de peculiar bigote. En el pasillo, sólo ella y él. Respira profundo, empuña las manos metálicas para luego embestirlo con decisión. Pero en lugar de golpearlo a él, da de lleno contra el muro de roca. Toda su estructura se cimbra y oscila hacia todos los puntos cardinales como péndulo encabritado. El sujeto ríe a carcajadas, burlándose de ella. La joven aprieta más los puños y unas flamas enrojecidas estallan en sus ojos. Va contra él y ésta vez sí logra azotarlo contra la pared. El sujeto queda noqueado con el impacto y antes de que quede tendido, la criada logra tomar el manojito de llaves. Vuelve sobre sus ruedas. Sin dejar de girar, golpeando de nuevo contra paredes y cuanto encuentra. Agus sigue en la ventanilla. Adriana le muestra las llaves.

—¡Lo hizo! —grita emocionado y casi al instante cubre su boca con ambas manos.

La luz amarilla se ha encendido a la primera y el rojo amenaza con

hacerlo.

—Lo hizo —susurra a todos.

Ella quiere manipular el llavero, encontrar la correcta y abrir la cerradura, pero se le complica.

—Tranquila —le pide las llaves—. Encontraremos la indicada y luego te guiaremos.

Su estática postura no les dice nada, pero ellos comprenden que acepta.

—¡Oye tú! —un mercenario la ve ante la celda— ¿Qué haces ahí parada como tonta?

Ella en respuesta se abalanza contra él, pero se estrella de nuevo contra el muro.

—¡Ah, ya sé quién eres! —se ríe el hombre y se marcha.

La joven vuelve a la celda entre movimientos erráticos.

—Ésta es —dice Sugar.

—No —Dean antepone la suya—. Es ésta, Agus.

—Probaremos las dos —vuelven a su escalera humana—. Concéntrense y guíenos bien a ésta muchacha.

—Sí —miran el ojo de la cerradura.

Adriana recibe la llave y como lo haría un ciego la desliza por la puerta, aunque nada siente con sus manos cubiertas de metal.

—No —escucha que le dicen.

—No, no...

—Allí, allí...

—Un poco más arriba...

—No es esa.

Nueva llave. Nueva esperanza, el mismo método.

—A la derecha.

—Dile que, a la derecha, Agus.

—Eso hago.

—Tu derecha no es la de ella, Ron.

—¡Ah, sí! Perdón.

—Izquierda.

—Allí está...

La llave entra, el pestillo cede y la puerta se abre.

—¡Ah! —los pequeños no pueden creerlo.

Ella los anima a salir, pero no se atreven. La criada lleva entonces las manos a su cintura.

—Realmente somos libres —suspira Agus.

—Quiero gritar...

—¡Sshh...! —Vito le cubre la boca antes de que lo haga.

Salen con reservas, con timidez; luego, trepan sobre Adriana y le indican hacia dónde ir. Conforme se mueve, corrigen sus errores de manejo de la armadura y controla su desplazamiento por el lugar.

—Debemos volver al taller para abrir ésta lata. Adelante.

—No, hacia la izquierda.

—Adelante, Sugar.

—Agus, sé lo que digo. El taller queda hacia la izquierda.

Capítulo 90

Sin ser vistos, Diego y los otros duendes se han introducido a la montaña de granito.

—¡Wow! —espetan fascinados ante el impresionante tamaño de aquella caverna.

En una plataforma descansa el Eclipse y varios hombres y meccanos trabajan en él, cerrando el boquete del casco; reemplazando el globo averiado. En otra plataforma, otro barco similar, aguarda que el globo sea inflado por completo.

—Por aquí —guía Diego.

—¿Dónde están los nuestros, Mac?

—Algunos, dentro de esos armatostes con forma de humanos.

Tomás ha despertado de su siesta y va y viene por la celda con inquietud. De pronto corre a la puerta, asomándose por la ventanilla, pero no ve a nadie. Sabe que no puede ser pasivo. Revisa la puerta de manera escrutadora; luego, palpa sus bolsillos. Sonríe al sentir algunas herramientas en ellos. Nadie pensó en quitárselas.

Apoyado en el marco abierto de la celda que ocupa Lara, Estefano aguarda. Ella abandona su prisión.

—Hazme el honor —invita un sonriente Estefano.

Escoltados por dos meccanos tipo B, avanzan por un túnel poco iluminado. Ella se muestra confusa ante su inesperada alegría.

—¿Por qué tan feliz? —inquire cediendo a la curiosidad.

—Nada en especial. Rascón me trajo un cuantioso botín.

—¡Ah! Lo material es pasajero, Estefano. La dicha que experimentas en verdad no edifica.

—Sí. Te lo he oído decir tantas veces, pero no me importa. Lo

material, como tú lo llamas, me acerca cada vez más a la victoria.

—Si tan solo te tomaras un momento y reflexionaras verdaderamente...

—No empieces de nuevo con eso, Lara. No quiero hacerlo. No voy hacerlo jamás porque significa mantenerme en la mediocridad.

—No tiene que ser así. Tú y Tomás podrían trabajar juntos...

—¡Jamás! Mucho menos con él que pasaría el tiempo señalando mis errores.

—Te ayudaría a enmendarlos.

—No, Lara. ¡No! Pero si tú...

—Yo contigo, nunca, Estefano.

—Se acabó ésta conversación entonces.

La sujeta con fuerza de un brazo y la obliga a caminar aprisa. La conduce directamente al taller de ensamble. Al oír movimiento, Ángel, que dormía entre faldas de latón, despierta y se oculta dentro de una de las prendas femeninas. Estefano entrega al maestro artesano a Lara y él acerca la estructura de M número uno. Lara no ofrece resistencia alguna. Abre los brazos para que el hombre le ciña el peto y abre la boca para morder el protector bucal en la careta que le impide emitir palabra alguna y así comunicarse con alguien. Estefano sale del lugar, herido por enésima vez con la indiferencia de ella. El que encierra en la armadura a Lara, atrae la base inferior con la falda de cobre, en la que se oculta Ángel. Ha hecho aquello tantas veces, que no presta atención al interior de la estructura, el cual tiene un asiento y unos pedales. Lara se arrellana, colocando los pies en las palancas y así moverse. Cerrada la falda, ella pedalea y deja el taller. Estefano aguarda afuera.

—Te reintegras al servicio hasta nuevo aviso —le dice y la deja para ir a su despacho.

Lara libera un profundo suspiro. Pedalea entonces hacia donde el resto de las criadas trabaja. Dentro de la falda, Ángel observa curioso aquellas piernas. Hay algo atrayente o familiar en ellas. Toma con cuidado un pliegue de la falda para verlas mejor y descubre la cicatriz en la pantorrilla. Como un relámpago recuerda ese día de campo en el arroyo; durante las fiestas de la cosecha. Sus padres participaban en una carrera con los tobillos atados. Estaban a punto de ganar cuando Marlena y Diógenes Tirado los derribaron. Su madre, al caer se enterró en la

pantorrilla un tramo de raíz, causándose esa herida.

—Mamá —espeta y se abraza feliz a sus piernas.

Capítulo 91

Lara se frena asustada, pero reconoce la voz de su hijo. Querría poder gritar, llorar y abrazarlo feliz, pero no puede. Trata de comunicarse con él golpeando su falda.

—¿Me escuchas, mami? —inquire y ella toca la falda una vez.

Ángel se abraza más a ella.

—¿No puedes hablar? —interroga de nuevo y dos golpes le dicen que no—. Te he extrañado tanto...

Lara no sabe qué hacer. Se le derraman los ojos de lágrimas, pero casi de inmediato las controla y no deja salir más. Continúa su trayecto con normalidad. Luego, en un corredor se topa con Adriana y los duendes. Estos lanzan gritos apagados sintiéndose descubiertos, pero ella les hace seña de silencio.

—¿Quién está ahí? —inquire Ángel.

—Hay alguien aquí adentro que puede hablar —saltan los pequeños y examinan la falda.

Mientras ellos se comunican con el niño, las dos criadas se miran fijamente. No advierten sus ojos tras la rejilla, pero se reconocen como mujeres. Tocan sus mejillas, sus hombros animándose mutuamente.

—Es un niño y dice que se llama Ángel —comunica Agus.

Adriana reacciona ante el nombre. Con señas, hace entender a todos que lo conoce. Lara igual, se identifica como su madre.

—Oye, pequeño, la mujer que está dentro de este cacharro, ¿es tu madre? —inquire Ron.

—Sí —acepta— y la quiero mucho.

—Claro que sí. Y ella a ti de seguro.

—Hay que ir al taller para desensamblarlas.

—Te dije que era hacia adelante.

—Me equivoqué.

—Y qué bueno, ¿no?

—¡Vamos!

Lara los contiene. Ella conoce mejor el lugar que nadie. Ella los guía. Rumbo al sitio son sorprendidos por algunos hombres de Rascón. Al ver a los duendes dan la voz de alarma. Estos saltan de Adriana y se dispersan asustados. Las mujeres huyen. Cuando los hombres entran al mismo sitio que ellas, se encuentran con un centenar de criadas. Ocupadas en diversas actividades; preparando comida para todos. Regresan sobre sus pasos y se encuentran con el resto de sus compañeros. Tampoco encontraron a los duendes.

—¿Quién informará al profesor?

Capítulo 92

Mientras avanzan, Diego se da cuenta que hay túneles nuevos que no conoce. Eso lo desorienta y duda hacia dónde ir.

—¿Algún problema, muchacho? —Mac nota su inquietud.

—No. Todo está bien.

—Recuerda que estás en proceso de maduración. No des pasos atrás. No te tragues nada ni finjas que todo es perfecto.

—Sí —apoya Cody—. Desembucha, Diego.

—Bueno... creo que me siento perdido. Hay túneles nuevos y no tengo idea a dónde llevan.

—iHum!

—Estamos perdidos.

—Tranquilos todos —Mac serena—. El muchacho sólo no conoce los nuevos túneles. Llévanos por los que sí recuerdas.

—Claro, pero...

—No sabes cuál es cuál, ¿verdad? —interviene Dom y Diego niega con la cabeza.

—Antes eran tres y hoy son cinco...

—Concéntrate —pide el mayor de todos—. Trata de recordar algún detalle de aquéllos que recorriste en el pasado.

—Un detalle —cierra los ojos—. ¡Sí! Había un hueco. Un... hueco valiosísimo ahora que recuerdo.

Se encamina a uno y otro túnel, revisando sus paredes. Los duendes lo siguen curiosos y alerta de su entorno.

—¡No es posible! —el rostro se le ilumina como el sol al dar con el hueco ansiado.

Palpa lo que hay dentro: dos piedras con forma específica, de buen tamaño y mayor costo. Saca la mano sin llevar nada en ella.

—Éste es, así que podemos entrar por aquí.

Más adelante se orienta mejor. Señala con qué van a encontrarse: cocinas, lavanderías, talleres.

—¿Y los calabozos? —interviene Mac.

—Esos están por éste túnel oscuro. Pero nunca fui por allí. Ni idea lo que podríamos encontrar.

—Si no nos movemos jamás vamos a saberlo —dice Mac.

De nuevo nota indecisión y temor de parte de los suyos.

—Suban a mí —invita el joven—. Si hay que salir de prisa, no dejaré a ni uno atrás.

—Bien pensado —sonríe el viejo duende.

Todos se posicionan en una parte de su cuerpo, sujetándose con firmeza. Se adentran en el túnel. Débiles luces iluminan tramos cada dos metros. Al oír ruido, Diego se pega al muro oscuro, ocultándose de ojos cualesquiera. Ven el ir y venir de hombres y meccanos. Llevan prisioneros: personas de estatura normal, jaulas con duendes.

—¿A dónde los llevan? —inquire Orly.

—Quizás a encerrarlos en un armatoste de metal —imagina Mac.

Avanzan y van tras ellos con precaución. Confirman que es como Mac dice. Cada prisionero entra en los armazones y el metal cobra vida, yendo a trabajar donde se le ordena.

—¿Cómo ayudarlos?

—Creo que es momento de cambio de turno —sonríe Diego.

Capítulo 93

Lara guía aprisa a Adriana rumbo al taller de ensamble. Vito y Agus las ven pasar. Saltan, logrando asirse a la falda de la princesa. Escalan con pericia por el fino talle hasta subir a sus hombros. Las dos criadas de latón irrumpen en el taller, atrayendo la atención del maestro artesano. Las mira, confuso después de consultar su reloj en la pared: un cuarto para las cinco.

—¿Qué hacen aquí ustedes? Aún les faltan dos horas de trabajo.

Adriana se mueve errática, obligando al hombre mirarla. Lara logra asir la horma de un brazo y golpea al sujeto con fuerza con él. Cuando cae, los duendes saltan a su lado y toman las llaves para abrir los armazones.

—¡Mamá! —se enredan en un abrazo.

—¡Oh, mi niño bello! —Lara solloza.

—Sabía que volvería a verte. ¡Lo sabía, mami!

—Yo igual, amor.

—¡Ah...! —suspira Adriana libre de la armadura.

—¿Y ahora qué? —inquieta Agus.

—Ustedes huyan —anima Lara—. Yo tendré que volver a mi chatarra para que Estefano no sospeche...

—No, mami...

—Sólo un poco más, cariño.

—Pero...

—Creo que no es mala idea —sonríe la joven.

—¿Qué piensa, alteza?

—¿Alteza?

Los caballos del príncipe Honorio y sus hombres se encabritan al topar en su camino con algunos meccanos tipo B. Sacan sus espadas y

desmontan para pelear. Los caballos huyen asustados. Los hombres de metal no se mueven de su sitio. De entre los árboles, llega un trío de XL. Ante su gran altura, los soldados sueltan la espada y salen corriendo asustados. Honorio el primero.

Desde su balcón rocoso, Estefano mira complacido la caída de la tarde. Piensa que su territorio es vasto y que muy pronto lo extenderá aún más.

—¿Profesor? —Rascón lo llama a sus espaldas.

—¿Qué quieres?

—Hay más invasores.

—¿Qué?

Sale apresurado al salón y los mercenarios arrojan a sus pies a Honorio y sus guardias.

—Identifíquense —ordena.

—Identifícate tú que osas tratarme de ésta manera, a un príncipe como yo.

—¿Ahora un príncipe? ¿Lo conoces, Rascón?

—No, señor. Pero por sus blasones son del reino del Gran Mediterráneo. Es una monarquía en decadencia.

—¡Eso no es cierto! Pasamos por leves problemas económicos y nada más.

—¿Qué hacen aquí?

—He venido a rescatar a mi prometida, la princesa Adriana.

—Así que tu prometida, ¿eh? Supongo que a ella le dará mucho gusto verte. ¿No es así, Rascón?

—Sin duda alguna, profesor —ríe.

Honorio ladea un poco su cabeza, sin comprender del todo el diálogo entre ambos.

Capítulo 94

El guardia introduce su llave en la cerradura y cuando empuja la puerta para abrirla, ésta cae de lleno sobre el piso, levantando una ligera nube de polvo. La criada, que está tras de él, con una charola de alimentos, la deja caer; impresionada: Tomás ha escapado. El hombre se lleva un silbato a la boca, sonándolo con desesperación, mientras corre por los pasillos. Los guardias con los que se encuentra, a su vez suenan también sus silbatos y hay un escándalo de pitidos por todos los niveles de la montaña de granito.

Estefano deja el taller de ensamble como burel escapado de su encierro. Con paso rápido, firme va directamente al área de criadas. Descubre a Lara, llenando ollas con sopa y va por ella. La toma de su mano, arrastrándola consigo. No le importa tropezar con hombres y meccanos que van y vienen por los pasillos, perturbados por el alboroto. Él los hace a un lado como fáciles obstáculos. La lanza dentro de su habitación, taller y despacho. Cierra la puerta con llave tras de él.

—He cometido el mismo error —dice—. No sé por qué tiendo a menospreciar a mis enemigos cuando los tengo en mis manos. No debí encerrarlo simplemente. También tuve que haberlo llenado de cadenas, con grilletes y amarrar a su cuello un doble collar. Pero igual que antes, tu marido me pareció poca cosa. Rival insignificante.

Ve cómo ella se endereza y parece encararlo.

—Sí —acepta—. Tomás está aquí. Era mi prisionero y ahora ha escapado. Pero eso no es todo. También tengo en mi poder a tus hijos, Lara.

Ella lo persigue por la pieza, exigiendo verlos, saber de ellos.

—Envié a Rascón a sacarlos del calabozo donde los tenía y que los llevara a otro sitio.

Lara lo ataca de nuevo, buscando golpearlo. Estefano contiene su frenesí.

—Tú tienes la solución, Lara. Promete quedarte a mi lado para siempre y convertirte en mi esposa. Entonces te permitiré abandonar ese cascarón y poder abrazarlos, besarlos y hablarles.

Ella se contiene. Lo rechaza. Va a un rincón oscuro, pero aun así logra escuchar sus sollozos.

—Perdóname, Lara —busca acercarse con la intención de consolarla, pero se frena.

Han tocado a su puerta. Va a ella.

—¿Quién es? —inquire.

—Capitán Rascón, profesor.

—¿Hiciste lo que te ordené?

—Está hecho, señor.

—Bien. Ahora encuentra a Tomás y tráelo ante mí.

—Sí.

Se pega a la puerta para escucharlo partir, pero no oye nada. Lara sigue en el mismo rincón, sin sollozar más. El hombre enciende un par de bombillas. La tarde termina de irse y llega la noche.

—Ansías volver a verlo, ¿no? —dice con cierto aire amargo— Tal vez reunidos los tres tengamos mayor éxito en éste pacto. Les daré la oportunidad de consensarlo y decidir lo mejor para sus hijos... para su libertad.

Con agrado, Yoka se despereza del sitio en el que ha descansado toda la tarde. Se pone de pie para observar la montaña de granito. Advierte algunas luces con demasiado movimiento por fuera, como si buscaran algo. Se estira un poco más antes de lanzarse por el risco y sobrevolar la zona. Sus ojos anaranjados no advierten a nadie conocido o que necesite su ayuda. Se eleva un poco más y luego baja a las partes en las que ve luces. Descubre que son ventanales, balcones y un amplio vitral en el que aprecia algo de movimiento: un hombre y una mujer que no identifica. Sigue explorando, en busca de entradas amplias para ella.

Capítulo 95

Echado sobre un puñado de trapos viejos, Pirata ve con indiferencia todo el ajetreo a su alrededor. Frente a él pasa un muy precavido Tomás, que se oculta de inmediato en una cercana pieza ante la vista de mercenarios. Luego, sale de nuevo y sigue, llevando ahora en la cabeza el sombrero de alguien más. Su cambio no es muy significativo. Pirata bosteza y se vuelve de espaldas para continuar su larga siesta. Se espabila un poco al reconocer la voz de su amo dando órdenes a sus hombres. Lleva en la mano su pistola de pedernal y en la otra la espada. Su ojo amarillo lo sigue sin entusiasmo hasta que se pierde por el pasillo. Restriega una de sus patas contra su rostro y en la maniobra deja uno de sus filosos colmillos a la vista. Descubre entonces el paso de Ángel con el resto de duendes que huyeran gracias a Adriana. Se levanta de inmediato y no duda atacar.

—¡Fuera! —Ángel lo encara pues lo sabe enemigo.

Pirata se envalentona advirtiendo miedo en los pequeños, pero Ángel los defiende con valentía y eso impulsa a los duendes a enfrentarlo también. Ron trepa en el niño y se lanza contra el gato, para caer en su lomo y buscar domarlo. Se sujeta firmemente a su pelo, mientras el gato salta y chilla ante el pellizco y los constantes golpes de los talones. Los duendes felicitan entre aspavientos a su compañero, ya que no pueden gritar a todo pulmón. Cuando Dean se atreve a jalar sus bigotes, Pirata sale huyendo, entre gruñidos.

—Bien —reciben a sus compañeros.

Oyen pasos cerca. Se adentran a otro pasillo, alejándose de ellos lo más posible.

Rascón y los suyos topan de lleno con Diego y los duendes, que han sido apresado por meccanos tipo B.

—¡Vaya, vaya! —espeta el capitán— Parece que ésta será una noche larga para todos. ¿Qué haces aquí, estúpido?

—Encontrarme con mi maestro —sonríe.

Quienes los rodean, incluyendo a los duendes, ríen con ganas.

—¡Cállense, idiotas! —ordena molesto. Luego, va más cerca del joven, tomándolo de sus ropas— Ésta vez no habrá, concesiones ni bono de

regalo que te salve. Te colgaré del gancho más cercano...

—¡Ejem, capitán! —lo distrae Torcuato— El profesor le dio una orden específica.

—Tienes razón. ¡Encierren al timador y cárguenlo de cadenas!

Los meccanos continúan su paso, mientras Rascón sigue el suyo. Diego y compañía sonríen complacidos.

Capítulo 96

Sin dejar de chocar contra paredes y quienes se encuentra, Adriana revolotea confusa, pero sin detenerse. Nota que hay un túnel vacío, que a nadie parece importarle. Con decisión se encamina a él, perdiéndose en su oscuridad. Por su parte, Tomás entra por una puerta de aspecto viejo y oxidado. Una débil luz ilumina un trío de escalones. Mira a ambos lados: sombras es lo único que ve. En el muro hay un botón que no duda en oprimir y simultáneamente se encienden unos grandes bombillos que iluminan aquella sala llena de innumerables tesoros: arcones de todos los tamaños, derramándose de monedas de oro, plata, bronce. Piezas de oro, jarrones, esculturas, platos, tazas, cubiertos bruñidos, relampagueantes. Tomás mira asombrado tanta riqueza. Sabe que Estefano no pudo ganarlo con su trabajo en todos esos años desaparecido. Sabe que hasta la más pequeña de las monedas que hay ahí, es robada. Siente coraje y a la vez vergüenza. Oprime de nuevo el botón, apagando las luces y sale del lugar. Mientras avanza con precaución por aquel corredor, no advierte que una criada lo ha visto y va tras él sin mucha prisa. Si él se detiene, ella también lo hace. El hombre cree sentir que alguien lo acecha de alguna manera, pero sabe que lo atraparían de inmediato, así que atribuye sus sensaciones a sus nervios. No deja de avanzar. Escucha al fondo una voz acalorada y él se adosa todo lo posible al muro de roca, donde hay más oscuridad y reza para que no entren por aquel recoveco. Al fondo, ve pasar a Rascón con su gente, sin siquiera mirar hacia él. Vuelve a respirar. Luego, decide mejor regresar sobre sus huellas y choca de frente contra aquella criada. Ésta lo sorprende y le cubre la boca antes de que siquiera piense gritar. Luego, colocando un dedo sobre sus labios sellados, le indica silencio. Él consiente con un movimiento de cabeza. Ella lo libera, lo toma de la mano y yendo por delante continúan caminando. Tomás mira atrás. La mira a ella. ¿Qué clase de persona manejará aquel tipo de meccano? ¿Serán duendes o alguien como él?

—¿A dónde me llevas? —inquire entre susurros.

Ella le ordena callar en un brusco ademán y con el brazo lo repliega contra la pared. Sale al pasillo por el que se acerca uno de los mercenarios. Pasa frente a ella sin mirarla. Lo sigue, golpeándolo fuerte con sus manos entrelazadas.

—¿Por qué hiciste eso? —el hombre la mira confuso.

La criada le indica con señas qué hacer. Cambiar sus ropas por las del sujeto; luego, viste con las suyas al otro y lo dejan en el corredor oscuro.

—Gracias por ayudarme —sonríe, palmeando la mano de metal.

Ella lo mira fijo mientras lo hace.

—Perdón —se disculpa, dejándola.

La criada posa su mano en su hombro y luego desliza los dedos fríos por la mejilla, la barba, el cabello largo.

—¿Quién eres? —inquire Tomás extrañamente atraído.

La escalera por la que bajan Ángel y los duendes no parece tener fin. El chiquillo pregunta constantemente si están al llegar o no.

—¿Falta mucho todavía?

—Ya casi, pequeño.

—Creo que hemos bajado por mil escalones.

—¿Mil? —suspira Sugar— A mí me parecen tres mil. ¡Uf!

Al fin tocan piso y se levantan muchas voces pidiendo los liberen. Los duendes se acercan y en las diferentes jaulas y celdas, no ven a los compañeros de su suerte ni a sus hermanos de raza, sino a los guardias que los vigilaban. Todos se miran confusos.

—¿Qué pasaría? —inquire Sugar.

Ron levanta los hombros en respuesta. Por su parte, Dean va a las celdas para mofarse de los prisioneros.

—No tenemos nada qué hacer aquí —dice el niño.

Cuando todos se aprestan a volver, se encuentran con Pirata que los ha seguido sin que lo advirtieran. Emite un gruñido nada amistoso y les muestra sus filosas garras y colmillos.

—¡Ay! —los pequeños se refugian tras Ángel.

—Yo no te tengo miedo, gato tuerto.

Pirata gruñe amenazador. Se prepara para embestir, pero unos puntos brillantes, de color rojo en la oscuridad, lo amedrentan. Cuando el mar de ratas se desborda tras de él, huye henchido de miedo.

—¡Ay! —gritan los duendes al ser transportados sobre alfombras de

ratas.

—¡Son mis amigas! —ríe Ángel saludándolas.

Suben la escalera en corto tiempo. Pirata corre despavorido siendo perseguido por un millar de roedores, las cuales convocan a todas las que se ocultan en la montaña de granito.

Capítulo 97

Lara continúa en su rincón y Estefano se ha sentado al borde de su escritorio. Un haz de la luna se filtra por uno de los recuadros del vitral y baña la figura metálica de la criada. El hombre la mira y puede verla como en los años anteriores, cuando Tomás no existía para ninguno de los dos.

—Siempre fui demasiado tímido contigo —recuerda—. Es que eras tan alegre, tana activa, que toda esa explosión tuya me cohibía. Me obligaba a encerrarme cada vez más en mí mismo, en lugar de acercarme a ti. Nunca lo he entendido, ¿sabes? Me mirabas y el corazón en mi pecho se encabritaba. No podía controlarlo. Entonces... debía huir, temeroso de cometer una estupidez ante ti.

Hace una pausa para mirarla de nuevo. Ella se ha relajado y da muestras de escuchar con atención.

—Debí escribirte miles de notas cursis, pero todas las quemaba apenas terminarlas. Estaba seguro que te reirías y sólo pensarlo me lastimaba.

Ve que en sus ojos se encienden unas delicadas flamas azules.

—¿Me muestras empatía después de tantos años?

Ella se endereza. Luego, avanza tímidamente hacia él. Estefano no se mueve. No quiere asustarla y que entonces se arrepienta de mostrar tales sentimientos.

—Sólo quería una oportunidad, Lara —dice con extrema suavidad—. Una sola y...

Un estruendo de cristales rotos, opacan sus palabras. El vitral estalla en mil pedazos, bajo la acción de las fuertes garras de Yoka que lo atraviesa con facilidad. Estefano lanza a Lara contra la pared y él corre hacia la puerta. La dragona queda encima del escritorio, rugiendo amenazante.

—Exijo la liberación de todos mis amigos! —grita.

—¡Yoka! —escucha que la llaman.

Mira a un costado y ve a Adriana, levantándose con toda la armadura desensamblada.

—¡Adriana! —sonríe, tendiéndole sus brazos.

—Maldición —espetea Estefano dándose cuenta que lo han engañado.

Sale de inmediato, dejando a las dos amigas abrazándose y preguntándose mutuamente si están bien.

—¿Y los niños?

—Pedro y Héctor no sé. Ángel bajó a los calabozos, junto con algunos duendes para liberar prisioneros.

—¿Y ése quién es...?

Cuando miran sólo ven la puerta abierta de par en par. La princesa la monta y salen por el destruido vitral.

La noche no deja de avanzar. Tomás y la criada, se mezclan con la turba que se ha formado debido a la multitud de ratas que salen por doquier. Pirata salta a la cabeza de Rascón al verlo y se afianza a él con todas sus garras. El hombre lucha por quitárselo de encima. Las filosas uñas lo lastiman. Tropezaba con sus hombres y cae al suelo. El gato chilla espantado, huyendo, mientras las ratas, que llevan consigo a Ángel y compañía pasan por encima de él. Cientos de roedores lo atropellan, orinan y defecan sobre su persona. Sus hombres sienten asco solo de verlo.

—¿Acaso no vieron al niño y esos duendes? —exclama.

—Sí, capitán.

—¡Y por qué no los atrapan, imbéciles!

—Las ratas...

—¡Las ratas! ¡Estúpidos! ¡Vayan por el niño!

—Sí, sí...

—¡Torcuato!

—Sí, capitán.

—Acompáñame a una habitación para cambiarme.

—Eh... creo necesita más que un cambio, capitán.

Capítulo 98

A su paso, el río de ratas se encuentra con Cúprico. El perro de metal no duda en montarlas y dar un paseo por encima de ellas. Saluda a Ángel y cuando ve a Pirata, salta para perseguirlo. El gato se espanta aún más. Sube de nivel. La bulla que hace el animal atrae a Diego.

—¿Qué sucede? —dice Mac ayudando a abrir meccanos para liberar a sus ocupantes.

—No sé —decide bajar.

Viéndose libres, los hombres dentro de los meccanos, salen de ahí corriendo; con lágrimas en los ojos y una idea fija en sus cabezas.

—¡Gracias por su ayuda! —los despide Cody.

—¿Ahora qué, Mac? —va a su lado Dom.

Miran la amplia sala en la que se encuentran: la armería.

—Busquen con qué defenderse.

—Sí.

Desde una terraza abierta, sin balastrada alguna, Diego reconoce a Yoka. Sale para llamarla con su característico silbido. Aunque duda, la dragona acude a él. El joven tiene un vuelco en todo su interior al ver a Adriana desmontarla. Le sonrío con aire tímido. Ella intenta ser indiferente.

—Yoka...

—¿Cómo te atreves a llamarme después de lo que hiciste?

—Sí. Lo siento. Te vi y... no pensé.

—¡Já! —se mofa Adriana— Típico en los hombres.

—¿Qué cosa? —frunce el ceño.

—No pensar, por supuesto.

—Tienes toda la razón. Tú, Yoka, todos. Actué... no sé siquiera por qué actué así, pero estoy más que arrepentido de haberlo hecho.

—Lo dudo.

—Y estás en todo tu derecho. Lamento la pena, la decepción que te provoqué. Ni siquiera puedo imaginarlo, pero cuando vi tus ojos llenos de lágrimas... para mí fue como recibir puñales de fuego directo a mi pecho.

Yoka se ha abstenido de decir nada. Sólo los ve. Él buscando el perdón, ella resistiéndose a escuchar y darlo. Recuerda entonces esa escena perdida en su memoria. De sus primeros recuerdos en algunos de sus vuelos solitarios. Descansaba en la alta torre de una iglesia y de pronto llama su atención esa pareja. Ella sale de la casa bañada en lágrimas y él la alcanza casi al momento, suplicando perdón. Le enterneció tanto. Durante días su pecho sólo dejaba escapar profundos suspiros. Y allí estaban Diego y Adriana: uno buscando justificarse y la otra queriendo ser sorda a sus palabras.

—Pero no hiciste nada, Diego.

—Y me lo reprocharé mientras tenga vida. Juro que no era mi intención lastimarte, pero... ino sé por qué lo hice!

—Tenías miedo —interviene Yoka.

—¿Qué?

—Ahora lo entiendo. Tuviste miedo.

—¡Claro que no...!

—¡Sí, Diego! Afróntalo.

—Jamás he tenido miedo, Yoka. ¿Por qué...?

—Te enamoraste de Adriana.

—¿Qué? —la joven lo mira de frente.

Si la luz del día brillara, ambas verían el rostro encendido de él.

—Eh...

—¡Acéptalo! Te enamoraste. Tuviste fantasías con ella... iformando una familia!

—¡Ah...!

—Y eso te dio pavor.

—¡Vaya imaginación la tuya! Cállate, ¿quieres?

—Esa es la verdad. Ahora comprendo tus negativas cuando hablaba de nosotros como familia. ¿Sabes que Diego perdió la suya en un ataque?

—No tenía idea —la princesa deja caer los brazos a un lado.

—¡Cállate de una vez! —conmina.

—Cállame si puedes —aletea y se despega del suelo para que él no lo intente—. No te gustó lo que empezaste a sentir por ella y por eso la entregaste junto con los niños.

—¡Yoka...!

—Te gustaba estar juntos. Todos. Pero tu pérdida te orilló a traicionarnos.

Capítulo 99

Él no dice nada. No puede hacerlo. Mira a Adriana y baja la cabeza, avergonzado: hay lágrimas mojando su rostro. La joven no sabe qué decir. Ve la riada de ratas que persigue a Pirata y cubre su boca para evitar gritar. El gato se encuentra atrapado al borde del precipicio. Los roedores lo obligan a retroceder. Él maúlla angustiado. Diego toma por el talle a Adriana, llevándola a lugar seguro en la terraza. Las ratas saltan sobre Pirata, éste las repele a zarpazos, pero no puede contra tantas. Pronto lo cubren por completo y caen al vacío, seguidas del incalculable ejército. En el piso quedan Ángel, los duendes y Cúprico.

—¡E, muchacho! —desciende Yoka al verlo— ¿Dónde te habías metido?

Al verla, el perro enloquece. Va a ella, saltando como loco a su alrededor. Se tira en el suelo, sacudiéndose con tal fuerza que las piezas de su armadura comienzan a soltarse y salir volando. Queda al descubierto un rubio pelo, que deja ver las formas de un cachorro de labrador. Las placas de metal siguen cayendo y volando. Por último, se zafan las piezas de la cabeza y el perro queda totalmente a la vista.

—Pero, mírate —ríe Yoka—. Si eres hermoso.

Cúprico se lanza de nuevo sobre ella, lengüeteándola. Luego, comienza a ladrar.

—¡No! —espetea Diego sabiendo lo que sucede con el collar a su cuello— ¡Que no ladre, Yoka!

Es tarde, Cúprico se deshace en ladridos y las pequeñas luces se encienden una tras otra instantáneamente. Luego, el rojo comienza a titilar, emitiendo un pitido. El joven ve a Adriana. La besa inesperadamente y luego corre hacia el perro, tomándolo en sus brazos para saltar por la terraza.

—¡Diego! —Yoka salta a su vez tras él.

Logra sujetarlo por los hombros. Sube con ambos, al tiempo que el pitido es como una línea muerta y el rojo está fijo.

—¡Suéltanos, Yoka! —pide.

—Jamás —solloza.

—Lo siento —mira hacia la princesa.

Abraza con fuerza a Cúprico y cierra los ojos. Igual Yoka. Cuantos están ahí no saben qué hacer. Han quedado como petrificados en sus lugares. Adriana cierra también sus ojos, volviendo el rostro hacia la pared. Los duendes permanecen boquiabiertos, incrédulos ante lo inminente. Esperan la explosión. Pero no ocurre. Sólo hay un inofensivo ipuf! Yoka abre los ojos y los deja con cuidado en la terraza. Diego continúa en su misma posición, con Cúprico aferrado a su pecho. Éste, lame su rostro.

—¿No volamos? —abre un ojo, confuso.

—Parece que no, muchacho —sonríe Mac.

—¡No volamos! —ríe— ¿Por qué? ¿Qué pasó?

Nadie tiene respuesta. Miran a Adriana. Ella retrocede, llevando sus manos al cuello.

Capítulo 100

Mientras dan guantazos sin ton ni son y buscan despojarse de la armadura, Honorio y sus hombres tropiezan entre sí, sin poder comunicarse. El príncipe gime, llora, da manotazos y patalea exigiendo lo liberen. Sus hombres están hartos de él y aprovechan una oleada de gente y meccanos para mezclarse con ellos y alejarse de él.

La criada se oculta con Tomás en uno de los tantos cuartos para enseres domésticos y guardan silencio hasta que quienes los buscan pasan de largo.

—¿No puedes decirme quién eres? —la curiosidad se le desborda por cada poro.

Ella lo mira a través de la redecilla en sus ojos. Luego, lleva las metálicas manos a la careta que le cubre el rostro, bota un gancho en ella y descubre su cara. Los ojos de Tomás se anegan de lágrimas en un momento. Lara también llora.

—¡Hola! —le dice.

—¡Ah! —la abraza liberando el llanto.

—Tranquilo —también lo abraza—. Estoy bien. Estoy aquí, contigo.

—He vivido lleno de incertidumbre todo este tiempo —acaricia sus mejillas—. Imaginando y no queriendo hacerlo...

—Lo sé —ella lo besa—. He estado en la misma zozobra. Estefano...

—Ese miserable —su gesto endurece.

—Es el perfecto calificativo para él y me parece que es suficiente.

—¡Te arrancó de nuestro lado!

—Pero estamos juntos de nuevo y es lo único que importa.

—No voy a perdonarlo, Lara. No por esto.

—Tomás —le acaricia el cabello, arregla sus anteojos—. Él tiene suficiente ya siendo quien es.

—Pero...

—Podría ser diferente, pero no quiere. Está aferrado a su capricho y es su infelicidad, porque no puede obligarme a amarlo. Te amo a ti.

—Lara —la besa.

—A mis hijos —también lo besa—. A nadie más.

—¡Los niños! Hay que encontrarlos.

La toma de la mano después de asomarse y ver que no hay nadie a la vista. La lleva tras de sí, protegiéndola, pero luego regresa cuando ve a Rascón y sus hombres.

—Abrázate a mí —indica ella.

—¿Qué?

—¡Hazlo ya!

Obedece. Lara pedalea con fuerza y para cuando Rascón llega al punto, ellos han desaparecido.

—¿Seguros que era el inventor?

—Sí, capitán. Y con una criada muy bonita.

—¿Bonita?

—No llevaba esa fría máscara de siempre.

—¡Hum! ¡Búsquenlos!

Capítulo 101

Con incredulidad rabiosa, Estefano ve cómo todos sus prisioneros escapan. De sus ropas saca una pistola de pedernal y recorre toda la montaña en busca de Lara. Se encuentra con la pareja en un túnel. Tomás escuda a su esposa cuando el profesor lo amenaza con el arma.

—Ven aquí, Lara —le ordena tendiéndole la otra mano.

—Ella no irá contigo a ninguna parte.

—¿Lara? Tengo a los niños conmigo.

—No —ella se angustia.

—Si no vienes aquí ahora, no volverás a verlos.

—Déjame ir con él, Tomás.

—No.

—Te lo ruego por los niños.

—¿Cómo saber si realmente los tiene?

—Son buenos chicos —se acerca lentamente— muy parecidos a ti, Lara. Héctor. Pedro...

—¿Dónde están, cobarde? —encara Tomás.

—Sólo se lo diré a Lara. Si viene conmigo.

—No —la detiene cuando avanza a él.

—Vamos a estar bien —se suelta de su mano— y en menos que lo imaginas estaremos juntos.

—¡Ven aquí! —Estefano la sujeta y la hala hacia él.

Mantiene a Tomás en su lugar, llevando el cañón del arma al cuello de ella.

—No quiero volver a verte —conmina Estefano—. ¡Lárgate de mí montaña!

—Vete, Tomás. Por favor.

Él consiente y se pierde por unos de los túneles. Estefano la arrastra consigo. Cuando los pasos y el forcejeo se apagan, Tomás se asoma discretamente y luego los sigue con suma precaución.

Capítulo 102

Vito y Agus liberan al resto de sus compañeros. Luego, de vuelta a reunirse con los suyos descubren a Estefano llevado por la fuerza a Lara. Ambos se encierran de nuevo en la criada de metal y van tras ellos con decisión. Agus pedalea con fuerza y golpean a Estefano, a Lara de tal manera, que su coraza y la de la mujer se abren por completo. Todos quedan tendidos. Agus está atolondrado por el fuerte golpe, pero Vito no. Él mira con determinación a Estefano, quien intenta alcanzar su pistola. Corre hacia él.

—¿Qué haces? —Agus tiene un mal presentimiento.

Vito trepa con agilidad por el cuerpo del profesor, alcanza su pecho, aferrándose al cuello de su chaqueta con firmeza. Luego, toma todo el aire que le es posible y grita a todo pulmón contra el barbado rostro.

—iiAahh...!!

—No, Vito...

—iiAahh...!! —las luces en su cuello se encienden.

Escuchan el pitido que anuncia detonación inminente... pero Vito no estalla. El pequeño duende está desconcertado. Respira agitado y no cree que siga con vida, lo mismo que Estefano. Lo mira confundido.

—Realmente no soy tan malo —espeta el hombre.

Lanza lejos de sí a Vito con un manotazo. Sujeta a Lara de nuevo y la arrastra, subiendo a prisa una rampa en espiral.

—¡Qué! —se da cuenta de la manera en que ella lo mira— ¡Nunca estuvieron en peligro! ¡No hay explosivos en los collares! Es sólo caucho. ¿Crees que me agradaría ver cuerpos destrozados a mi alrededor? ¿Crees que te pondría a ti en un peligro tal? ¡No, Lara!

—No sé qué es más vil —dice ella—, si el engaño en el que nos has tenido o saber la verdad en medio de tanta angustia y desesperación.

—¡Oh, vamos! ¡Ya se les pasará!

Ve arriba una puerta de bronce. Sonríe sintiéndose seguro de nuevo. Lanza dentro a Lara y cuando busca cerrar, Tomás lo embiste, rodando por el piso.

—¡Ah, no puede ser! —se queja el profesor— ¡Te dije que te largaras!

—¿Dejando a mi familia en tus manos? ¡Jamás!

Estefano le lanza un puñetazo al rostro. Tomás lo suelta, doliéndose en extremo del golpe. Lara lo llama a ella para consolarlo, pero Estefano lo toma de sus ropas y lo azota contra las paredes de latón y tuercas. Lara mueve negativamente la cabeza. Aprecia la valentía de su esposo, pero él no es hombre que se enfrente a puños contra otro. Recibe golpes al rostro, al cuerpo y cae una y otra vez más dolido.

—¡Déjalo ya! —la mujer lo atrapa de su larga cabellera halándolo con fuerza.

—¡Ay, ay...! —chilla como adolescente.

—Tomás —va a él para ayudarlo.

Estefano corre entonces hasta su panel de control. Mueve algunas palancas y todos escuchan un profundo ifuch! Escuchan chirridos metálicos y la pieza en la que se encuentran se sacude ligeramente.

—¡Ah, ja, ja, ja,,,! —ríe el hombre— No lo esperaban, ¿verdad?

Manipula pedales, palancas y se mueven.

—¿Qué pasa? —espeta Lara.

Ayuda a levantarse a Tomás y se encaminan a la puerta para escapar, pero al abrirla, ven cómo se separan del muro y queda ante ellos un enorme hueco en la montaña. Vuelven adentro.

—Es un meccano gigante —imagina Tomás.

—¿Qué?

—¿Y adivinen quiénes le dan vida?

Señala el piso. Ambos van a él y se asoman por las rejillas: Pedro y Héctor están encadenados a sus asientos con pedales, con los que avivan el fuego en las calderas y estas alimentan las funciones de varios pistones y poleas que se encargan de mover todas las articulaciones.

—¡Pedro, Héctor!

—¡No te escuchan, Lara! Allí abajo hay mucho ruido.

—¡Detente, cobarde! —amenaza Tomás.

Intenta arrancarlo de su posición, pero el profesor jala una cadena por encima de su cabeza y dos manos mecánicas caen, impidiéndole tocarlo. Cada vez que lo intenta, las manos lo repelen e igualmente a Lara.

En la montaña de granito, todos se paralizan al ver al meccano gigante desprenderse de su sitio en la cara oculta de aquella cumbre.

—¡Wow! —espeta impresionada Yoka.

—¿Cómo venceremos a ese monstruo, Diego? —inquire Adriana.

—Hay que estudiarlo —responde y monta en el acto a la dragona—. ¡Vamos, Yoka!

—¡También quiero ir! —salta a su lado la princesa.

Capítulo 103

Al ver que todo se sale de control, Rascón decide darse a la fuga con sus hombres. El Eclipse está reparado, el globo reemplazado y vuelto a inflar.

—Torcuato —llama a su segundo—. Larguémonos de aquí.

—¡A la orden, capitán!

Los duendes lo advierten. Ven el barco en la otra plataforma, listo para zarpar también. Junto con varios hombres, libres ya, lo abordan y salen tras los mercenarios.

—Ilusos —se burla de ellos— Ignórenlos que nos son rivales para nosotros.

La noche se ha hecho vieja y los albores del nuevo día comienzan a sentirse. Yoka vuela en torno al enorme meccano, que con pasos muy lentos se mueve. Los jóvenes examinan la estructura con detenimiento, en busca de puntos débiles.

—¡Allí! —señala Adriana y descubren una zona sin concluir.

—Acércanos, Yoka.

Así lo hace. Ambos saltan al área sin terminar. A través de ella entran al meccano. Yoka se eleva para distraer a quien lo manipula.

—¡Ah, es ese maldito dragón otra vez! —espetea el inventor.

Mueve sus palancas y las enormes manos del meccano intentan golpear a Yoka. Ella esquiva con gracia el manoteo para luego embestir y golpear la cabeza de metal.

Tomás palpa sus bolsillos y recuerda que lleva en ellos una llave de tuercas. Se la muestra a Lara. Ella sonríe y avanza contra Estefano. Las manos mecánicas no se lo permiten. Entonces, Tomás sujeta uno de los brazos; lucha contra él para aflojar sus tuercas.

Por su parte, Diego y Adriana escalan el interior del gigante mecánico. Se encuentran a la mitad de su estómago y siguen rumbo al pecho. Un brusco movimiento, hace perder el equilibrio a Adriana.

—¡Ah! —grita. Diego la sujeta de manera firme y la ayuda a subir a su

lado—. Gracias.

—Con gusto —le guiña un ojo y sigue escalando.

Yoka no duda escupir algo de fuego, tiznando la bruñida armadura de bronce. El cielo cada vez se torna más claro.

El Eclipse abandona la montaña y busca curso contrario al del gran meccano, pero su perseguidor le sale al paso. Todos ven a los tripulantes de la nave bautizada: "Mestizo". Tanto hombres como duendes lucen una expresión de decisión, que intimida a algunos mercenarios.

—¿Capitán?

—Son sólo una partida de duendes y esclavos famélicos. ¡Acabemos con ellos!

Saca la espada. Impulsados por su ánimo, sus hombres gritan también y sacan la espada, dispuestos a la pelea. Mac y su gente no se arredra. Enarbolan sus estiletes, cual gloriosos filos. Las redes que protegen los globos se rozan y enganchan con algunos hilos fuera de lugar. Hay abordaje por ambos lados.

El sol se asoma discretamente tras las montañas y se encuentra con diversos enfrentamientos. Le arranca destellos cobrizos a la mole que conduce Estefano. Lanza un nuevo manotazo a Yoka y logra golpearla.

—¡Ja, ja! ¡Toma eso, lagartija sobrealimentada! —ríe.

Escucha que algo cae a sus espaldas. Al mirar, ve que se trata de las manos mecánicas que impedían el acercamiento de Lara y Tomás. Éste le muestra con orgullo su herramienta.

—¡Ah! —se enfurece.

Toma una parte del brazo caído y busca golpearlo con él.

—Entrégate, Estefano —pide Lara—. Busca un nuevo comienzo.

—No si no es contigo.

—¡Por qué eres tan necio! —espeta Tomás— Lara no te quiere.

—Pero yo a ella sí.

—No es suficiente, Estefano.

—¡Yo decido eso! ¡Ah...!

Como maneja una sola palanca, el meccano es errático en sus movimientos. El brazo izquierdo cuelga a un costado, pero los pistones que lo alimentan no dejan de trabajar, gracias al esfuerzo de los niños. Tanta energía sobre sus articulaciones genera una especie de espasmo, que sacude de pronto el miembro, golpeándose a sí mismo. Toda la estructura se estremece. Diego pierde apoyo y está por caer de espaldas. Adriana lo sujeta de sus ropas y lo hala de inmediato.

—¡Uf! —se adosa al muro metálico— Eso estuvo cerca.

Capítulo 104

Toma su mano y se la besa en agradecimiento. Logran llegar al cuello donde están prisioneros los niños. El ruido ahí es demasiado. Héctor y Pedro no pueden verlos ni verse. Permanecen sentados, con poca ropa, sendos collares y pedaleando sin descanso. Diego y Adriana sólo pueden ver sus espaldas bañadas en sudor, pero no tocarlos. Una malla metálica lo impide. La golpean para llamar su atención. Ambos escuchan el impacto, pero no de dónde viene.

—¡¡Pedro, Héctor!!

—¡¡No escuchan!!

Miran alrededor en busca de algo que los ayude a comunicarse o abrir sus prisiones. Adriana señala una pequeña pala junto a las calderas. Diego la toma y golpea con fuerza los candados que mantienen encerrados a los chicos. Una nueva sacudida lanza a un lado a la joven pareja. Diego queda encima de Adriana y no desaprovecha su oportunidad: la besa. Ella lo manotea molesta. Regresan a su afán y los candados se abren al fin.

—¡¡Pedro, Héctor!! —llaman su atención palmeando las espaldas.

—¡¡Adriana!! —ríe feliz Héctor.

—¡¡Tú!! —espeta molesto Pedro al ver a Diego— ¡¡Lárgate!!

—¡¡Vengo ayudarte!!

—¡Me rehúso a ser rescatado por ti, traidor!!

—¡¡Oh, vamos, Pedro!! ¡¡Olvídalo!!

—¡¡Lárgate!!

—¡¡Adriana...!!

A través de la rejilla en el piso, Lara ve cómo sus hijos son rescatados. Se pone de pie con más ánimo, enfrentando también a Estefano.

Rascón y sus huestes huyen del ímpetu indomable que muestran duendes y libertos. Algunos de éstos últimos trepan por las escaleras de cuerda y dañan el globo. Luego saltan de regreso al Mestizo para ver

cómo el Eclipse sucumbe de nuevo sobre el tupido bosque.

—¡Ah! —levantan los brazos con alegría y victoriosos.

—¡Qué viva el capitán Mac! —grita alguien.

—¡Viva!

—Capitán —niega con la cabeza el pequeño hombre—. Sin ustedes, amigos míos, nada se habría logrado.

—No, Mac —Dom toca su hombro—. Sin ti, nada se habría logrado. Nosotros queríamos volver, ¿recuerdas?

—Sí, Mac —Orly también lo abraza—. Tú eres la flama que nos enciende a todos.

—Capitán Flama —bautiza Cody.

—¡Oh...!

—¡Capitán Flama! —repite.

—¡Viva el capitán Flama!

—¡¡Viva!!

Capítulo 105

El Eclipse se enreda entre las ramas de los árboles y vomita fuera de él a Rascón con sus hombres. Caen sobre arbustos que amortiguan su aterrizaje.

—¡Ah! —Rascón está más que furioso y blande la espada sin ton ni son— ¡Alguien tiene que pagar por esto!

Yoka ve a Diego con Adriana y los niños, en el mismo punto que los dejara. Se acerca a ellos para recibirlos en su lomo.

—Vayan primero ustedes —pide Diego a Adriana y Héctor.

—No —se opone Pedro—. No me quiero quedar contigo.

—Vamos, Héctor —anima la joven.

Saltan sobre Yoka, ante las protestas de Pedro.

—¡Ah! —golpea la lámina.

—Perdóname, Pedro —Diego es sincero—. Cometí el peor error entre amigos: traicionar tu confianza. Yo... comencé a sentirme tan bien con ustedes y de pronto entré en pánico.

—¿Pánico? —lo mira confuso.

—Sí. Pánico. A sentirme de pronto parte de... de...

—¿Una familia?

El joven lo acepta. Mira al sol desprenderse ya del cobijo de las montañas y sigue el vuelo de Yoka, descendiendo con Adriana y Héctor en su lomo. Mira a Pedro, pero su expresión de perplejidad lo invita a mirar al interior del meccano o a otra parte.

—Me dio miedo —confía.

—¿Miedo? ¿Tú? ¿A una familia? Pero...

—Destruyeron la mía, ¿sí? Y... dolió tanto y me dejó tan vacío que ya no quise otra.

—Las familias no son malas.

—¡Lo sé! Pero... muy dentro de mí no quería perderla de nuevo.
¿Entiendes?

—Creo que sí.

—Por eso hice lo que hice, Pedro. Lo lamento. Mucho en verdad. Yo...

El muchacho no lo deja decir nada más. Se abraza a él. Diego se siente sorprendido, pero luego comprende que lo ha perdonado y lo abraza también.

—Si me das la oportunidad, prometo ser un mejor amigo.

—¿Y me enseñarás a pelear y usar armas?

—Te enseñaré a defenderte y a prescindir de las armas.

—Pero...

—Aún eres un niño.

—De acuerdo —ríe.

Yoka deja en tierra a Adriana y Héctor. Se impulsa y va en busca de los otros.

—Eh —el muchacho se cruza de brazos buscando cubrir su desnudez—. ¿No te impresiono?

Adriana ríe. Mueve la cabeza negativamente.

—Te burlas —se pone triste.

—No, Héctor. Me inspiras ternura. Eres un muchacho noble, sencillo y sincero. Así que seré sincera contigo también.

—Te decepciono, ¿verdad? Soy una vara seca en el camino.

—No. Eres renuevos en un tronco que apenas se desarrolla. Yo... siento un gran afecto por ti. Creo que, en este tiempo compartido, he llegado a quererte también.

—¿Sí? —sonríe esperanzado.

—Sí, pero como un gran amigo.

—¡Ah...!

—Puedo ser tu hermana mayor.

—No lo eres, Adriana.

—Agradezco tus atenciones, tus palabras, pero...

—Lo quieres a él, ¿verdad? ¿Van a casarse?

Adriana no responde, un tremendo chirrido atrae la atención de todos. Sin el constante pedaleo de los niños, las calderas se sofocan. El Meccano Mega pierde sus funciones. Estefano se tiende en el piso y descubre que sus prisioneros han escapado.

—No puede ser —espetta.

—Se acabó, Estefano —asegura Tomás.

Las piezas en cada articulación comienzan a detenerse una tras otra. El cuerpo del gigante de metal se tambalea. Diego y Pedro saltan a Yoka. El chiquillo levanta la mirada y ve la puerta en la parte trasera de la cabeza, abriéndose con tal violencia, que se desprende y cae hacia ellos.

—¡Cuidado! —grita.

—¡Yoka, muévete!

Capítulo 106

La dragona apenas logra esquivar la pesada puerta. El meccano se bambolea, derribando por su cabeza a cuantos en ella están.

—¡Lara! —Tomás alarga su mano queriendo sujetarla.

Pero ella se le escapa y resbala hacia la puerta abierta.

—¡Ah! —grita. Logra asirse de las jambas de metal.

—¡Es mamá! —Pedro la reconoce, colgando a más de veinte metros sobre ellos.

—¡Mamá! —grita también Héctor.

Diego vuelve al lomo de Yoka y de inmediato vuelan hacia ella.

—Tranquilos —Adriana los acoge en sus brazos.

—Va a caer.

—Yoka y Diego son hábiles en el aire. Confíemos en ellos.

Tomás resbala con precaución hasta ella, con la intención de ayudarla.

—Dame tu mano.

—¡No puedo! ¡Voy a caer! Cuida bien de los niños.

—¡No te rindas, Lara!

—Dile que los amo —siente como sus dedos resbalan.

—¡Tú vas a decírselos!

—No tengo más fuerza en mis manos, Tomás. Te amo.

—No, Lara...

Estefano logra levantarse y toma control de nuevo de las palancas. Ve que Lara está por caer; que Tomás se esfuerza por alcanzarla, pero la inclinación de la cabeza se lo impide. En el aire, Tomás mira al dragón, con un joven montado en él, ascendiendo justo por debajo de su esposa.

—Está bien, señora —el joven la llama—. Suéltese y nosotros la

llevaremos abajo con Pedro y Héctor.

—Tomás —lo mira con apremio.

—Es ayuda, cariño —consiente.

—No tan de prisa —espeta Estefano, moviendo una palanca.

El meccano se endereza y lanza a Lara de nuevo al interior de la cabeza.

—¡Ah! —va directamente a los brazos del profesor.

Él la sujeta firme contra su cuerpo y luego vuelve la palanca a su anterior posición. Tomás resbala y cae por la puerta abierta.

—¡No!

—Como siempre debió ser, Lara. ¡Solo tú y to!

Ríe complacido, pero al instante la opaca, al ver ante los ojos del gigante al dragón, llevando consigo a Tomás. Sano y salvo.

—¡Acabaré con todos de una vez por todas! —espeta.

—¡No! —Lara obstaculiza sus maniobras.

—¡Deja! —le da un manotazo.

La mujer cae y rueda de nuevo rumbo a la puerta abierta.

—¡Lara!

Logra afianzarse al marco.

—No te muevas —pide, mientras ella mira al vacío—. Déjame estabilizar al meccano.

Quiere mover las palancas, mas no le responden.

—¡Vamos! —se esfuerza, sin éxito.

En las calderas sólo rescoldos quedan y no es suficiente para alimentar toda la estructura.

—Lara —decide ir por ella con cuidado—. Aguanta un poco. Ya voy.

Ella lo mira por encima del hombro. El gigante se desnivela.

—¡No! —grita el profesor cuando la mujer cae al vacío, pero de nuevo se sorprende: Yoka y Diego la han atrapado.

Siente tanta rabia que no duda saltar, con la intención de asirse al dragón, pero Yoka lo esquiva grácil y cae al vacío.

—¡Aahh...!

—¡No dejen que muera! —pide Lara.

—¡Vamos, Yoka!

—¿En serio?

—¡Vamos!

Capítulo 107

Sin mucho entusiasmo, baja por él y a escasos metros del suelo lo sujeta con su cola para luego tirarlo, como objeto desechable entre la hierba.

—¡Madre! —Héctor y Pedro corren a ella al verla.

—Mis amores —los recibe en sus brazos llorosa.

Tomás se une a ellos, lo mismo que Adriana.

—¡Oh! —suspira Yoka— Mira eso, Diego. ¿No es hermoso?

—Sí... claro.

—Sólo decídete y puedes tenerla.

—Eh... —se lleva una mano a la nuca para rascarse.

Del bosque, Estefano ve salir a Rascón y sus hombres. Aporreados, con sus ropas hechas jirones, pero las armas en las manos. De inmediato corre a él.

—¡Atrápalos a todos! —ordena.

Los hombres levantan espadas y apuntan con ballestas. Por un costado, un hombre de rostro cubierto sale, espada en mano y va al frente de Adriana y sus amigos. A una señal del capitán, varios de los suyos atacan al encapuchado. Él los enfrenta, mostrando buenas hechuras al momento de responder al filo enemigo. Hiere las manos de los mercenarios, obligándolos a retroceder. Se arranca entonces los velos que lo cubren.

—Padre —lo reconoce la joven y va a él.

—¿Estás bien? —inquire.

—Sí.

—¡Já! —se burla Rascón— ¿Creen que con un hombre en su defensa pueden vencernos?

No termina de hablar cuando una docena de soldados del rey se presentan y van al lado de su soberano.

—Seguimos siendo más que ustedes —replica Estefano.

Pero del bosque comienzan a llegar más hombres. Por docenas, veintenas y centenas.

—Padre, ¿trajiste a todo el ejército?

—No.

—Pero yo sí —otro encapuchado se descubre.

—¡Madre! —corre a ella.

Entre los guardias también están sus hermanos menores.

—Éste es un buen momento para huir, profesor —invita Rascón, mientras la familia real se reencuentra.

—¿Y qué esperamos, idiota?

Retroceden con disimulo y en cierto punto echan a correr.

—¡Escapan! —señala Pedro.

—Vayan por ellos —ordena el rey.

El meccano gigante parece desmadejado. De pronto clava una rodilla en el suelo y el resto de su cuerpo cae como niño que tropieza. Veda el paso de la guardia real, apoyando la huida de Estefano, Rascón y sus mercenarios.

—No puede ser.

—Ya los capturaremos —promete el rey.

—¡Mami! —aparece ángel con toda la gente que era prisionera de Estefano.

—¡Oh, mi ángel hermoso! —lo recibe en sus brazos.

—Padre —lo abraza también.

—Te extrañé, pequeño —acaricia su cabeza.

Yoka y Diego permanecen algo apartados de todos. Ambos cohibidos con tantas muestras de afecto, risas, lágrimas de aquellos que se reencuentran después de mucho tiempo. El rey promete ayudar.

Acompañada de un puñado de hombres, Adriana se acerca a ellos.

—Aprésenlo —señala al joven.

—¿Qué? —protesta Yoka y de inmediato despliega alas, lanzando algo de fuego por su nariz.

—¡Está bien, Yoka! —la calma.

—¡Claro que no! —se opone sin abandonar su pose defensiva.

—¡Sí! —tiende sus manos a la princesa para que lo engrille.

—Te tengo —así lo hace.

—Pero, Diego...

—El día llegó, Yoka. Lo sabíamos.

—Adriana...

—Es un ladrón que ha robado a muchos —lo mira a los ojos y él a ella—. Si quiere un mejor futuro, debe pagar por sus latrocinios y empezar de cero.

—Pero, pero...

—Llévenselo.

—Diego...

—No te preocupes, Yoka. Estaré bien. Espérame, ¿quieres?

—No entiendo, Adriana. Creí que lo querías.

—Lo quiero, Yoka —consiente y regresa con su familia.

El Mestizo aterriza, desembarcando todos sus tripulantes. Los duendes se encuentran con los suyos. Cody no deja de hablar del capitán Flama. Mac ve que se llevan a Diego. Él se despide de ellos con sus manos engrilladas, pero tranquilo. Le guiña un ojo. El viejo duende también. Sabe que estará mejor.

Capítulo 108

De vuelta en su hogar, Lara, Tomás e hijos miran lo poco que ha quedado de aquello que les costó tanto levantar. Hay lágrimas en todos. Es ángel quien da el primer paso. Levanta un poco de escombros. Pedro y Héctor se le unen casi de inmediato. Tomás tiende una mano a Lara, invitándola al trabajo y ella la acepta sonriendo.

—Tengo varias ideas —le confía.

—¿De qué?

—Con toda la chatarra de Estefano.

—¡Oh, sí! Me lo contarás después.

—De acuerdo.

—¡Oye, Tomás! —escucha una voccecita nueva para él.

Todos se vuelven y mira a un centenar de duendes, encabezados por Vito, que monta al viejo caballo de la familia.

—¡Avena...! —los niños van a su encuentro.

—¿Necesitas algunas manos por aquí? —dice Vito, saltando del lomo.

—Todas las que nos puedan ofrecer, amigo —sonríe.

—¡Vamos, muchachos! ¡A trabajar!

En cuanto la gente de Villa Paz sabe del regreso de la familia, acude asombrada y contenta a visitarlos. No así las mujeres casaderas. Cuando ven que Lara está con ellos sus ilusiones se esfuman, como el vapor al contacto de la brisa. Con la ayuda de todos, en corto tiempo su hogar y cuanto poseían volverá a funcionar.

En la montaña de granito nada se mueve. Los trabajos quedan inconclusos, las celdas vacías; el fuego en la cocina se ha sofocado. Por doquier hay restos de armaduras y collares detonados, que nunca tuvieron explosivos. Después de rodar por una escalera, el príncipe Honorio perdió la máscara que cubría su cabeza y el protector bucal que le impedía emitir palabra, pero el resto, aunque endeble no ha logrado quitárselo por completo. Está perdido por el sin fin de túneles en la montaña. Llama a gritos a sus hombres, pero éstos, permanecen ocultos

en el bosque, indecisos en desertar o buscarlo.

Por enésima vez abre una puerta y entra, con la esperanza de encontrar a alguien que lo ayude a salir de ahí. Una débil luz le muestra el botón en la pared. No duda en apretarlo y otras tantas se encienden, mostrándole la bóveda con los caudales de Estefano.

—¡Ah! —grita entusiasmadamente sorprendido.

Olvida que está preso en aquella armadura, lanzándose sobre el oro, la plata y el mar de joyas y objetos de gran valor. Toma puñados, ríe, llora de contento pues ha salvado al reino.

Capítulo 109

Después de un reconfortante baño y algunas horas de descanso, Adriana abre las hojas de su ventana para mirar las estrellas. Se deshace en suspiros melancólicos.

—Adelante —invita al oír que llaman a su puerta.

Emilia, su madre, entra a la pieza. Va y se sienta a su lado.

—¿Dormiste bien? —le arregla algunos cabellos fuera de lugar.

Ella consiente, liberando el suspiro más profundo que le reina le ha escuchado.

—¿Qué tienes? —inquire.

—Lo envié a prisión, madre y él no se resistió.

—Es culpable, ¿o no?

—Sí, pero... si él hubiese puesto resistencia...

—Qué, Adriana.

—Bueno... yo...

—¿Tú?

—¡Oh, madre! Lucho contra esto, pero no puedo en su contra.

—No entiendo, hija.

Ella se resiste a revelar sus sentimientos. Busca el regazo de su madre: cálido, reconfortante.

—¿Qué pasó entre ese muchacho y tú?

—Nada, madre.

—¿Qué sucede entonces?

—Es que... pasamos demasiados días juntos. Me salvó la vida, aunque yo también salvé la de él y... no dejo de pensar en eso.

—¡Ah! Bueno, es cosa del tiempo.

—Sí.

—Él cumplirá su condena. Se irá y entonces llegará el olvido.

—Y... ¿y si no quiero olvidarlo, madre?

—¡Oh, Adriana! —la estrecha un poco más y ella llora.

La luz de la luna se cuela por la ventana enrejada de la celda de Diego. Su pecho se deshace igual en suspiros; pero él ya no sabe si hizo bien o no, en entregarse a la princesa. Mira hacia la hermosa luna llena en lo alto y de pronto, la sombra de Yoka cruza ante el disco de plata. Él abandona su posición relajada y se aferra de tal manera a los barrotes, que se le marcan en el rostro; pero no logra ver de nuevo a la dragona. Suspira imaginando que sólo iba de paso o tal vez haga un nuevo intento ante Adriana y sus padres, para que lo liberen. Pérdida de tiempo se convence. Él tendrá que cumplir su condena. No será libre sino hasta la llegada de la primavera y el otoño apenas comienza. Se tumba desesperanzado en el duro camastro.

El rumor de agua se escucha muy cerca. Despega los párpados y ve pasar a corta distancia la corriente del río. Se espabila sin poder creerlo. ¡Ve la corriente del río pasar! ¡Está vivo! Pirata endereza el adolorido lomo y estira todo el cuerpo para desentumirlo. Está lleno de lodo, hojarasca y piedrecillas. Un gato como él no puede ir por ahí luciendo tan sucio, así que no pierde tiempo y comienza a asearse. Un ruido a sus espaldas atrae su atención. Mira hacia los arbustos, pero nada ve. Sigue lamiéndose para limpiar su pelo sucio. Otra vez ese ruido y lo obliga a pararse en sus cuatro patas, para atisbar hacia el ramaje. Levanta el ojo amarillo al cielo. Las sombras de la noche se dispersan. El nuevo día no está lejano. Mira los arbustos y de entre ellos, fluyen como ríos, las ratas amenazándolo. Pirata emite un aterrador chillido y corre, por enésima vez para huir de ellas. Quizás, algún día escape. O no.

Capítulo 110

El canto del gallo resuena en el silencio que inunda a Cd. Principal. De bruces en su camastro, Diego babea contra la manga de su camisa. Un terrible estruendo lo despierta, tirándolo del lecho. El muro de su celda ha sido destrozado. Con un certero coletazo, Yoka tumba otro poco de pared.

—¡Diego! —se asoma emocionada.

—¡Acaso perdiste el seso, Yoka!

—¡Tomé una decisión!

—¿Qué me cuelguen en lugar de estar preso hasta primavera?

—¡No! Quiero encontrar a mi familia y quiero que tú me ayudes.

Escuchan gritos de guardias, acercándose a prisa.

—¡Vamos, Diego! No lo pienses.

—Pero... —va hacia la puerta enrejada.

—¡Anda!

—¡Ah, ya qué! —espeta y sale entre los escombros, montándola con agilidad.

—¡Escapa un prisionero! —dan la alarma.

—¡Wow! —grita el joven mientras se elevan hasta tocar casi las nubes.

—¡Mira qué amanecer!

—Es hermoso —acaricia su cuello.

Yoka planea unos momentos para llenarse de aquel maravilloso mural de colores, nubes y rayos de sol. Luego, se deja ir en picada, volando por encima de la capital de Imperalia. Diego ve cómo la silueta del palacio real va desapareciendo, en medio de la bruma que baja. Su sonrisa radiante se desdibuja. Imágenes diversas tocan sus pensamientos, todas relacionadas con Adriana y la conclusión es que no la verá jamás. Le duele esa realidad. No verla jamás. Un par de lágrimas se le escapan de los ojos, pero el viento de aquel maravilloso amanecer las seca con rapidez. Endereza su postura sobre Yoka. Se dice que debe superar esa etapa.

Aspira profundamente repitiéndoselo interiormente. Luego, acepta su destino y está decidido a disfrutarlo con su mejor amiga.

—¿Por dónde empezamos, compañera?

—Primero haremos una pequeña parada.

—¿Para qué?

—¿Recuerdas a Cúprico?

—¡Ah... sí! Cúprico.

Descienden y pronto escucha los ladridos del perro. La zona está invadida de niebla, así que no lo ven a simple vista. Bajan hasta una saliente y el perro escapa de unas finas manos, para recibir a su ama. Diego desmonta sintiéndose confuso de encontrar ahí a Adriana.

—¿Qué es esto? —ríe con un revoloteo confuso en el pecho.

—¿Acaso crees que me perderé ésta aventura?

—¿Tú?

—Primero fui por ella —explica Yoka, retozando con Cúprico por el área.

—¡Ah! ¿Por qué no me sorprende?

—No te agrada la idea. ¿Eh?

—Pues no sé qué decir. Soy un prófugo del reino y contigo aquí me acusarán de secuestro. Tu padre de seguro...

—Ven aquí, tonto —lo hala de sus ropas y lo besa.

—¡Uf! —suspira él— ¿Es en serio?

Adriana sonríe y lo besa de nuevo. Mientras esto pasa, el Mestizo se acerca a la zona. Cúprico salta entre ladridos, dándoles la bienvenida y Yoka vuela para agradecer que los acompañen también. El capitán Flama y sus valientes duendes agitan sus gorras en alto. El sol despliega sus rayos prometiendo extraordinarios días.

Ayudados con machetes, Rascón y los suyos limpian de maleza aquella área rocosa. Estefano se abre paso entre ellos. Hunde todo su brazo en un

agujero en el muro y dentro activa un mecanismo, que abre una puerta oculta en la roca. Todos entran. Trabajan durante la mayor parte del día y de la noche.

De aquella barranca olvidada, se eleva el más grande de los barcos que flota gracias a un trío de globos, reforzados y protegidos con una malla fabricada con hilos de cobre.

—¿Vamos por ellos, profesor? —inquire Rascón.

—Aún no —niega Estefano—. Pero pronto. Pronto.

Y estalla en una carcajada siniestra.

FIN.

GRACIAS POR LEER.